

MANUEL DOMINGO Y SOL

Un hombre de corazón

Julio García Velasco

Salamanca
2008

CONTENIDO

1. Nacido a orillas del Ebro.
 2. Retrato humano del Beato Manuel
 3. Un cura que hablaba en voz alta con Cristo en el Sagrario
 4. El maravilloso lema de "hacer siempre el bien"
 5. Mosén Sol lo vendió todo por los jóvenes
 6. Un cura que se encontró con un seminarista hambriento, y halló el tesoro de la "llave escondida".
 7. Un gran creyente que comprometió a los seglares en los "negocios" de Dios
 8. ¿Qué hacía un cura de Tortosa en los ambientes romanos?
 9. Un sacerdote que no quiso trabajar solo. La Hermandad de sacerdotes operarios diocesanos
 10. En invierno se apagó el Sol
-

Nota previa

Los destinatarios de este librito son toda clase de personas, por lo cual he omitido todo lo que llamamos aparato científico.

Todo lo que se afirma se puede documentar científicamente. La base fundamental de los datos es el estudio y lectura que durante algunos años realicé en los Escritos del Fundador, que se encuentran en el Archivo General de la Hermandad en Roma.

Me ha sido muy útil la "Vida del Siervo de Dios Don Manuel Domingo y Sol, Apóstol de las vocaciones, Fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús. Escrita por Don Antonio Torres Sánchez, Pbro., de la misma Hermandad. Tortosa. Imprenta moderna de Algueró y Bayes 1934.

De gran interés informativo y científico me ha servido la gran Obra "Mosén Sol" de F. Martín Hernández y Lope Rubio Parrado, Ediciones Sígueme, Salamanca 1978

He tenido en cuenta, además, algunas informaciones y opiniones contenidas en "mosén Sol", de Juan de Andrés Hernansanz, 1970, en "Perfil del Operario. Diez rasgos esenciales", de Julio García Velasco, y "Valores humanos en el apóstol de las vocaciones", de Urbano Sánchez García.

El nombre dado al Beato es muy aleatorio: varía según las circunstancias, el tono del escrito, y hasta la simpatía del autor. Pienso que todos son válidos para expresar la figura, el afecto y la significación del Beato Manuel Domingo y Sol en la vida de la Iglesia y entre los interesados, simpatizantes y amigos de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús que él mismo fundó.

1

Nacido a orillas del Ebro

Tortosa y el río Ebro son inseparables. El río llega a Tortosa, fatigado ya del largo, y a veces penoso, recorrido: desde el humilde nacimiento a borbotones, monte arriba, cerca de Reinosa, en Cantabria (Fontibre), luego la ansiosa bebida del agua de los neveros que le van haciendo río, el trazado de curvas peligrosas entre rocas y maleza, más abajo la pérdida generosa de caudal regando tierras sedientas, el beso silencioso y eternamente repetido a los muros del Pilar de Zaragoza, y finalmente la llegada, presintiendo ya muy cercano su destino, a la ciudad de Tortosa.

La ciudad está orgullosa de su río. A una ciudad sin río se diría que le falta algo.

En Tortosa, los balcones de los palacios y casas señoriales se asoman a su paso. La catedral gótica, consagrada el año 1597, elegante se mira en el espejo navegante de sus aguas. Y arriba, en lo más alto, toma nota de su paso el Castillo del siglo X que mandó construir Abderramán III, escoltado por las montañas de Beceite, en un entorno que aúna la belleza monumental de la ciudad con los atractivos de los diferentes enclaves naturales que lo rodean. El río, envuelto en mil batallas, ha ido acogiendo para la mar un gran número de cuerpos humanos sin vida. El Castillo ha sido protagonista y testigo de todo ello.

La ciudad, se ha alegrado muchas veces y se ha engalanado de fiesta en muchas ocasiones a su paso, pero también, en ocasiones, lamentablemente, ha sufrido la alarmante

subida del nivel de sus aguas, que han inundado los bajos de la mayor parte de las casas de la población. Pero ahí siguen, siempre unidos, el río grande de España y la ciudad cargada de historia, hoy envejecida y más pequeña. Pero siempre estarán orgullosos los tortosinos de haber merecido su ciudad el título de "Fidelísima y Ejemplar", y más recientemente el de "Muy Noble y Humanitaria" que ostenta su escudo.

Bien podría aplicárseles a ellos lo que uno de nuestros clásicos dijo de los leoneses: que "no hay hombres más moridos de amores por su tierra".

La vida social de Tortosa se nutrió perennemente de la savia de la fe. Evangelizada, según cuentan antiguas tradiciones, desde los albores mismos del cristianismo, por San Rufo, su primer Obispo, bautizado y discípulo de San Pablo, con el que vino a España, conservó íntegra y floreciente su fe, vigorizada, siglos después, con la predicación de San Vicente Ferrer, y mantenida a través de los tiempos gracias a los apostólicos desvelos de los religiosos de diversas órdenes: Franciscanos, Recoletos, Carmelitas, Mercedarios, Capuchinos, Dominicos, Trinitarios Calzados, Jesuitas..., que se fueron estableciendo en ella.

Pues aquí, a orillas del Ebro, el 1 de Abril de 1836, en la calle del Ángel, número 18, nació Manuel Domingo y Sol. ¡Qué contradicción que fuera Viernes santo, el día de la más grande oscuridad y tinieblas que ha tenido lugar en el mundo, cuando viene a la tierra de Tortosa el niño Sol!

Sus padres, modelos de esposos cristianos, pertenecían socialmente a la clase de payeses acomodados, y espiritualmente figuraban en el grupo de las familias más distinguidas de la ciudad por su práctica y tradicional religiosidad.

Seguro que no tuvieron que pasar por la catequesis parroquial de preparación para el

bautismo, (en una familia de 12 hijos, los padres y padrinos ya se lo sabrían todo, digo yo) y así, inmediatamente, el 2 de abril, Sábado santo, recibió solemnemente el bautismo el niño Manuel, en la Catedral de Tortosa.

Fue un acto solemne en medio de una gran piedad y silencio, a pesar de la "nube" de niños que se agolpaban alrededor de la pila bautismal. Por cierto que no me olvidaré nunca de aquel bautizo que hice allá por el año 2000. La catecúmena, supongo yo de unos dos años, debía ser de armas tomar; todo el mundo la miraba durante la ceremonia, extrañados de su conducta ejemplar en manos de su madre. Pero hete aquí que al terminar de derramar yo el agua sobre su cabecita, la pequeña levanta seriamente el dedito y le dice al papá: "¡¡Y ahora el chupapús!!". El coro de niños, y los mayores también, se rieron de lo lindo.

Sabemos que el Beato acostumbraba a celebrar gozosamente el aniversario de su bautismo. Leemos en una carta: "Aniversario de mi bautismo. Dale gracias a Jesús Sacramentado...".

El neófito, la "nueva planta" que nace de las aguas de la pila bautismal, ha brotado en una familia buena, de auténtica solera cristiana, la "tierra buena y generosa" del evangelio.

Su padre, Francisco Domingo, un hombre honrado y buen cristiano, era maestro tonelero. Su madre, Josefa Sol, se distinguía por su gran corazón. Amaba mucho y amaba a todos, con una preferencia muy destacada por los pobres. A quienes la reprendían por sus "excesos de caridad", les respondía, aludiendo a las dos puertas de su casa: "las limosnas salen por una puerta y entran por la otra". Dios no se deja ganar en generosidad.

Doña Josefa enseñó a rezar a su hijo Manuel y le llevaba con frecuencia al templo parroquial. El Beato recordaba en cierta ocasión: "cincuenta años hace que, conducido por una mano cariñosa, venía yo a este templo".

El amor a los pobres lo aprenderá también de su madre, de manera sobresaliente, y será una de las características más significativas de su talante humano y espiritual: "La pobreza, dirá, merece siempre todos los respetos y atenciones". El 18 de septiembre de 1890 escribirá: "*En el colegio de san José (fundado por él mismo para seminaristas pobres) se reparten todos los días 400 raciones a los pobres, y viene allí toda la miseria de Tortosa*". Miseria, sí, pero él sabía muy bien que nunca se debe humillar al pobre, porque es un hermano a quien tenemos que ayudar, teniendo siempre presente que "hay que ejercitar la caridad con garbo y muy de corazón".

Sabemos que lo que recibía por su ministerio de vicario y los estipendios de misas iban a parar a los pobres. "Mi familia me alimenta y me viste". Con eso tenía bastante.

María, su hermana, obsequiaba de su parte, sus ropas nuevas a sacerdotes pobres. Le parecía una exageración, pero Manuel le decía: "*Debemos practicar la caridad cuantas veces sea conveniente y, una vez convencidos de la necesidad, socorrerla, aunque para ello tengamos que vender la camisa*".

"Tienes a quien parecerte...", le dirá su hermana. «Estando mi hermano en casa, solía ésta decir, no tengo nada seguro». Ni siquiera lo estaba del todo la comida del día, pues en ocasiones echaba mano Don Manuel de las viandas ya preparadas para obsequiar a sus visitantes o a los mendigos.

"Rumor de ángeles"

No lo saben los miles y miles de interesados, devotos o como se quiera llamar, del tema de los ángeles, pero el Beato Manuel era un gran devoto del santo Ángel y de los santos Ángeles.

En la familia se tenía una gran devoción al santo Ángel cuya capilla se encontraba

enfrente de su casa.

Mosén Sol acostumbraba a recurrir a los ángeles de las personas a quienes tenía que visitar para tratar asuntos importantes. Vamos, que los "usaba" como Embajadores o gente de fiar que le prepararan el terreno.

Y algo muy sorprendente que casi nadie sabe: tenía unas ganas locas de alzar un monumento en la cumbre del Cerro de los Ángeles al santo Ángel de España. Allí subió un día, de paso por Madrid, para reconocer el terreno y echar líneas y planes. Se lo contará por carta a un sacerdote operario: *"el lugar me gustó mucho...y se enardecieron mis deseos de levantar un monumento al santo Ángel de España. Subimos al pilar que señala el centro de España -o "de la mitad de medio mundo" , como decía el sacristán de la ermita"*.

El anteproyecto no se pudo realizar, pero qué bueno que hubiéramos tenido en medio de España, bien clavado en el centro, al Ángel protector, antes de que llegara el día negro en que España se dividiera en dos bandos horribilmente enfrentados.

No obstante, a lo largo de toda su vida fue constante el "rumor de ángeles" que le traían mensajes de Dios, que le acompañaban en sus caminos, que le guardaban en los peligros. Tal vez sean estos tres rasgos: la piedad profunda (la misa y la oración), el amor a los pobres y la devoción al santo Ángel, los valores más importantes que infundió D^a Josefa Sol en el corazón de su hijo Manuel.

2

Retrato humano del Beato Manuel

Mucha gente tiene una idea bastante deformada de lo que es un santo. Es verdad que nos hablaron de los santos de hace siglos, de hombres y mujeres como gentes que ni comían, ni bebían, ni apenas dormían, y tenían visiones, éxtasis y cuando venía a bien hacían algún milagro que otro. Nos gustaba eso más que el saber que eran humanos, que tenían defectos, que luchaban contra las tentaciones y que, a pesar de todo, estaban locamente enamorados de Cristo y, por él y su reino, se sentían capaces de todo, con las bienaventuranzas evangélicas como los valores y criterios de su vida y conducta

¿Cómo era mosén Sol? ¿Qué aspecto físico tenía? ¿Cuáles eran los rasgos más significativos de su personalidad? Creo que lo humano es lo primero. Vamos a verlo.

La realidad física

Quienes le conocieron nos han dejado escrito que mosén Sol, o don Manuel como lo llamaban otros, era *"alto, quizá un metro setenta y cinco centímetros de talla, recio, de complexión vigorosa. Rostro agraciado, simpático, ojos y cabellos castaños, calvicie prematura. Mirada mansa, bondadosa"*.

Pero hay algo inexplicable: resulta que a los 65 años la salud del beato comenzó a deteriorarse. Normal que a esa edad comenzaran las goteras. Pero lo extraño es que no comenzaran antes., El doctor Vilá decía a los colegas médicos que no se explicaba la vida de Mosén Sol, por la bradicardia que tenía: su corazón latía de una manera perfectamente rimada, pero con una frecuencia de 36 sístoles por minuto.

¿Cómo se explica esta deficiencia constitucional con un vigor físico extraordinario hasta los 65 años? ¿cómo un cerebro mal nutrido pudo soportar un trabajo intelectual tan grande? y ¿cómo su corazón "tan

vulnerable" pudo resistir los continuos sufrimientos de sus tareas apostólicas? El doctor Vilá no acierta a comprenderlo e intuía que su dinamismo era una gracia de Dios. El buen doctor no sabía lo que más adelante confesaría un día el mismo Mosén Sol: que su vida "era un milagro de Jesús sacramentado".

"De la bradicardia, decía el doctor Vilá, debería seguirse atonía de vigor físico, de cerebro. Pero nada de esto le ocurría, pues resistía un trabajo cotidiano capaz de fatigar a cualquier individuo joven...; las obras por él emprendidas y desarrolladas demuestran lo gigantesco de sus facultades psíquicas".

Sabemos que practicó la natación, atravesando en sus años jóvenes el Ebro por la parte más ancha. A este respecto, recordamos una anécdota simpática: afirma el canónigo tortosino don Julián Ferrer que mosén Sol "se bañó hasta los 70 años. Un día (¿en Benicasim?) estaba para tronar. Don Manuel invita, se lanzan al mar, les sorprende la tormenta y se refugian en una caseta. Y comenta don Manuel: "Xiquet, xiquet, no digas a nadie que mosén Sol ha hecho a los setenta años esta calaverada".

"Juan Bautista Calatayud, un sacerdote operario que convivió varios años con don Manuel, subrayaba a propósito de su perfil físico lo siguiente: "trabajaba desde la mañana hasta la noche con actividad febril, sin experimentar cansancio. Y emprendía largos y molestos viajes".

Corazón grande. Afectividad y ternura

Cuando hablamos de corazón hablamos del símbolo de la vida afectiva. Quien posee un buen corazón posee buenos sentimientos, especialmente el amor. Por el contrario, mal corazón se asigna a la persona insensible, propensa al odio, la envidia y el rencor

Corazón grande es la característica más acusada de la personalidad de mosén Sol. Al

verle cual era: cariñoso, afectuoso...hubo quien exclamó en cierta ocasión: "qué bien puesto tiene el nombre de Sol".

Don Rogelio Chillida, magistrado de Valencia, en la oración fúnebre que pronunció, con su pizca de exageración debida al gran amor y veneración que tenía a mosén Sol, dijo solemnemente: "No es posible concebir, en lo humano, espíritu más sensible, corazón más tierno, trato más dulce que el de don Manuel.

Ciertamente, tenía grandes dotes para ganarse amigos. Alguien que le conoció muy bien le retrató así: "Era de los que atraen desde el primer momento en que se les ve; era un verdadero conquistador de voluntades. Todos se acercaban a él con cariño y le dejaban con pena" (José Vergés).

"A todos amó, a todos cuidó con entrañas de padre" (Revista "El Correo Josefino" 1926, 49)

"Tan sincero e intenso cariño profesaba él a todos y a cada uno, que son varios los que confiesan haber creído ser ellos los predilectos de don Manuel".

He aquí algunos testimonios de quienes lo conocieron y gozaron de su cariño y amor de padre:

"Corazón grande, sensible, generoso, ardiente. Todo salía del corazón en aquel hombre, criado para la patria del amor" (Dr. José Solé)

El joven seminarista Enrique Plá, futuro cardenal y arzobispo de Toledo, fue uno de los componentes del primer grupo que don Manuel llevó a Roma para inaugurar el Pontificio Colegio Español. Cuando le preguntaron sobre el Fundador del Colegio, entre otras cosas, dijo:

"Dios le dotó de un gran corazón capaz de amar mucho a muchos, y su misión era ir ganando corazones por el amor".

Sabemos que la Sagrada Escritura atribuye a Dios Padre también entrañas de madre, Pues bien, mucha gente sintió a don

Manuel tierno como un padre y dulce como una madre. Un botón de muestra: un día tardaba mosén Sol en regresar a su casa. Alguien va a buscarlo en el confesonario y nos lo cuenta: "allí le encontré abrazado a un ancianito, al cual con fuerte voz consolaba. Lloraba el ancianito a más no poder, y mosén Sol, con aquel corazón de buena madre, le estaba acariciando, apretándole contra su pecho" (p. 25)

Si el corazón se le partía ante las necesidades de los hombres, en su trato de padre, amigo y madre con ellos, no iba a ser menos en su relación y cercanía con el Señor.

Un sacerdote, muy próximo a él, comenta: "Cuántas veces tuve la dicha de darle la santa comunión, temía no le diera un síncope, por lo delicado de su salud, al recibir al Señor con aquellos afectuosos suspiros que le hacían latir el corazón con violencia" (Tomás Cubells)

Las monjas "disfrutaron" del corazón grande y bondadoso de mosén Sol. Se podrían multiplicar los testimonios, pero sólo ofreceré dos de entre tantos. Vale la pena traerlos aquí.

La Madre Victoria, Priora de las Concepcionistas de Benicarló, dice que "Mosén Sol no conocía límites, ni le sufría el corazón verme apenada bajo ningún concepto. Si alguna vez, al despedirme en el sagrado tribunal (de la confesión), le parecía que yo no estaba satisfecha, me llamaba con ternura: «Hija mía, ¿qué tienes?, ¿no estás bien?, quédate tranquila...», y otras expresiones semejantes, que bastaban para sosegar el ánimo más turbado del mundo. Más adelante, estando ya en este convento de Benicarló, y habiendo sufrido grave quebranto mi salud, era para alabar a Dios ver las diligencias que hizo para curarme. No hay madre tan solícita y cariñosa que así se desviva por la salud de una hija querida, como mi amado Padre se desvivió por mí en aquella ocasión".

Rivalizaban en amarle y disputábanse su predilección, mostrándose las religiosas de los diversos conventos en que confesaba, santamente celosas por parecerles que Don Manuel prefería y estimaba más a alguno que a otros. Le llamaban con el suave y hermosos título de *padre*, pero no por pura fórmula, sino por espontáneo y vivo sentimiento y arraigada convicción de que lo era; y en los últimos años, cariñosa y familiarmente, con el de *abuelito*; así como Don Manuel les trataba a ellas de «mis nietecitas».

Una religiosa le escribe: «Carísimo e inolvidable padre: permítame el que así le llame, puesto que más que de tierno padre, son de cariñosa madre para conmigo los afectos de usted. Y, además de esto, yo no sé qué nombre darle que le sea más propio que el de padre de huérfanos...»

Todo lo dicho no quita el que mosén Sol no tuviera momentos de enfado, de indignación y mal humor. Encontramos frases que nos lo muestran humano, con malos momentos, como nosotros, gracias a Dios. Decía en cierta ocasión: "Tengo los nervios alterados por mi poca fe" "Estoy de mal humor, rabio, me enfado, riño". Es decir, mosén Sol, era un hombre con una personalidad muy rica, con una grandeza de corazón y una afectividad exuberante que le empujaba, a veces, a reacciones primarias menos acertadas que él, sin embargo, terminaba superando con su virtud y visión de fe.

Después de todo lo dicho, no tiene nada de extraño que, desde su profundo sentido común y la experiencia personal, repitiera en sus charlas a los miembros de la Hermandad que fundó, de la que hablaremos más adelante, en el capítulo 9: "Los operarios han de ser distinguidos en talento y sobre todo de buen carácter y juicio, hombres de corazón". E insistía: "nuestra misión no la podemos desempeñar sin ser muy espirituales, santos, y hombres de corazón... Y no basta tener esa

santidad sacerdotal, no basta que seamos sacerdotes muy espirituales, tenemos necesidad de algo más los operarios: Hemos de ser *hombres*".

Mosén Sol lo tenía muy claro: la base de todo está en lo humano: si fallan los cimientos... ¿qué vamos a construir? Ante todo, hemos de ser hombres, y luego, por la fe, podremos llegar a ser hombres en plenitud, en Cristo. Esa es nuestra gran vocación, la primera y fundamental.

3

Un cura que hablaba en voz alta con Cristo en el Sagrario

A la edad de 15 años mosén Sol ingresó en el seminario diocesano.

Una vez instruido convenientemente en las primeras letras, estudió las Humanidades en el Colegio de San Matías. Y el primero de octubre de 1851 ingresó en calidad de alumno interno en el Seminario Menor de Tortosa. Cursó allí tres años de Filosofía; y en la antigua residencia de Jesuitas siete de Teología y uno de Derecho Canónico. Los tres últimos, como alumno externo, y todos con excelentes calificaciones.

Fue ordenado sacerdote en Tortosa el día 2 de Junio de 1860, a la edad de 24 años. Y celebró su primera Misa en Iglesia de San Blas, el día 9 de Junio de 1860.

Hay algo que llama poderosamente la atención, y es el hecho de que Don Manuel, dotado de un espíritu tan inteligente y fervoroso, llegara al sacerdocio sin haberse formado un ideal concreto en cuanto a preferir unos u otros ministerios en su futura vida

sacerdotal. Pero ésa es la verdad. No sentía un deseo ni aspiración alguna determinada. En un apunte autobiográfico, él mismo lo declara y hasta se maravilla de ello: *Mi ordenación. Inexplicable indiferencia para todo cargo o empleo. Dejarme a las eventualidades de la Providencia. Repulsión a todo beneficio colativo. Inclínación a compañerismo. Afecto a la dignidad sacerdotal.»*

Su primer destino fue La Aldea (Tortosa) Un buen comienzo, humilde, para ir templando el espíritu apostólico que le ardía por dentro.

Las primeras misas nunca se olvidan. Recordaré siempre mi primera misa en el salón que hacia de capilla, en un Hospital. Cuando me dirijo al altar, nadie me conocía, una señora un tanto mayor, enlutada, me dice ¡Bienvenido! Y yo la respondo con toda cortesía y afecto: ¡Bien hallada! Y ella, inmediatamente me corrige: "No, que Bienvenido es el nombre del difunto".

La presentación del joven pastor Mosén Sol a sus feligreses no pudo ser más afectuosa, seria y sincera a la vez. Además, era la Cuaresma. Leemos en sus apuntes: *«Grande es la carga y la responsabilidad que pesa sobre mí; grande la cuenta que tendré que rendir a Dios de mi ministerio; pero confío en la bondad y misericordia de Dios Nuestro Señor, que me dará fuerzas para poderlo desempeñar. También de vosotros espero que no habréis de ser, como los hijos de Israel, reacios y sordos a las voces amorosas que el Señor os dirija por mi conducto en este santo tiempo de cuaresma; que seréis asiduos en asistir a los divinos oficios y en venir a escuchar mis instrucciones para disponer a hacer una buena y santa confesión, y poder de ese modo presentaros puros y limpios al Señor para recibirle en la Sagrada Comunión. ¡Madre Santísima de la Aldea, Consuelo de la ciudad de Tortosa, he aquí la sagrada promesa, que os hago en nombre de estos mis feligreses, de los que Vos sois Patrona!...»*

Extraordinarios e infatigables

esfuerzos tuvo que hacer Mosén Sol para que todos cumplieren con el precepto de la confesión y comunión, anual. «No descansaba ni dormía», declaró más tarde a uno de sus compañeros.

Confesar a gente que lo hacía una vez al año, y algunos más de tarde en tarde, no sería cosa fácil. Supongo que a nuestro mosén Sol le pudo pasar de todo, como a mi que, a poco de estrenarme como cura, se me acerca un buen hombre de pueblo y me dice, a la puerta del confesonario, así de primeras:—¿Se puede? — Hombre, le dije yo, un poco estrechos vamos a estar, será mejor que se quede ahí, a la puerta.

Mosén Sol, el nuevo cura recorrió todas las casas de sus feligreses. A los que no podía encontrar en ellas por hallarse todo el día en las faenas del campo, iba allí a visitarles y hablarles, apareciendo entre ellos como por casualidad y cautivándolos con su trato humilde, jovial y cariñoso, a fin de ganarlos a su causa, dejando deslizar oportunamente un consejo, una reprensión, un estímulo, conforme lo pidiera el caso y la persona.

No nos es posible precisar a qué medios y recursos apostólicos, o a qué actos de mortificación o de caridad se refiere don Manuel, al escribir, en ciertos papelitos que empleaba para atraer a los más reacios, estas palabras:

«Lo hago por V.; y antes de acostarme, y al levantarme por la mañana voy a pedir a la Virgen de la Aldea la bendición para V., para que le dé salud y gracia para hacer una buena confesión en esta cuaresma, para que ya que vivimos en la tierra tan separados, podamos al menos hallarnos juntos en el cielo».

Los primeros 13 años de su sacerdocio, fueron de una actividad desbordante, como veremos en seguida ¿De dónde le venía la fuerza? ¿Con quién hacía sus planes? Muy fácil.

El podía decir, con Juan de la Cruz:

*"¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!
Aquella eterna fonte está escondida,
¡qué bien sé yo do tiene su manida!,
aunque es de noche.
aquesta viva fuente que deseo,
en este pan de vida yo la veo, aunque
es de noche".*

Ese pan de vida, el pan de la eucaristía sostenía y explicaba el milagro de su vida. Con él, con Jesucristo sacramentado, el gran amigo, hablaba, frecuentemente en voz alta, creyéndose solo en el templo. Un día, como cuenta su biógrafo Juan de Andrés, al darse cuenta de que estaba allí, en la penumbra, un sacerdote operario, le dijo: "Bien habrías podido toser".

Sin la eucaristía, mosén Sol no hubiera hecho nada. La eucaristía explicaba el milagro de su vida. Muchas veces afirmaba: "Nuestra obra *ha brotado* del Corazón de Jesús Sacramentado, silencioso, olvidado, desconocido, ultrajado". Por eso decía a sus operarios, "el amor a Cristo en la eucaristía debe ser el *sentimiento peculiar*, constante, tierno, interior de nuestros corazones. Este amor y este sentimiento encierra y produce la perfección, es la fuente de bendición para las obras todas de nuestras manos, el que nos excita a activar nuestros objetos y la fortaleza para todas nuestras circunstancias". Por ello, "Jesús Sacramentado ha de ser el *apoyo, aliento*, consuelo y anhelo de todo nuestro corazón, la llama que ha de vivificarnos... Nuestra vida ha de ser el amor y reparación al Corazón de Cristo Jesús, puesto que a él hemos consagrado nuestro cuerpo, alma, intereses, ambiciones, fuerzas y cuanto tenemos".

Podemos afirmar que la espiritualidad

del Beato Manuel Domingo y Sol se centraba en la Santísima Eucaristía. Cristo eucaristía lo era todo para él. "Una de las cosas, decía, que nos avergonzarían en el cielo, si allí pudiese haber confusión, sería el pensar que le hemos tenido en la tierra, y no nos absorbió toda la vida, todo nuestro corazón". Por eso, legó a la Hermandad ese espíritu como uno de sus fines principales.

Este amor a Jesús en la Eucaristía es, concretamente, el manantial de su entrega para trabajar en la delicada y difícil misión de formar a los futuros sacerdotes. En cierta ocasión escribía: "si descendiéramos al fondo, al manantial de los sentimientos de nuestra piedad, tal vez encontraríamos lo que no habíamos reparado ni discurrido: que el origen de nuestro deseo por el bien y fomento de las vocaciones eclesiales, de que Dios tenga muchos y buenos sacerdotes, ha sido nuestro instintivo amor a Jesús Sacramentado".

La eucaristía y el milagro de un sacerdocio santo

Lo predicaba a todos los sacerdotes: "Ser sacerdotes y santos en medio del mundo es un milagro, y ese milagro lo haremos, y este milagro no se hará sin combates, tentaciones, penas, contradicciones, desmayos, temores, escrúpulos. Pues bien, cuando las tentaciones nos persigan y las ocasiones nos atemorizen y las dudas nos aflijan y las contradicciones nos desmayen, y las pasiones nos agiten, si estamos acostumbrados a acudir a Jesús Sacramentado, aunque nos parezca no tener fe y estar en tinieblas, una visita silenciosa al tabernáculo arrancará una compunción, tal vez una lágrima, que disipará nuestras dudas, calmará nuestra agitación y temores, devolverá la alegría y la paz. La experiencia os lo dirá".

Mosén Sol construyó un Templo de Reparación en Tortosa, donde reposan sus restos. Y hubiera querido establecer uno, al

menos, en cada diócesis de España, para que se encendieran en el amor de Cristo todos los corazones, templos que fueran como auténticos "oasis" en el desierto de la vida, faros de Luz en medio de la tiniebla de nuestro mundo.

En su tiempo, como muchos otros apóstoles, Mosén Sol hablaba mucho de la reparación. El la entendía vivía, como un estudiar los sentimientos de Cristo Redentor del hombre, para convertirlos en el motor de toda su actividad pastoral.

La espiritualidad eucarístico reparadora, en la intuición y vivencia de Mosén Sol, nos pide "apropiarnos" los sentimientos de Cristo Siervo, Profeta y Pastor, en la oración de cada día; acoger en la celebración eucarística el don que el Padre nos hace en Jesucristo "muerto por nosotros y resucitado para justificación nuestra" (Rom 4,25), y comprometernos a hacer todo lo posible para que los demás también puedan compartirlo. Este era su espíritu eucarístico reparador.

4

El maravilloso lema de "hacer siempre el bien"

Cuando don Manuel abría confidencialmente su corazón a sus amigos operarios, contándoles su vida, les decía:

"Una ilusión santa parecía querernos lanzar al mismo tiempo a todos los campos". Por eso, amigos "*Que no se diga de un operario que pudo hacer un bien y no lo hizo*". Este era el lema de su vida, la actitud permanente de su inquieto corazón.

Sabemos que eran muy escasas las horas que dedicaba al sueño, durante las cuales se le

oía suspirar, recitar oraciones y diversas jaculatorias.

“Las horas de sueño, comentaba, son las que más me duelen. Nunca puedo alcanzar el término de mis deseos”. “Pídale a Dios que me de días de 48 horas y que me libre de la miseria de dormir”.

Por otra parte, decía: “A pesar de nuestra indiferencia y sinceridad de corazón, ni nos dejaban satisfechos nuestros voluntarios ministerios, ni nos llenaban bastante los que se presentaban a nuestra vista, prescritos por la obediencia”. Será Dios mismo quien le irá abriendo el horizonte.

Por lo pronto, tenemos que recordar que a mosén Sol le toca vivir en unas circunstancias muy difíciles. La Revolución septembrina de 1868 fue origen de tristísimas y funestas consecuencias para Tortosa, al igual que para España entera.

Expulsados de la ciudad los Jesuitas el 1.º de octubre, fue convertida en Hospital su casa del Arrabal del Jesús; en el Seminario, del cual se incautó la Junta revolucionaria, fueron instalados los Juzgados; y el Colegio de Santiago y San Matías, asaltado violentamente por el populacho, destinado a cuartel de «los Voluntarios de la Libertad».

En la ciudad, decretado por el Ayuntamiento el matrimonio civil, comenzaron a celebrarse algunos inmediatamente. Al mismo tiempo se declaraban suprimidas las misas que por tradición secular venían celebrándose en el Oratorio dedicado al Santo Ángel, Patrono de Tortosa. Quedó prohibido llevar pública y solemnemente el viático a los enfermos, y al clero asistir a los entierros. En 1870 ordenó el Ayuntamiento a los serenos que sustituyeran el tradicional y cristiano «¡Ave María Purísima!» por el grito de «¡Viva la Soberanía nacional!» repetido por tres veces, y en 1873 por el de «¡Viva la República española!».

Eran frecuentes las sangrientas y brutales represalias de los revolucionarios,

contra los tortosinos alistados en las filas del ejército carlista; los encarcelamientos en masa, los destierros y malos tratos infligidos a honrados y pacíficos ciudadanos, y aun a sacerdotes; Todo esto hacía vivir a la gente en constante temor y desasosiego, en un vivir sin vivir.

Pues bien, este era el cuadro sombrío en que debía operar y desarrollarse el intrépido y ardoroso corazón de Mosén Sol.

Apenas tomó posesión nuestro joven sacerdote de su cargo de Vicario de Santa Clara, se vio obligado, por efecto también del movimiento revolucionario, a desplegar toda suerte de actividades y estrategias a fin de impedir que se cumpliera la amenaza de expulsión de las religiosas de su monasterio, decretada por el Gobierno, para convertirlo en hospital militar de guerra. Ante semejante peligro, «el caritativo corazón de Don Manuel - dice una clarisa- se destrozaba de dolor y pena. ¡Cuánto trabajó y sufrió, junto con otras personas que le querían, sacrificándose de día y de noche, para poder conseguir dejarnos en el retiro del claustro. Verdaderamente, fue para nosotras un cariñoso padre, que siempre vivirá en nuestros corazones».

Mosén Sol no se daba por vencido: celebraba misas, oraba y hacía orar por esa intención, y redactó en 1868 los borradores de varias cartas que, firmadas luego por la Abadesa, enviaban las monjitas a la Condesa de Reus, doña Francisca Agüero, esposa del general Prim, suplicando que interpusiera en favor de ellas la poderosa influencia de su marido para que se frustraran los planes del Gobierno revolucionario. En esta ocasión, la intervención de la Condesa obtuvo felicísimo resultado.

No sólo las clarisas, sino las religiosas de Tortosa en general, y más especialmente las de la Purísima, se vieron envueltas en aquellos turbulentos días por amenazas de expulsiones. Acérrimamente batalló Don Manuel a favor de

todas ellas desde la prensa, publicando vibrantes artículos en defensa de los conventos de religiosas, *«eternos centinelas -escribía- de las generaciones, a través de la noche de los siglos, que nos elevan de continuo a la idea de una vida superior a la del cuerpo...Son las religiosas, lámparas del Santuario, dedicadas a arder ante Dios durante el sueño de nuestra tibieza y de nuestra indiferencia...»* La "Juventud católica de Tortosa"

Para contrarrestar los efectos desastrosos de la Revolución en el orden religioso y social, concibió Don Manuel la idea de realizar dos obras eficacísimas para las necesidades del momento.

En primer lugar, organizó en 1869, La «Juventud Católica» de Tortosa.

Él mismo nos lo cuenta: "España estaba bajo la presión de una atmósfera asfixiante de desbordamiento de pasiones, y casi diríamos de impiedad, en aquel nuevo orden de cosas, después de la tempestad del 68. Se me acercaron entonces dos o tres jóvenes de los que habían sido mis discípulos en el Instituto, pidiéndome una organización semejante a la que había iniciado la juventud católica de Madrid. Consulté con el Prelado Señor Vilamitjana, que lo aprobó, y provoqué una reunión en una casa que servía de escuela de latín, porque el Seminario estaba confiscado por la revolución. Les expuse el pensamiento de constituir la Juventud Católica con las bases de la de Madrid y un reglamento particular, que allí se empezó a discutir. No sólo se recibió muy bien la idea, sino con entusiasmo tal, que no se presentó dificultad que no se venciera, dispuestos no sólo a defender las convicciones católicas que habían recibido de sus familias, sino a combatir con denuedo con la palabra y con la propaganda del bien.

El resultado fue asombroso. Baste decir que la atmósfera que reinaba cambió por completo, y con veladas, peregrinaciones, funciones religiosas, etc., salvaron la fe.

«El objeto de esta Asociación -decía el reglamento de la «Juventud Católica» de Tortosa- es el que se instruyan con asiduidad los socios de la misma en los principios de la ciencia y de la moral católica; animarse mutuamente a encender en sus corazones el fuego de la religión; propagarle por todos los medios legítimos y defender con todas las fuerzas los derechos, preceptos y disposiciones del catolicismo... Serán medios para instruirse: la lectura de periódicos, folletos, libros selectos de moral católica, de controversia, de historia y literatura; las conferencias privadas y las públicas y periódicas, como también las consultas con personas instruidas...

Para atender debidamente a la instrucción, se procurará, aparte las suscripciones ordinarias a revistas, periódicos, etc, formar una biblioteca escogida, para uso de los asociados, en el local de las reuniones...

La Junta se compondrá de un presidente, un vice-presidente, dos secretarios, un tesorero y tres vocales...

Las sesiones públicas se verificarán en fechas variables, a juicio del presidente, que las señalará con la oportuna anticipación. Serán medios para propagar la idea católica, además de los discursos de las sesiones públicas, la impresión de hojas y folletos, el establecimiento de alguna biblioteca popular, la enseñanza voluntaria y gratuita, etc ... »

Ostentando la representación de la «Juventud Católica» de Tortosa fue Don Manuel a Roma en octubre de 1878, formando parte de la Peregrinación organizada por la «Juventud Católica» de Cataluña, y al regresar dio en el Círculo de su ciudad una conferencia relatando las impresiones de su viaje.

Una de las iniciativas de la Academia de la «Juventud» fue la de establecer «Escuelas nocturnas para obreros y artesanos», siendo nombrado Don Manuel Director espiritual de las

mismas «por el voto unánime de los señores de la Junta».

Aparte de las energías de orden moral e intelectual que derrochó Don Manuel en esta empresa apostólica, contribuyó también económicamente al desarrollo de la misma, como suscriptor siempre y como Mecenaz muchas veces, según consta en sus libretas de cuentas.

Del 7 al 11 de diciembre de 1887 se celebró, organizada por la «Juventud Católica», una Asamblea de Asociaciones Católicas. De tan notable acontecimiento decía la prensa católica de aquellos días: *«La diócesis de Tortosa ha sido la primera en España que ha llevado a la práctica este gran pensamiento y esta obra predilecta de León XIII»*. Alguien ha escrito que fue aquella Asamblea el origen de los futuros Congresos Católicos Nacionales; por lo menos, bien puede asegurarse que fue como un ensayo anticipado de los mismos. Se reunieron en aquella ocasión hasta 748 asambleístas.

“Pero, lamentaba don Manuel, vinieron después otros acontecimientos, cesó aquella lucha, que era la que alimentaba el entusiasmo y unía a todos en un mismo parecer, sin distinción de opiniones, y aquella pléyade de valientes se retiró a sus campamentos...”.

La prensa

En su incesante afán de combatir el mal por todos los medios posibles, se sirvió también Don Manuel, del arma poderosa de la prensa.

Para salir al paso y contrarrestar los efectos demoledores producidos por cierta publicación tortosina sectaria y blasfema, comenzó a editar en 1871, en unión con su amigo don Enrique de Ossó, un periódico semanal titulado «El Amigo del Pueblo», *«que recibieron -dice el mismo Don Manuel- con gozo indecible los buenos católicos en aquellos aciagos días»*.

Por la lectura de los borradores que

se conservan de artículos de Don Manuel, podemos apreciar que su estilo periodístico era siempre vivo y ardoroso. Sus escritos fácilmente se convierten en soflamas. Al hacer la presentación al público de «El Amigo del Pueblo» y exponer cuáles eran las aspiraciones simbolizadas en la bandera que se disponía a enarbolar, declaraba que descendían al palenque de la prensa para defender sus convicciones religiosas y al catolicismo, de las calumnias de sus enemigos.

Se enardecía y se mostraba lleno de santa indignación al protestar contra *«el estupor y la apatía que domina -escribía- en los hombres de orden... No podemos comprender la duda, la vacilación y menos la cobardía. Cuando todos convenimos en que ha llegado el momento de la actividad para lograr el triunfo del catolicismo y de la monarquía, no comprendemos la resignación de algunos resueltos a no salir de su cómodo quietismo, apoyados en la ilusión de un feliz porvenir, sin poner siquiera su mano para conducir una piedra para el edificio que es indispensable levantar ... »*

En sus apuntes autobiográficos, declara Don Manuel haberle sido ofrecida por estas fechas una cátedra del Seminario y haber renunciado a ella para poderse dedicar con mayor empeño a sus numerosas empresas apostólicas. Aceptó, en cambio, el nombramiento episcopal de Bibliotecario o Director de «El Apostolado de la Prensa» o «Biblioteca Popular», que tenía por objeto propagar por la diócesis lecturas piadosas y morales. Como siempre, mosén Sol fue siempre el alma y el principal agente de aquella oportuna y beneficiosa Institución.

En la Circular que redactó para anunciar el establecimiento y fines del «Apostolado de la Prensa», ponderaba las excelencias de ésta como medio efficacísimo para difundir el bien y reprimir el mal, para impedir arrancar la fe, como algunos desearían,

si fuera posible, del pueblo español.

Para contrarrestar los efectos del mal y sostener a las almas fieles, afirmaba cómo, de tres años a esta parte, han surgido en España un sinnúmero de asociaciones destinadas a la propaganda de buenas lecturas...

Y afirmaba: " No se nos diga, no, que el mundo no está ya más que para apostolados de hierro y de fuego. Eso no sería más que la excusa de los que, parapetados detrás de su ciego egoísmo, y a pesar de llamarse católicos, quieren eludir el asociarse y trabajar por disminuir los males que nos agobian y las catástrofes que nos amenazan. Es cierto que por nosotros mismos, por grandes que fueran nuestros esfuerzos, nada podríamos, que la obra de la regeneración de la sociedad es toda de Dios. Pero Dios cuenta con la libre cooperación nuestra para realizar por la prensa sus grandes designios sobre la sociedad. Tal es el deber de cada católico, en mayor o menor grado, según su posición y talento. La victoria es segura: Sólo falta para alcanzarla un poco de calor religioso de parte de todos, para curar los corazones heridos por el error y la mentira; un esfuerzo constante hacia el bien. Lo demás, toca a Dios; así como también el señalar la hora y el momento del triunfo del bien, y del resultado de nuestra pequeña cooperación".

A impulsos del entusiasmo que sentía en orden a propagar las buenas lecturas, concibió don Manuel posteriormente, y lo tenía planeado, aunque no pudo ponerlo por obra, el proyecto de una Editorial, que había de llamarse «Imprenta Católica de San José». ¡Es que este hombre no paraba!

Su apostolado en el confesonario. Fomentador de vocaciones religiosas

Es otro de los campos de enorme actividad de aquel cura santamente "ambicioso" Vale la pena recordarlo.

Las confesiones suponían un gran

esfuerzo, para los sacerdotes, sobre todo de paciencia, especialmente cuando por Cuaresma pasaban a confesarse, porque sí o "porque tocaba" casi todos los hombres del pueblo.

Mosén Sol dedicó infinitas horas al confesonario. Los conventos de clausura, y las parroquias, a las que acudían, sobre todo, chicas seglares atraídas por la fama de aquél sacerdote santo, fueron testigos de un ministerio que produjo grandes frutos de vida cristiana y de santidad.

Antes del alba salía ya de casa para dirigirse al convento de Santa Clara. Por ser todavía noche cerrada, y muy deficiente el alumbrado público de gas, o por estar con frecuencia apagados ya los faroles del mismo, en las primeras horas de la madrugada, solía utilizar una sencilla linterna, que dejaba en el banco de piedra del porche de la iglesia del monasterio, de donde la recogía, al clarear el día, su doméstica. Allí, a solas, pasaba Don Manuel largas horas ante el sagrario, desahogando los fervorosos sentimientos de su corazón, hasta que empezaban a ir llegando penitentes.

Declaraba un sacerdote de la diócesis de Tortosa que no sabía explicarse cómo se las arreglaba Mosén Sol para encauzar en breve tiempo y hacer entrar a las mujeres por los senderos de la perfección:

«Yo las confesaba años y más años con la mejor voluntad, y no conseguía hacerlas salir de los moldes ordinarios. Iban mis feligresas a Tortosa, se las recomendaba a Mosén Sol, o daban ellas casualmente con su confesonario, le trataban sólo unas cuantas semanas, y volvían sabiendo de materias de oración, ganosas de amar a Jesús cada día más y ser sus reparadoras, y comulgaban con mucha frecuencia. Quedaba yo maravillado y confundido de estas súbitas e inesperadas metamorfosis en simples mujeres del pueblo. Tengo todavía algunas, y de las más modestas familias, que practican con asiduidad edificante,

levantándose a media noche, la Hora Santa todos los jueves del año. Y esto data de la primera vez que se confesaron con mosén Sol".

Muchísimo tiempo y energías dedicó nuestro Beato a la *dirección espiritual*, de las jóvenes en proceso de acompañamiento y discernimiento vocacional, además de las religiosas de los distintos conventos de la ciudad y de los que él mismo fundó en otros pueblos o ciudades.

¿Cómo resistía tanto su delicado corazón? No sabemos. Pero, tal vez por eso, una hija espiritual suya le escribía desde Valencia: *«No, no se canse de vivir, Padre mío. Yo creo que hay alguna alma que le cede a V. R. graciosamente todos los años de vida que el Señor quiera, a fin de que dilate más y más el reino de Cristo en todos los corazones. Y después, ¿qué premio tan grande va a tener, Don Manuel!»*

El Señor le concedió una vocación especial para tan delicado ministerio del acompañamiento espiritual. Tenía, desde jovencito, tan alta estima y afecto hacia las almas consagradas a Dios en la vida religiosa, que a los quince años, ya que no podía hacer otra cosa por ellas, redactaba una solicitud para demandar limosnas con el fin de proporcionar la dote a una joven que deseaba ingresar en el convento.

Aparte las religiosas, eran numerosísimas las personas piadosas que frecuentaban su confesonario.

Mosén Sol no escatimaba por su parte, incomodidades, gastos y fatigas para ayudar y servir a sus dirigidas. El mismo, cuando se trataba de vocación auténtica, las acompañaba a los conventos, a veces muy distantes, en donde habían de ingresar, y más adelante, cuando en sus viajes se le presentaba ocasión para ello, se detenía a visitarlas.

"Lo mismo fue salir yo de esa, declaraba el canónigo de Tortosa y futuro cardenal Sanz y Forés, amigo de D. Manuel, que

hacer explosión las vocaciones comprimidas o en infusión, y poblarse los claustros, en cuanto a la tibieza de mis prisas y rabieta se sobrepusieron los ardientes rayos del Sol. ¡Bien!»

A este respecto, la religiosa tortosina Sor María de Papua nos cuenta: «Recuerdo haber oído contar a mi tía Cinta que desde pequeña la dirigía don Benito Sanz y Forés, el cual, al trasladarse a Madrid, dijo a mi tía que no podía seguir dirigiéndola espiritualmente, y le añadió: *«Te he buscado un Director, que no te pesará jamás. Mira: es muy joven de edad, pero de mucha virtud. Yo te aseguro que es un sacerdote que promete y que dará mucha gloria a Dios»*. Tan satisfecha quedó mi tía del nuevo guía de su espíritu, que mientras vivió Don Manuel, no tuvo otro».

Muchas jóvenes de fuera de Tortosa iban a confesarse con él. La Madre Rosalía del Niño Jesús, egregia teresiana, confiesa de si misma que contaba solo quince abriles cuando oyó resonar en sus oídos el nombre de Mosén Sol:

«Ponte buena, hija mía, -decíame mi madre- : disponte para ir a Tortosa con el intento de ver a Mosén Sol, al varón santo de Dios.» Imposible me parece pintar con viveza de colores la impresión que en mi corazón hizo la vista de aquel venerable sacerdote: venerable, digo, por el aire de santidad que se vislumbraba ya en aquel varón de solos treinta y ocho años. Comencé a trabar amistad con él, sentíame movida por el atractivo de los dones de naturaleza y gracia con que le plugo al Señor adornar el corazón de su siervo...Mezclando la gravedad con el agrado, llevaba tras sí las almas. Mortificaba mucho a las que querían ser religiosas y sabía herir muy hondo».

¿No es verdad que esta pedagogía tan profunda, nos recuerda a santa Teresa y a san Juan de la Cruz?

Cuando tenía clara la vocación de alguna de ellas, no escatimaba Don Manuel toda clase de esfuerzos y sacrificios para ayudarles a realizar sus santos deseos. Les costeaba parte de la dote; se servía de sacerdotes amigos para que las enseñasen a manejar el breviario, y a algunas hasta a leer y escribir; y de otras hijas espirituales, para que las instruyesen en otros menesteres, como planchar, hacer flores, etc. A muchas, para que pudiesen entrar sin dote, del que totalmente carecían, les costeaba las lecciones de canto y música, para lo cual tenía alquilado un piso y un piano.

Tenía el don singularísimo de conocer e intuir vocaciones. Ponderando estas dotes de Don Manuel, como excelente catador de espíritus, exclama con acertadísima expresión un ferviente admirador, párroco de un pueblo de Tortosa: "¡Era un santo! Olía las almas buenas y con divino instinto las conocía". Cuando se ponía al alcance de su mano alguna de las que él entendiera ser «buena para amiga del Señor», según decía Santa Teresa, no la dejaba ya.

Una religiosa del Real Monasterio de San Juan de Jerusalén, Sor Josefina Sol, parienta de Don Manuel, escribe: «Mi primo hermano Mosén Sol venía a mi casa como visita de familia, pues amaba mucho a mis padres. Sus conversaciones eran edificantes, y cuando hablaba de las religiosas, yo le escuchaba con mucho gusto. Me decía que eran ángeles, los pararrayos de la ciudad, víctimas por amor de Jesucristo. Sus dulces palabras quedaron grabadas en mi tierno corazón. No dudo que Dios Nuestro Señor, por medio de él, me llamó a la vida de clausura, con tanta fuerza, que nada del mundo me detuvo para entregarme enteramente a Jesús. El me amaba como un cariñoso padre, Me proporcionó todo lo necesario para mis estudios, libros de música, papeles, etc. Ahora que estoy en la antesala del cielo desde hace más de 52 años, confieso que a él le debo, después de Dios, mi felicidad de vivir y morir

en la Santa Casa del Señor... »

La fama de "monjero" cundió como pólvora por toda la ciudad y diócesis, y no faltaban comentarios para todos los gustos.

Muchos murmuraban diciendo que las jóvenes a quienes confesaba, todas acababan siendo religiosas, y a esto respondía don Manuel: *«No lo digan en esos términos, sino al revés: que todas las jóvenes que quieren hacerse religiosas vienen a confesarse conmigo.»*

A causa de esa prevención, declara una de ellas que no la dejaban en casa que se acercara a su confesonario.

Nos cuenta mosén Sol algo que parece de película: *«El jueves último entró X en el convento, y hubo una tempestad horrorosa en casa al saberlo, y su padre quería matar a Mosén Sol y mis pobres hijitas me aconsejaban que me escondiera. Pero ya se ha pasado un poco la tormenta».*

Otro día, el padre de una novicia, furiosamente indignado contra mosén Sol, se acercó a él revólver en mano, dispuesto a todo. Entonces, Don Manuel, con enorme serenidad y calma, le dijo: *«Ya puede usted disparar, si quiere».* La dulzura de sus palabras aplacó las iras de aquel hombre, que se trocó en fervoroso amigo de Don Manuel y de aquella comunidad, y, a pesar de tener que hacer diez horas de camino, casi no pasaba semana que no fuese a visitar a su hija.

Había en cierto convento un Vicario que había envejecido en el cargo. Y ocurrió que habiendo tratado las religiosas en el confesonario a Don Manuel, encontraron en él tanto espíritu y fervor, que relegaron a un lado al bueno del Vicario. A este buen hombre le sentó muy mal el cambio y le tomó unos celos tremendos y una ojeriza de tomo y lomo a mosén Sol. Enterado del enojo, éste, como humilde desagravio y compensación, iba a buscarlo y se confesaba con él.

Como era tan diestro «cazador» de

almas distinguidas, y excelente «proveedor» de vocaciones, algunos Institutos religiosos acudían a él en demanda de novicias, y otros no querían recibir a ninguna que no llevase la licencia y aprobación de mosén Sol.

El 21 de diciembre de 1899, la Madre General Teresa de Jesús Blanch, escribía a Don Manuel, que se encontraba en Roma: Estoy agradecidísima por los buenos servicios que a nuestra humilde Compañía, está prestando en ésa, y por lo que trabaja en nuestro favor...

En mayo de 1900 se ocupó en examinar y hacer observaciones a las Constituciones de la Compañía de Santa Teresa. "He concluido ayer, decía el primero de junio, la tarea sobre lo de las Teresianas, que me ha dado unos días de verdadero trabajo mental".

Con todo y con eso, estaba muy lejos de tener criterio cerrado en ese particular de las vocaciones al estado religioso. No era "monjero" a toda costa. Como en todas sus cosas, también en este punto era máxima su indiferencia, determinándose tan sólo por aquello que entendía ser voluntad de Dios.

Y así, a una le decía: *" le digo a Jesús que estaré igualmente contento de que me la coloque en medio del mundo, sin consagrar, o consagrada también en medio del mundo; que yo la haría trabajar en cosas de su gloria, y que igualmente le daré gozoso mi bendición paternal»*.

Al final de su vida le entraban remordimientos por si había dedicado demasiado tiempo a las religiosas, pero lo cierto es que él había obrado siempre con un corazón libre y limpio y, en ocasiones, con mucha paciencia. A este propósito, con un tono de buen humor, contaba confidencialmente a un sacerdote operario:

«Ayer vino la señora X... Estará hasta el sábado. Es una santa alma, pero capaz de hacer santos a los que ella tiene confianza».

Y hablando de otra "santa" por el estilo, decía: *«Sí que desearía que Z... fuera*

a verle a usted. Ya tendría usted bastante con una visita, y compadecería entonces al Dr. Sol, que la ha sostenido ¡siete años!”.

Adoración Nocturna. Templos de reparación

Profunda y ardentísima fue siempre en Don Manuel la devoción al Santísimo, e infatigable y ardoroso su anhelo de propagarla por todas partes. En su cristiano hogar había recibido ya los primeros ejemplos de este ferviente amor a la Eucaristía. Desde 1831 funcionaba en la Catedral de Tortosa la «Adoración y Vela perpetua al Santísimo», y a ella pertenecía como socio activo el padre de Don Manuel.

Al cabo de unos años, el mismo don Manuel se responsabilizó como Director espiritual de la Adoración nocturna de Tortosa.

Ocurrió que vino a la ciudad, en diciembre de 1883, D. Luis Trilles, que estaba dedicado, desde Madrid, a propagar por España la Adoración Nocturna. Con esta ocasión y motivo adoptaron el reglamento de Madrid y fue nombrado, como no podía ser de otra manera, don Manuel Director Espiritual del Centro de Tortosa

Y a partir de este momento se dedicó a recorrer la diócesis para establecer la Adoración en todas las parroquias que fuera posible.

Para hacer frente a las campañas contra la fe y la religión, mosén Sol quería que en todas las parroquias hubiera cenáculos encendidos de amor ardiente y reparador, y que del encuentro con Cristo sacramentado salieran apóstoles seculares que lucharan sin descanso por el reino de Dios.

El amor a Jesucristo en la Eucaristía le hacía arder en ansias de levantar Templos de Reparación. Aceptó muy gustosamente la dirección del Templo Nacional Expiatorio de San Felipe de Jesús, en México, el año 1889. Pero su ilusión era levantar uno en cada diócesis.

Como ya dije (p. 21), el año 1903 pudo realizar el sueño de edificar el Templo de Reparación de Tortosa, donde descansan sus restos mortales.

Por su parte, el ayuntamiento de Madrid ha concedido que sea dado el nombre de Luis de Trilles y Noguerol, fundador de la Adoración Nocturna Española, a una zona ajardinada en el distrito de Chamartín. Fue inaugurada el 24 de marzo del presente año 2.007. Sin duda que se alegraría su colaborador y amigo mosén Sol desde el Cielo.

Y más se alegrará al ver que en estos primeros meses del año 2007, el tema de la Adoración eucarística vuelve a ser de actualidad. El Papa Benedicto XVI en su Exhortación Apostólica "Sacramento de la caridad", dice:

"A veces no se percibió de manera suficientemente clara la relación intrínseca entre la santa Misa y la adoración del Santísimo Sacramento...; la adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia...La adoración fuera de la santa misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica. En efecto, "solo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el señor madura luego también la dimensión social contenida en la eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros" (Discurso a la Curia Romana (22.12.2005) (n.66)

Por eso, dirá más adelante:

"Recomiendo ardientemente a los Pastores de la Iglesia y al Pueblo de Dios la práctica de la adoración eucarística, tanto personal como comunitaria. A este respecto...cuando sea posible, sobre todo en los lugares más poblados, será conveniente indicar

las iglesias u oratorios que se pueden dedicar a la adoración perpetua" (n.67) Y "pido a las parroquias y a otros grupos eclesiales que promuevan momentos de adoración comunitaria" (n. 68).

Cómo habrá aplaudido mosén Sol desde el cielo estas palabras del Papa después del Sínodo de los obispos sobre la Eucaristía, de 2005.

Conventos

No satisfecha la portentosa actividad de Don Manuel en el confesonario y la dirección espiritual, y ya con los esfuerzos y preocupaciones de la fundación de la Hermandad y los Colegios de vocaciones eclesiásticas que iba estableciendo en distintas ciudades de España, aún estuvo durante varios años, muy ocupado en el establecimiento de conventos de religiosas en algunos pueblos importantes de la diócesis, como Benicarló y Val de Uxó.

Escuela para niñas

El 24 de junio de 1888, al calor de su iniciativa y sus esfuerzos, se inauguró en el pueblo de San Mateo la Escuela Dominical para niñas, que fue un verdadero cenobio y un fertilísimo plantel de vocaciones religiosas y de mujeres consagradas al apostolado en medio del mundo.

El Señor bendijo espléndidamente los grandes esfuerzos de las piadosas jóvenes que la dirigían, alentadas y aconsejadas por Don Manuel en frecuentes visitas y con sus casi diarias, y a veces larguísimas, cartas.

En mayo de 1904 acudían a la Escuela cerca de 300 chicas, muchas de ellas de clase humilde y que necesitaban mucha instrucción y orientación religiosa hacia Cristo. Efectivamente, hacia El quería conducir las Don Manuel: a unas, proporcionándoles con la Escuela un amparo salvador contra los peligros

de las diversiones domingueras, y ofreciéndoles una saludable instrucción; a otras, ejercitándolas en la caridad hacia el prójimo, y haciéndoles caminar, bajo su acertada dirección espiritual, por las sendas de la perfección.

Una buena parte de las niñas y jovencitas de la Escuela se reunían todos los días en casa de la presidenta, donde tenían lectura espiritual, oración, meditación y conversaciones piadosas. Don Manuel llamaba al grupo de asistentes a estas reuniones «Su noviciado de San Mateo». Conocía a todas y cada una, y a muchas de ellas escribía de vez en cuando. Llegó a hacerse tan popular y queridísimo en el pueblo, que sus habitantes le veneraban como a un santo y le atribuían gracias, que calificaban de milagrosas

En los primeros Ejercicios espirituales que dio a las jóvenes teresianas, muchas de éstas, reformando sus costumbres, comenzaron una vida de intensa piedad. Era voz pública en el pueblo, que jamás se practicaron allí Ejercicios como aquellos. Las jóvenes iban por las calles sin hablar. Día hubo en que a las tres de la mañana le esperaban ya veintitantas en la iglesia para confesarse. Durante mucho tiempo perduró en ellas el recuerdo de la profunda impresión que les produjo la plática sobre la oración de Jesús en el huerto, en la cual, conmovidísimo en extremo Don Manuel, las hizo prorumpir en generales e incontenibles llantos.

En cierta ocasión llamó a una de las jóvenes, y después de intimarla que dejase la compañía de determinadas amigas, porque de lo contrario no pasaría de ser una *beata*, le dijo: «*Tú has de hacerte religiosa*». Lo comunicó ella a su madre, y ésta respondió: “¿Qué puedo yo negarle a ese santo? Dile, hija mía, que disponga de ti, de mí y de todo lo mío”. Con la bendición de Don Manuel, ingresó después la joven en el convento de las Agustinas.

Proyecto sobre Maestros Católicos

A los comienzos de la instalación canónica de la Hermandad preocupó a Don Manuel grandemente el deseo de realizar una empresa encaminada a la vida cristiana de la niñez mediante la formación cristiana de los maestros que habrían de educarlos más tarde. Ya desde 1883, venía aplicando algunas misas a esta intención, y siguió haciéndolo muchas veces hasta 1896: señal cierta de que hasta esta fecha no había abandonado el propósito de dar vida a su proyectó de «Institución de Maestros Católicos», según la llamaba en 1886.

De los muchos apuntes que sobre esta iniciativa tenemos de Don Manuel, al menos nos dejó nueve documentos, de apretada caligrafía, de los que sacamos en conclusión que soñaba con fundar una «Hermandad de Maestros Católicos», levantando para ello Colegios adecuados en las ciudades donde hubiese Normales del Magisterio, para ayudarles económicamente y sujetarlos a vida de comunidad durante el tiempo de sus estudios con el fin de infiltrar en ellos un profundo espíritu cristiano.

Terminada la carrera, cada cual en su destino, continuarían espiritualmente bajo la dirección de los Operarios para ser sus auxiliares, fomentando las obras apostólicas, de propaganda y reparación al Corazón de Jesús, que les fueran recomendadas. Tenía ya escrito el Reglamento de los Colegios, que se denominarían «Colegios Josefinos (o Seráficos) de Maestros Católicos».

Lo aplazó, pero no desistió, ni cesó de encomendarlo a Dios. Es curioso contemplar el talante práctico de nuestro Don Manuel que manifiesta en una carta en diciembre de 1893 a don Andrés Serrano, que residía a la sazón en Madrid con un hombre importante, D. José M^a Caparrós, futuro obispo: *«Escribí a don José María enviándole el proyecto sobre Maestros, a cargo de la Hermandad. Se necesita un capital de 50.000 duros para establecerlo. No creo que*

don José María tenga trazas para encontrar por Madrid ninguna almita buena. Los aristócratas no saben tocar ciertas teclas. ¡Y tan bien que se podrían tocar en Madrid, si no fueran ustedes tan literatos!...»

El 27 y 28 de mayo de 1896 visitó y convivió Mosén Sol en el Sacro-Monte de Granada, con don Andrés Manjón y con el canónigo y profesor de aquella Universidad don Francisco Medina, antiguo conocido suyo e íntimo amigo en Roma; y en 1905, el 14 de septiembre, escribía a don José María Tormo la última palabra sobre éste, tanto tiempo acariciado y, por fin, frustrado proyecto: «*Mi José María: Necesitaría renovar las alas de mi juventud (que están caídas) para pensar, otra vez en lo de los maestros, que cuando tenía las alas deseaba proponer y realizar. Celebro la idea del buen señor Manjón, pero lo nuestro era un proyecto más vasto*».

5

Mosén Sol lo vendió todo por los jóvenes

Profesor

A propuesta del Obispo de Tortosa, el 5 de febrero de 1864, el Rector de la Universidad de Barcelona confirió oficialmente a Don Manuel la cátedra de religión y moral del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Tortosa..

Desempeñó tan honroso cargo hasta que, al triunfar la Revolución del 68, fue suprimida en los centros de enseñanza del Estado aquella asignatura.

Durante los años de enseñanza no se

limitó Don Manuel al mero y exacto cumplimiento de sus obligaciones de catedrático, sino que aprovechaba la influencia y ascendiente que ejercía sobre sus discípulos, para encaminarlos hacia la virtud. Uno de ellos, (el señor Camps, anciano y acreditado notario de Reus), dice que al salir de clase en el mes de mayo reunía Don Manuel a sus alumnos para practicar juntos el ejercicio de las flores a María en la iglesia de San Antonio, frente al altar de la Concepción. Algunos de sus discípulos se confesaban con él.

Acostumbraba a llevarlos de paseo en su compañía a las afueras de la ciudad, donde, bajo su vigilancia, se divertían y jugaban, mientras él se entretenía leyendo.

Solía enviar a alguno de los chicos a comprar dulces para obsequiarles. Al regresar, tenía mucho cuidado de que marchasen directamente a sus casas. Y siempre que tenía que dar alguna queja o algún aviso, lo hacía con tal bondad, que ganaba enseguida la voluntad de todos. Los quería entrañablemente.

La juventud católica de Tortosa

Se vivían unos tiempos en los que era urgentísimo combatir contra la Revolución en el terreno social. Por ello, y para salvar a los jóvenes, enamorándolos de la religión y haciendo de ellos, como él los llamaba, adalides de la Iglesia y de la patria, organizó Don Manuel en 1869 la «Juventud Católica» de Tortosa, de la que hemos hablado anteriormente.

Precisamente, ostentando la representación de la «Juventud Católica» de la Ciudad fue a Roma en octubre de 1878, formando parte de la Peregrinación organizada por la «Juventud Católica» de Cataluña.

Don Manuel quería una juventud alegre, piadosa y comprometida. Por eso, una de las iniciativas de la Academia de la «Juventud» fue la de establecer «Escuelas nocturnas para obreros y artesanos», siendo nombrado Don

Manuel Director espiritual de las mismas.

Del 7 al 11 de diciembre de 1887, en su domicilio social, que lo era a la sazón el local del hoy templo de la Reparación, se celebró, organizada por la misma «Juventud Católica», una Asamblea de Asociaciones Católicas. De tan notable acontecimiento se hacía eco la prensa católica de aquellos días, como ya dijimos anteriormente.

En octubre de 1878, ocho años después de su primer viaje a Roma, volvió Don Manuel a visitar la Ciudad Eterna, formando parte de la peregrinación nacional organizada por la Juventud Católica de Barcelona para prestar homenaje a León XIII, elevado al Solio pontificio el 13 de febrero de aquel año. Eran unos 2.000 los peregrinos. Don Manuel ostentaba la representación oficial de la diócesis de Tortosa.

Por otra parte, además de las Escuelas Nocturnas, fundó en 1895, las Escuelas Dominicales en el salón de la Juventud Católica.

La Congregación de san Luis

La dirección y desarrollo de la Congregación de san Luis fue, sin duda, su más brillante y fecunda labor en pro de la juventud seglar de Tortosa. Fundada por los Jesuitas en 1866, en un barrio de la ciudad, al ser desterrados de Tortosa por la Junta Revolucionaria de 1866, fue trasladada a la ciudad, y nombrado mosén Sol Director de la misma. No se le podía haber hecho a Don Manuel otro encargo mejor.

En seguida, con el objeto de realizar sus anhelos, concibió el pensamiento de fundar una revista que fuese órgano de la Congregación de Tortosa, y lazo de unión de cuantas había establecidas en nuestra patria, a las cuales envió el 13 de noviembre de 1880 una circular, en la que proponía la creación de un vínculo común entre ellas, que sirviese de «incentivo

que sostuviera la llama del entusiasmo juvenil".

En diciembre de 1881, salió a la luz pública el primer número de la revista mensual titulada «El Congregante de San Luis», con veintidós páginas de texto.

Llegó a alcanzar fama, prestigio y carácter nacional. Fue el primer periódico de las Congregaciones marianas.

Muy pronto llegan a don Manuel, de directores y lectores de distintas diócesis de España, frases laudatorias para la revista, felicitando y animando a sus redactores. Y es que llegaron a comprender, como don Manuel, que sólo en la juventud de San Luis se encontraba la verdadera, sólida y práctica piedad, y que de la Congregación saldrían, más que de otra parte, tanto las vocaciones eclesiásticas como los hombres prácticamente católicos o virtuosos, que es lo que se había propuesto la revista: atraer y ganar a la juventud masculina para el servicio y amor de Cristo.

Por su parte, Don Manuel no para un instante. Muy pronto adquirió 2.700 metros cuadrados de terreno para establecer un Gimnasio o Círculo de recreo, y en seguida plantó gran cantidad de árboles. Razonando esta iniciativa suya, escribía en «El Congregante», de enero de 1882:

«Diversiones para la Juventud. Más de una vez se ha dicho, y es verdad, que uno de los medios de que se ha valido en estos últimos tiempos el espíritu del mal para atraer principalmente a la juventud, ha sido abrir centros de recreación, impregnados la mayor parte de ellos de una atmósfera viciada por lecturas, ideas y ejemplos nada edificantes... Atendidas las costumbres actuales y la tendencia casi irresistible sobre todo de la juventud, se hace necesario luchar contra los efectos que el espíritu del mal ha producido en ellos, formando otros, en condiciones tales, que los jóvenes puedan encontrar en ellos el

pasatiempo y la recreación sin los peligros que la mayor parte de los otros centros de recreación ofrecen.

¿No se hace, pues, indispensable que la Juventud de San Luis, sin abandonar el carácter de altamente piadosa que la debe distinguir, tenga un lugar de recreación en los días festivos?

Y no se nos diga que los cuidados de una madre y aun de una asociación puramente piadosa, sin otro entretenimiento que las mismas prácticas de piedad, serían suficientes para sostener a la juventud. El corazón y la experiencia nos dicen lo contrario".

Un nuevo acicate para llevar adelante su proyecto en bien de la juventud vino a ser para Don Manuel el proyecto de establecer en Tortosa el llamado "Ateneo Libre", obra de los masones avanzados, destinado a arrastrar a muchos "semicatólicos" adormecidos.

Vencidas, al cabo, las dificultades que se ofrecían para la empresa, arbitró un empréstito para el Gimnasio y se dispuso a levantar un edificio donde poder instalar salones para capilla, biblioteca, teatro y juegos. Se puso la primera piedra del mismo el 9 de julio de 1882, fecha que solemnizaron los congregantes con una velada literario-musical.

El 26 de diciembre se inauguró el Gimnasio, con lectura de poesías y la representación de «La vocación de San Luis», por los jóvenes de la Congregación.

En la Memoria de los trabajos realizados desde que había sido nombrado Director de ella Don Manuel, se declaraba el propósito de formar una escogida biblioteca, celebrar sesiones científico-literarias cada mes, practicar la enseñanza del congregante por el congregante mismo, etc.

Fiel a los propósitos que abrigaba mosén Sol con la fundación del Gimnasio, no se limitó al cuidado espiritual de los congregantes, con sus pláticas, y con el cumplimiento regular de los ejercicios piadosos

consignados en el reglamento de la Congregación, sino que, a medida que el avance de las obras del edificio en construcción lo fue permitiendo, como embellecer el terreno donde se levantaba con plantaciones de variadas flores y con hermosos paseos, adornados de acacias, eucaliptos y plátanos, les proporcionó gran cantidad de juegos, tanto de campo-bolos, birlas, «ómnibus», tiros de ballesta, etc. -como de salón-dominó, damas; ajedrez, y otros, aun de naipes-. Y allí mismo funcionaba una especie de casinillo, que servía café, cigarrillos, licores, y meriendas. Todo, bajo la moderadora y discreta inspección de los directores de la Congregación, que les procuraban revistas y libros de amena lectura, y organizaban frecuentes veladas literarias y teatrales. De todos los medios honestos echaba mano Don Manuel para que estuvieran sus jóvenes alegre, gustosa y santamente entretenidos; y de esta forma los iba atrayendo y reteniendo junto a sí, es decir junto a Dios.

Hasta en su propio hogar se reunía con frecuencia Don Manuel con jóvenes de buena posición agasajándoles con regalos, prestándoles libros, no escatimando esfuerzos ni otros medios para lograr que «fuesen verdaderos cristianos, y pudieran hacer un gran bien después a la sociedad».

No obstante, no descuidó el fomento de los intereses espirituales y morales de los jóvenes de las clases menos favorecidas. Precisamente, fundó para ellos Escuelas Nocturnas, dirigidas y sostenidas durante muchos años por la Congregación de San Luis. Y aplicó muchas veces, desde 1881, la santa Misa por la Congregación de Artesanos.

Llegó a reunir hasta 150 congregantes de la sección de estudiantes, a los que tenía divididos en diez coros. Para adiestrarlos en la propaganda social cristiana, estableció secciones destinadas a recoger ropas, que distribuían luego entre los pobres; a visitar los jueves las cárceles, consolando,

obsequiando y disponiendo a los presos para la recepción de los Sacramentos, e instruyéndolos en la doctrina cristiana; a prestar piadoso homenaje cada semana a la Santísima Virgen de la Cinta y al Santísimo Sacramento; a repartir entre las clases trabajadoras «La Lectura Popular»; a canjear libros de sana doctrina e instructivos, por otros que iban recogiendo, que les parecían, a todas luces, inmorales

Inaugurada la capilla del Gimnasio el 29 de junio de 1897, comenzaron a celebrar en ella los congregantes sus ejercicios y reuniones piadosas.

En la plática de aquel día, "Fervorín" lo llamaban entonces, Don Manuel, decía a sus amadísimos jóvenes: «¡Alégrate, Jerusalén! Ya lo sabéis, hace pocos años esto no era más que un campo seco, un campo solitario, que no merecía las miradas del transeúnte. Y desde este día, el Señor viene a poner su morada en medio de él y se convertirá en fuente de aguas vivas para la juventud... Venid aquí a aprender la verdadera felicidad, que sólo se encuentra en la tranquilidad de una buena conciencia! ¡Venid a estas aguas, únicas que pueden fortaleceros contra los enemigos de vuestras almas! Que Jesús aleje de este lugar cualquier mal ejemplo. Que nunca se profane esta capilla. Que sea un lugar de reparación y consuelo para el Corazón de Jesús. Que mientras hay tantos jóvenes arrastrados por el espíritu de la impiedad, de la disipación, del olvido de Jesús, tenga Él aquí corazones que le amen y le alaben. Que sea esta capilla el lugar donde forméis vuestros propósitos de propaganda del bien. Pedidle que dirija los pasos inseguros de vuestra juventud. Pedidle que bendiga estas asociaciones y forméis una legión de esforzados adalides de la causa católica, hoy que tanto valor se necesita para ello».

Además de las Escuelas Nocturnas, , la Congregación fundó, en 1895, como ya dije más arriba, las Escuelas Dominicales en el salón

de la Juventud Católica. En el sostenimiento de unas y otras se gastó Don Manuel grandes sumas de dinero de su peculio particular.

Pero no terminaba aquí el esfuerzo y actividad de mosén Sol: para multiplicar las Congregaciones y proporcionarles elementos de conservación interno y desarrollo eficaz, desde 1881 concibió y planeó un proyecto que titulaba «Apostolado de San Luis» o «Protectorado de San Luis». Este debía estar formado por un grupo selecto de jóvenes, o de adultos, que además de atender a su santificación propia, adquiriesen la instrucción necesaria para defender sus convicciones católicas y promover el bien de la juventud, principalmente con el aumento, desarrollo, y dirección de Gimnasios y Círculos de San Luis, bajo la autoridad del Director de la Congregación. Debían también consagrarse al apostolado social cristiano, estableciendo Escuelas Dominicales, Escuelas Nocturnas, Catequesis, Bibliotecas populares, propagando la prensa católica, etc.,

Años más tarde, ideó en 1901, una especie de «Federación» y unificación de empresas apostólicas en pro de los jóvenes de Tortosa, formada, por tres asociaciones: «El Apostolado de la Juventud de Tortosa», bajo la dirección de los Operarios, de fines análogos a la anteriormente mencionada; otra, complementaria y sostenedora de la anterior, llamada «El Protectorado de la Juventud», constituida por hombres ya casados; y una tercera, «El Gimnasio de los Luises», para proporcionar a éstos honestas y variadas recreaciones.

Hasta 1888 se ocupó Don Manuel, personal e inmediatamente, de todos los asuntos relacionados con la Congregación de San Luis. Desde esa fecha, sin desentenderse nunca enteramente, delegó en sus sacerdotes Operarios el cuidado de presidir y regular la marcha y el progresivo desarrollo de los mismos.

A pesar de todo, Don Manuel no

desmayaba en sus ansias de trabajar con la mayor eficacia posible por los jóvenes, e ideó, para lograr los fines que había de realizar la "Federación", la «Asociación de la Juventud de San Luis» para evitar que las Congregaciones viviesen aisladas unas de otras y que su existencia misma estuviese a merced de las eventualidades y cambios del director de cada una de ellas. Proponía, para ello, la formación de un «Consejo Central Diocesano», formado por sacerdotes distinguidos consagrados a la dirección y cultivo de las Congregaciones de San Luis. Lástima que tampoco pudo ver realizada esta iniciativa.

Por otra parte, el paulatino, pero constante desenvolvimiento de la Hermandad, fue absorbiendo casi totalmente la actividad de Don Manuel, y le impidió, bien a su pesar, el seguir consagrándose a una obra para él tan querida como la del fomento de las Congregaciones de San Luis, que había procurado ir implantando en diversos pueblos de la diócesis, y en las cuales tenía cifradas tantas esperanzas de salvación para la juventud secular.

Surgió, por añadidura, entre los Operarios, el pensamiento de fundar una nueva revista, el «Correo Interior Josefino», con el fin de mantener viva y coordinar la comunicación entre los Colegios de Vocaciones eclesiásticas que D.Manuel comenzaba a establecer por distintas diócesis de España.

El propio Don Manuel se resistía al intento de suprimir «el Congregante de San Luis». Le dolía demasiado. Estaba encariñado con el gran bien que la revista hacía entre los jóvenes Congregantes.

Decía: *"El Congregante», no debe morir, ni debe sernos tan gravoso como nos es, hasta que amanezca el día (que vendrá) que salga el apóstol de nuestra Obra para el bien de la juventud secular"*.

Finalmente, como en tantas otras cosas, su humildad se rindió al ajeno parecer,

y el 21 de diciembre de 1896 se despedía «El Congregante», de sus lectores.

Suprimida la revista, siguió todavía Don Manuel, por medio de sus Operarios, trabajando en favor de la Congregación.

En 1889 había escrito al P. Luis Martín, S. J., diciéndole que si la Compañía quería encargarse de la revista, no tendría inconveniente en traspasársela *«a pesar de los sacrificios -añadía- que nos ha costado el sostenerla por falta de personal y de cooperación...»*

Cuenta el P. Llusá, S. J., nombrado Director de la misma, que hablando con Don Manuel, algún tiempo después, sobre los jóvenes de Tortosa, y lamentándose de que se perdían porque no había quien les ayudara a salvarse, «el rostro del venerable anciano -dice se iba animando y encendiendo más y más, hasta que, recordando lo mucho que por los niños y por los jóvenes había hecho en las Doctrinas y, sobre todo, con la obra del Gimnasio, se le asomaron a los ojos las lágrimas ¡preciosas lágrimas!- y exclamó: *«Ah, Padre. ¡La formación de la juventud, ésa es la grande obra! ¡El salvar a la juventud de Tortosa ha sido por muchos años mi sueño dorado! Creo que para realizarlo he puesto más trabajos y desvelos que para la misma Hermandad; y Dios no ha querido, hasta el presente, que lo viese realizado. Sólo El sabe con qué pesar me desprendí del local y edificio que a ello había destinado ».*

Pero él nunca se contentó con hacer el bien a los jóvenes de su ciudad natal; quería, ensanchar su radio de acción y de influencia educadora: *«No está satisfecha nuestra ambición -escribía al cabo de algún tiempo-. La Congregación de San Luis de Tortosa tiene una misión providencial que cumplir. Por su historia, su naturaleza y sus medios, debe aspirar a formar una red, que arrastre a la juventud de los pueblos de España».*

Peregrinación a Roma

Hoy día ¿quién no ha ido a Roma? Pero entonces...En septiembre de 1891 llevó a Roma don Manuel la Peregrinación de Congregantes marianos, para conmemorar el Tercer Centenario de la muerte de San Luis Gonzaga. Tres años pasaron, desde que publicó la iniciativa de la peregrinación en la revista «El Congregante de San Luis», dedicándose a prepararla con admirable tesón y perseverancia.

Con el espíritu ardoroso que le caracterizaba escribía el 21 de diciembre en "El Congregante": *«Vamos a hacer un firme y universal acto de fe, y lo vamos a hacer varonilmente, teniendo a mucha honra el abrazarnos, enardecidos, al aborrecido estandarte de Jesucristo, cuando más lodo arroja a sus pliegues purísimos...la impiedad, en cátedras, libros, folletos y periódicos. Firme y universal acto de fe vamos a hacer, y estamos ya haciendo, casi sin advertirlo, jóvenes españoles. Firme y universal acto de fe, que ha de poner espanto y respeto en el ánimo de los que no piensan como nosotros; que ha de animar el corazón medroso y acobardado de los débiles, y que ha de subir como incienso oloroso hasta el trono del Padre celestial en manos del Ángel de España, atrayendo el rostro benigno de Dios hacia nuestra nación, y derramando por doquiera las gracias que España necesita ».*

Como preparación para tan gloriosa jornada, por iniciativa de Don Manuel, se organizó en Tortosa, el 21 de mayo de 1891, una procesión de más de 2.000 niños, presididos por el Prelado de la diócesis, con banderas y cánticos, que recorrió las calles de la ciudad; y más tarde, un solemnisimo triduo en honor de San Luis Gonzaga; se imprimieron 25.000 estampas del Santo, para repartirlas por todos los pueblos de la diócesis, y se celebró una gran velada literaria.

Los fines de la piadosa romería, eran:
1.º Ofrecer un tributo especial de amor a San

Luis; 2.º Servir de base para una santa federación de la juventud piadosa de España, con el objeto de promover empresas de fe y propaganda católica; y 3.º Rendir un homenaje de filial afecto a la Santa Sede.

Si dentro de España fue general el entusiasmo por realizar tan estupenda iniciativa, dada a conocer y aplaudida por la prensa católica, fuera de nuestra patria, en América y en varias naciones de Europa, singularmente en Italia, halló un eco acogedor y provocó estímulos de emulación. .

El 13 de septiembre de 1891 se reunieron en Barcelona más de quinientos romeros de todas las regiones de España. Ese mismo día celebraron, en la iglesia de la Merced, una solemne función de despedida en obsequio de la Virgen, y el día 14, en tren especial, partieron de Barcelona, despedidos por una ingente multitud. El 15, a las siete de la mañana, llegaron a Marsella, donde participaron en la Misa y visitaron durante tres horas la ciudad. El 16, a las seis de la mañana, se detuvieron en Pisa por tres horas, y a las seis de la tarde, entraban en Roma, donde los recibió un grupo de jóvenes de la colonia española y una comisión de la juventud católica italiana. Los días 17, 18 y 19 los dedicaron los peregrinos a visitar los monumentos de la Ciudad Eterna. El 20, celebraron una solemne función religiosa en la iglesia de San Ignacio, ante el altar donde reposan los sagrados despojos de San Luis.

Terminado el Santo Sacrificio, dirigió Don Manuel a los jóvenes una inflamada alocución, que conmovió profundamente e hizo derramar abundantes lágrimas a cuantos la escucharon. Un extranjero, que estaba absorto escuchando a Don Manuel, no pudo menos que exclamar. «¡Este sacerdote es un santo!»

El día 23, a las ocho, oyeron los peregrinos la Misa de Su Santidad en la Sala Ducal. Visitaron luego los museos del Palacio Vaticano, y a las doce fueron recibidos por el

Papa en la Sala Clementina. Leyó el Prelado de Tortosa un entusiasta y fervorosísimo mensaje de adhesión, y contestó León XIII con palabras llenas de cariño y de alabanza a los jóvenes romeros por su intrépida fe española y su ferviente devoción al Patrono de la juventud. Cuando cesaron los interminables vítores y aplausos de los peregrinos, los comisionados de cada diócesis fueron presentando al Pontífice magníficos regalos. Desfilaron finalmente ante el Papa todos los peregrinos, besándole la mano y recibiendo de él paternales y delicadas atenciones y caricias. A las dos y media, terminado ya el conmovedor acto, hablaron particularmente con el Santo Padre el Obispo de Tortosa y Don Manuel, para el cual tuvo el Papa expresiones de encarecido elogio por sus trabajos en la organización de la romería, y les otorgó copiosas bendiciones e indulgencias para ellos y para los peregrinos, la mayor parte de los cuales, aprovechando la rebaja de trenes que les había sido concedida, hicieron excursiones a Loreto, Asís, Nápoles y otras ciudades de Italia.

Don Manuel casi reventaba de alegría, pero su corazón seguía aguantando ¡Qué temple, Señor!

Años más tarde, resumiendo un poco su vida, confesaría nuestro Don Manuel: "Mucho ha sido mi amor a la juventud. Desde el día en que, recién ordenado, se me colocó en el Instituto, como profesor y como Secretario, he tenido interés por la juventud varonil. Aunque no hubiera sido por mi natural afecto, la experiencia de la importancia que tiene este campo, los resultados de gloria de Dios y bien de la sociedad, y por lo tanto de bien de la juventud, serían bastante motivo para mirarla con predilección".

Y en las postrimerías de su vida, hablando a los jóvenes, les decía: *«He tenido amor a la juventud. Y no sólo por afecto, sino que he visto los resultados. Tengo suma complacencia en estar en medio de vosotros. La*

juventud es mi ideal». «Cierto -escribía a un Operario- que el apostolado de los jóvenes tiene sus amarguras y requiere una longanimidad y tolerancia sumas; mas, también es cierto que entre todos es el apostolado más ventajoso y de más trascendencia y no deja de ser bendecido por el cielo con copiosos frutos de dulces consolaciones».

6

Un cura que se encontró con un seminarista hambriento

Si tuviera que elegir un único rasgo de identificación cabal de nuestro Beato Manuel Domingo y Sol, me quedaría con éste: apóstol de las vocaciones sacerdotales.

En aquel tiempo, el Seminario de Tortosa había sido destrozado por la Revolución del año 1868, y los pocos seminaristas que aún quedaban, vivían diseminados por la ciudad, con hambre y sin formación.

Entonces, todo comenzó de una manera divinamente "casual". Resulta que un día se encuentra mosén Sol, en un hermoso rincón de Tortosa, llamado el Arco de Romeo, con un seminarista, llamado Ramón Valero, con una cara de hambre que daba pena mirarlo. Era una tarde de febrero de 1873. Este jovencito sale de la casa alquilada donde recibía las clases de filosofía y se va a comprar una vela para poder estudiar aquella noche. Por cierto, vivía en una buhardilla, comía de limosna, como sus compañeros, y estudiaba cuando buenamente podía.

Pues bien, he aquí el diálogo que entabla con mosén Sol:
"Somos ocho estudiantes en casa de la señora

Eulalia. Cinco pagan la comida; a los tres restantes nos da un plato de sopa mosén Boix. Tenemos algo de pan; pero resulta demasiado pequeño, demasiado blanco y demasiado blando...".

A don Manuel se le conmueven las entrañas, como a Jesús cuando veía a la muchedumbre que se parecían a ovejas que andaban descarriadas y extenuadas, sin pastor. Pero inmediatamente, su mente queda iluminada para siempre.

"Mañana, a las once, venís los tres a mi casa".

Así comenzó la obra de Dios a favor de las vocaciones sacerdotales, por medio del corazón compasivo y misericordioso de mosén Sol. Desde ese momento, él ve claramente que su obra consistirá en dar casa, calor, comida e instrucción a los futuros sacerdotes.

Al final de su vida confesará: "El Señor me ha hecho gustar, y en abundancia, de todos los consuelos y sinsabores de los varios campos del ministerio sacerdotal: cura de almas, enseñanza, religiosas, etc. y últimamente, fomentador de vocaciones eclesiásticas; y de todo, esto último es lo que forma y formará mi gozo y mi corona".

Efectivamente, llegará un día, en 1970, en que el Papa Pablo VI lo nombrará: "Santo apóstol de las Vocaciones Sacerdotales".

El joven Valero y sus compañeros no volvieron a conocer el hambre, y se fueron preparando gozosamente hacia el sacerdocio. A final de curso, mosén Sol les dijo: "Hasta octubre, hijos míos, que entonces estaréis mejor".

Este acontecimiento significará el que Don Manuel, se irá, poco a poco, desprendiendo de un montón de actividades y proyectos que le abrumaban, para convertirse definitivamente en el apóstol de las vocaciones sacerdotales.

Por el momento, don Manuel, una vez más, no pierde el tiempo en discusiones "filosóficas". A mitad de verano, los

sacerdotes de la diócesis reciben una carta circular de su puño y letra, en la que les informa que se abre una casa en Tortosa, llamada "Colegio de san José", para dar un hogar y formación a seminaristas pobres. Y así fue: veinticuatro seminaristas y una casa humilde inauguraron lo que podríamos llamar el primer Colegio de san José.

A los dos años, tuvo que comprar una casa más grande porque ya los seminaristas ascendían a 50. Al curso siguiente, cuenta con el palacio de san Rufo y 98 alumnos. "Mis nobles de san Rufo" los llama con simpático humor el humilde mosén Sol. Al año siguiente, 30 más le piden cobijo, y ya no hay sitio. ¿Qué hacer?

Tiene 190 alumnos, pero dispersos en distintos lugares de la ciudad. No se puede seguir así, e inmediatamente propone la idea de construir un Colegio, capaz y con las condiciones necesarias para la formación de los futuros sacerdotes. Sus colaboradores más íntimos le tachan de iluso, visionario, enorme soñador... ¿Pero es que aún no conocen a mosén Sol? Pues sí, el 1 de enero de 1878 compró los terrenos necesarios y el 11 de abril se colocó la primera piedra del Colegio.

No faltaron las críticas y amarguras, tensiones y expectativas, pero llegó el 11 de octubre de 1879 y fue inaugurado oficialmente el Colegio de San José de Vocaciones eclesiásticas de Tortosa, con 300 alumnos, sí, sí, 300, más los 100 que continúa manteniendo gratuitamente en el palacio de san Rufo. Ahora, así es la vida, todo fueron felicitaciones, enhorabuenas, palmaditas en la espalda.

Cerca está Valencia y allí abundan también los seminaristas pobres. D.Manuel no lo duda, allá se va, el 24 de julio de 1884. Una vez más, los comienzos no dejan de ser curiosos o sencillamente extraños. Resulta que en la calle de la Unión malvive un grupo de seminaristas bajo la alta dirección de una mujer "mayorcita", de armas tomar. Tanto es

así, que don Manuel prefirió no discutir con ella, y dirigió sus pasos a algo mucho más ameno, nada menos que a lo que se llamaba el Huerto de las fresas.

Era una finca espaciosa de la calle Alboraya, muy cerca del seminario diocesano. Aquí estaba, sin duda, la solución, y el día primero de octubre de 1884 inauguró don Manuel su nuevo Colegio de san José, con el buen número de 54 alumnos. Si hubiera dispuesto de un espacio mayor, dice el mismo mosén Sol "hubiéramos tenido este año más de 200. Hay un sin fin para el año próximo, pero si no hay local, no podremos". ¿Qué no podrá? Pues, claro que podrá.

El 14 de Abril, con la terrible amenaza del cólera, escribe: "Otra vez me tiene usted en Valencia, adonde he venido para ultimar la compra de un terreno, seis mil duros, (¿cuántos euros?) y empezar las obras del Colegio que suponen ocho mil duros más, cantidades que estoy buscando; pero todo se andará, si los microbios no lo estorban". Mosén Sol cumplió una vez más su palabra: el 2 de septiembre se colocó la primera piedra.

El día 2 de febrero de 1887, reservó al Santísimo en la capilla provisional del Colegio de Valencia. Para él, un Colegio sin eucaristía era como una casa sin dueño, fría y deshabitada. Desde entonces, esta fiesta se celebra, como en el resto de sus Colegios de san José, con gran solemnidad.

De todos modos, aquella capilla improvisada le resultaba muy poca cosa, por lo que ambicionó una iglesia grande y solemne, que no dudó en calificar "la catedral josefina", inaugurada el 2 de febrero de 1901.

Ese día, de grandísima fiesta entre alumnos, sacerdotes y amigos, tuvieron que sufrir el ataque del terrible "enemigo". Nos lo cuenta el mismo mosén Sol: " el día 2, fiesta de nuestra Reserva (la instalación solemne del Santísimo), antes de terminar, por la tarde, vino una turba y apedreó las colgaduras y

balcones del Colegio, y tuvimos encerrados a los 400 fieles, hasta las siete de la noche, que vino la Guardia Civil y los dispersó. No hubo desgracias personales". No es broma, ya contaba con 354 alumnos y eso, al enemigo no le hacía ninguna gracia.

Pero había que seguir. La buena fama del Colegio de Valencia corre rápidamente a Murcia, y muy pronto le llega a Mosén Sol una llamada urgente del obispado. A don Manuel le faltó tiempo para llegar a la capital de la mejor huerta de Europa.

El obispo, asombrado, le pregunta a mosén Sol:

- ¿Cuántos alumnos piensa tener en el Colegio?
- entro de pocos años, trescientos.
- Si esto ocurriese, dice el buen obispo, tendríamos que cantar trescientos aleluyas.

Supongo que las cantaría, porque lo del número se cumplió, vaya que si se cumplió.

Y la historia se repite: en septiembre de 1888 ya están los operarios preparando el improvisado Colegio. En enero del año siguiente, don Manuel busca terrenos para edificar un nuevo Colegio. Se le ponen muchas trampas en la marcha de la construcción, pero él no se acobarda, sabe muy bien que con todo eso hay que contar, y continúa impertérrito hacia adelante.

Sabemos que el 23 de febrero de 1901, mosén Sol visitó a sus colegiales en el nuevo edificio, situado en medio de la maravillosa huerta murciana. El obispo iba ya por las 248 aleluyas.

De Murcia, nos vamos a Orihuela, está cerca. Allí había un convento en ruinas, propiedad de los trinitarios descalzos. En éstas, el arcipreste, hermano del rector del seminario de Murcia, entusiasmado con las cosas extraordinarias que éste le contaba del

famoso cura de Tortosa, compró el convento y lo ofreció a mosén Sol. Le faltó tiempo al apóstol de las vocaciones para, con su maestro de obras, reconstruir el edificio y organizarlo para Colegio. Quedó inaugurado en octubre de 1889. Más tarde, mosén Sol lo reformó más a su gusto y adquirió terrenos para lugares de recreo de los colegiales. Otro Colegio más a la lista, como todos, llamado "Colegio de vocaciones eclesiásticas de san José". Porque no podemos olvidar que el agente secreto de los proyectos y empresas de mosén Sol, no era otro que el bueno de san José. !En cuántos líos financieros le metió;. Pero donde hay confianza...Y siempre se salía con la suya.

En Plasencia (Cáceres), Mosén Sol gana dos por uno. Resulta que en aquella ciudad, un sacerdote llamado Esteban Ginés, hombre de gran prestigio en la diócesis, tiene unas preocupaciones apostólicas similares a las de don Manuel en lo referente a las vocaciones eclesiásticas, y a él le llega, a través del Obispo, la revista "El Congregante". Inmediatamente se entusiasma con la idea de D. Manuel, de modo que, en 1887, se decide a ir a Tortosa, madre mía qué lejos, para entrevistarse con él. Muy pronto, don Esteban (¡con quién fue a caer!) se decide a consagrarse a la Hermandad de mosén Sol. El Sr Obispo de Plasencia se lleva un susto de padre y muy señor mío, y le dice que espere un poco, "porque aquí deja un vacío que no se llena fácilmente".

Don Esteban espera y, después de otro viaje a Tortosa, regresa el 11 de diciembre a Plasencia, dispuesto a establecer un colegio, similar a los de don Manuel, para entregarlo a la Hermandad. A nadie le amarga un dulce, y menos a don Manuel un Colegio de vocaciones, así que lo recibió entusiasmado, aunque resulta un tanto misterioso lo que le escribe a don Esteban.: "Quiero a usted primero...Lo que importa es que no se me haga usted viejo; que, cuando nos hacemos viejos, nos entran unos apegos a

nosotros mismos, que nos exponen a infidelidad con la gracia, y ponemos en peligro los designios de Dios". Ahí queda eso.

Otro Colegio más a la lista. Y ahora, de Extremadura damos un salto a Andalucía.

El 21 de agosto de 1894 llegó don Manuel a Almería. Desde allí escribe diciendo: "Allí estableceremos colegio este año, pues el obispo nos ha llamado para ello". El colegio que le ofrecen es un edificio pequeñísimo, que aceptaría con carácter provisional, pero con el deseo de "comprar una fábrica contigua, o adquiriendo (a cuenta del mismo mosén Sol) otro terreno para edificar". En su momento, será imposible comprar la fábrica porque piden una barbaridad. Finalmente, en octubre de 1894 la Hermandad se encargó del colegio de san Juan.

Don Manuel, se gana en poco tiempo, a la buena gente de aquella diócesis, de manera que, a los dos años, escribe: "De Almería quiere venir a la Obra (la Hermandad), medio clero. Estoy espantado de dar tantos "nones". Y van dos en dos días". Esto de los colegios parece que va viento en popa.

Del calor de Andalucía nos vamos a Burgos. A D. Manuel el frío le asusta. Estamos en 1894. De aquella ciudad, con aires de Corte, le piden que se haga cargo de dos colegios. Cada uno cuenta con 90 alumnos. A don Manuel casi le da algo al corazón y dice que "contestaremos diciendo que por hoy no puede ser, que bien que lo sentimos, pero la "tela" de los operarios no da para más". Sin embargo, después de presiones y ruegos incesantes, nuestro Beato Manuel hace otro "milagro": dice que sus brazos y su corazón se alargan y ensanchan otro poco más. De tal modo que en 20 de junio de 1895 llega y visita ambos colegios. Su parecer es el siguiente: "El primero, san Carlos, muy buen edificio, antiguo colegio de jesuitas, pero ocupado, en parte por la Normal, y parte arrendado al ayuntamiento por el señor arzobispo, para mercado de verduras...El otro es... una miseria".

El tiempo pasa y finalmente, don Manuel acepta los colegios, pero con la condición de construir pronto un edificio grande y único. De todas las maneras, las cosas no van a ser nada fáciles. Por lo pronto, compra terrenos para el nuevo colegio, poniéndose de acuerdo, nada menos que con el marqués de Comillas.

¿Todo arreglado ya? Qué va. Unas religiosas vecinas ponen el grito en el cielo porque, ¡con el nuevo edificio, se van a quedar sin sol!, pero si ellas no necesitan ponerse morenas, digo yo. En este caso, don Manuel tiene una respuesta del mejor estilo humorista, y le dice, en broma, al rector: "Ponga un suelto en los periódicos, diciendo que el casino republicano va a comprar ese terreno para hacer un casino y jardín desahogado; ya verá cómo pronto piden que se pongan los de san José". Para partirse de risa.

Las monjas cedieron y las obras van adelante, con bastantes dificultades que no son del momento, pero finalmente en septiembre de 1898 es trasladada la comunidad de los seminaristas al nuevo edificio; en octubre se hace la solemnísimas fiesta de la reserva del Santísimo, y el 2 de Noviembre escribe don Manuel: "En Burgos, sin cocina y con 226 alumnos". Y entonces, ¿qué milagro le toca hacer ahora? No lo sé, pero lo de la cocina, como es lógico, se arregló y mosén Sol dirá, plenamente convencido, que este colegio "será una bendición de Dios". El 16 de marzo de 1899 dice escuetamente el fundador: "Burgos sin novedad, y ufanos con aquel soberbio edificio".

Hombre, a los castellanos nos alegran especialmente las palabras de don Manuel: "Estos castellanos son muy formales y despejados (¿inteligentes, quiere decir?), y confío vendrán algunos a nosotros y valdrán mucho". La historia le dará la razón. ¡Muy buena vista, don Manuel! Gracias.

En 1998 recibe una carta nada menos que del sr. cardenal de Toledo en la que le

manifiesta su deseo de que "nos encarguemos del seminario. Le hice ver, contesta don Manuel, la conveniencia de colegio, además. Estamos conformes". Al año siguiente nos dirá: "En Toledo se inaugurará el colegio el día 1 de enero de 1899. Sesenta alumnos ya. El año que viene no cabrán en la casa de los Infantes".

Y por último nos vamos a Portugal, a Lisboa concretamente. Una historia para no dormir, sumamente compleja, que terminó mal.

Resulta que en Madrid había un auditor de la Rota, Monseñor Antonio Vico, con quien se trataba mucho don Manuel, sobre todo desde la fundación del Colegio Español en Roma. Pues mira por cuanto, Monseñor Vico pasó a la nunciatura de Lisboa y allí le hace la propaganda a mosén Sol.

Al parecer, el cardenal Netto, patriarca de la encantadora ciudad de Lisboa, no comprende la Hermandad, y quisiera formar sacerdotes y misioneros para allende los mares de aquellos pobrecitos niños portugueses "huérfanos de pae é mae". No entiende. Pero D. Manuel sale de Madrid el 19 de abril de 1895, y el 20, sábado, a las 6 de la mañana entra en la grandiosa estación Lisboeta. El sr. Cardenal le hace esperar varios días -a don Manuel le sobran muchas horas para conocer la bonita ciudad de los almirantes y al fin le recibe, ofreciéndole un palacio pequeño, para poder empezar con unos setenta u ochenta alumnos, y una huerta grandísima. No obstante, el cardenal prefiere una Quinta, lejos de Lisboa que, a juicio de don Manuel, podría ser un buen lugar de vacaciones, pero no un centro de estudios y formación. Discutieron, pero al fin.. "Nos costó disuadirle, comenta mosén Sol".

El sr. Cardenal, quiere señalar el título de asilo para el nuevo colegio. Don Manuel se revuelve en el asiento: "de ninguna manera, eso suena a humillante. Nuestros colegios son verdaderas casas de familia; que se le llame simplemente colegio de vocaciones.

El buen amigo de don Manuel, Monseñor Vico, que le acompaña, le dice suavemente al oído: "Esta obra de Lisboa necesita mucha, muchísima paciencia y más sacrificios".

Mientras se arregla el palacio de Lisboa, se empeña el cardenal patriarca en comenzar el colegio en la famosa quinta Farrobo, con la consiguiente e inmediata alergia de mosén Sol. Pero, al fin, el Fundador se resigna y se fueron a Farrobo. Era el año 1896. Pero antes, dice don Manuel "quedé con el cardenal en que nos trasladábamos a Lisboa. Convino en ello". Don Manuel era sumamente bondadoso, pero ya vemos que tenía su genio y una enorme personalidad. Es que nos han pintado a los santos muchas veces como seres de caramelo, cuando no también de puro yeso.

"Farrobo se encuentra a una hora de la estación y peñas arriba". Más difícil todavía.

Desde la Quinta escribe don Manuel, lleno de cierta melancolía y atisbos de profeta: "¡Farrobo de mi alma! ¡Tema de encanto para los poetas! ¡Deliciosa soledad para los contemplativos! ¡Ambiciosa estancia para el cardenal! Encanto de las almas superficiales. Pero para mí y para la Obra, prisión para purgar nuestros pecados, origen y causa de todos los males de nuestra santa empresa, nido de sufrimientos y quebrantos, materiales y morales... en fin... una tentación no vencida".

Finalmente., en octubre de 1896 el colegio fue trasladado a Lisboa e instalado en el palacio contiguo a la residencia del cardenal. Pero pronto comienzan de nuevo los problemas. En marzo de 1901, algunos grupos sectarios, muy violentos, apedrean a los "paes espanholes" que dirigen el colegio de la capital. Se conoce, dice don Manuel, que el diablo ha llegado a penetrar la "malicia" de nuestra Obra. No puedo explicar la crisis revolucionaria de Portugal. La secta ha apuntado contra nosotros...El palacio patriarcal está custodiado por caballería todas las noches, por las intentonas contra los padres

españoles”.

El 9 de marzo, un periódico de Lisboa azuzaba los ánimos para perseguir a los operarios “con más encono aún que a los mismos jesuitas”.

D.Manuel comenta: “Si la Providencia de Jesús quisiera que saliéramos por motivo de los masones, sería una salida muy gloriosa. Sería una bendición”.

Así parece que sucedió: muy pronto, el ministro portugués declaró que eran jugadas sucias de la masonería; pero “dijo al señor cardenal que debían ir fuera los sacerdotes de san Vicente (los operarios), que no respondía de lo que pudiera suceder”. Ellos hicieron las maletas y se fueron. Y éste fue, amigos, el final de la “película” de Portugal. En las vidas de los santos, suelen ir mezclados los aplausos con los insultos, las victorias con los aparentes fracasos. Lo maravilloso de don Manuel, como confesará más tarde en Roma era que “en los más grandes sufrimientos, mi corazón no tiembla”.

Este es, podríamos decir, a grandes rasgos, la historia de los Colegios de vocaciones eclesiásticas

El Pontificio Colegio Español de Roma lo fundó el Beato Manuel Domingo y Sol el año 1892 y es, sin lugar a dudas, una de sus más importantes realizaciones. Es indiscutible la influencia de este Centro en la renovación espiritual e intelectual de los seminarios y del clero español.

Desde entonces, el Pontificio Colegio Español ha formado más de 3.000 alumnos, ha dado más de 70 obispos a las diócesis españolas, y son muchísimos los antiguos alumnos que han trabajado y trabajan en cargos de dirección y de enseñanza en los centros de formación sacerdotal, como han sido y son muchos los sacerdotes españoles y de otros países, que han pasado y están pasando por allí para “aggiornarse” o ponerse al día en las distintas disciplinas eclesiásticas, y

renovarse física y espiritualmente. Valdrá la pena dedicar un capítulo aparte a esta fundación por las dificultades tan grandes que supuso y por la trascendencia del mismo. Ya lo veremos

Queda un punto por señalar que, me parece, tiene su importancia. Se trata de la fundación del «Correo Interior Josefino».

Muy pronto surgió en la mente del Fundador, apenas fue tomando forma y cuerpo la Hermandad, la idea de la publicación de un boletín o revista que llevase a todos los Colegios de San José el aliento de su cariñosa palabra y los latidos de su gran corazón de padre de todos los "josefinos". Para ello, compró, como primer recurso, una máquina litográfica para imprimir la proyectada publicación en caracteres de escritura a mano, «pues no quiero, decía, que tenga aires de revista pública, sino más bien de correspondencia familiar entre los Colegios». La bautizó con el título de «Correo Interior Josefino», y aunque se le hicieron observaciones sobre el vocablo Interior, por varios inconvenientes que ofrecía, nunca consintió en suprimirlo.

Salió a luz el 1 de enero de 1887, y fue empresa personalísima de Don Manuel, que puso en la preparación y feliz desarrollo de la misma enorme interés, invencible tesón, ilusiones, plegarias, fatigas y... hasta rabietas...

El primer número fue editado, litografiado, en Tortosa, en diciembre de 1888. Al enviar, al año siguiente, a cierto sacerdote amigo, un ejemplar del tercero y último de los que se publicaron de aquella forma, calificaba a la humilde revistilla de «juguete literario». Y eso era en efecto. El caso es que no pasó del primer año de existencia, por dificultades de diversa índole; pero aquel primer proyecto y fracaso, sirvieron a Don Manuel para que arraigase más en él la convicción de la necesidad de un órgano de comunicación entre

sus Colegios.

Lo cierto es que se pasó siete años sin desfallecer, en la realización de sus planes y ensueños. En algunos momentos llegó a inquietarse y se ponía de malhumor, porque los Operarios, pocos y abrumados de trabajo, no se daban toda la prisa que él deseaba, para enviarle comunicaciones de todo tipo y llevar adelante el proyecto.

Lo dificultosa que le resultaba la tarea de comunicar por cartas a sus Operarios noticias de interés general, encendía aún más en su espíritu el compromiso por la revista. «Es una de las cosas, escribía, que vengo discurrendo hace tiempo, el medio de que todos los Operarios vayan participando y coparticipando de las impresiones buenas y malas”. El, desde Roma, hacía cuanto podía, pero, por ejemplo, escribía a Tortosa para que los operarios le fueran enviando noticias, y no lo hacían. Vamos, para no ponerse de malhumor.

Por otra parte, don Manuel tenía muy bien concebidas y trazadas en su mente las líneas, contenidos y estructura del “deseado” periódico:

« Las condiciones para que sea digno y corresponda, decía a los Operarios reunidos en Valencia en agosto de 1893, deben ser: 1.º Ameno. 2.º Josefino. 3.º Moral. 4.º Corto y variado. Vamos punto por punto:

“1. Ameno. Fluidéz y sal y garbo hasta en los articulitos de fondo. No basta poner chorros de tinta. Nadie los lee.

2. Josefino. Todo propio, desde la cruz a la fecha. Las noticias de los Colegios.

3. *Moral*. Aparte de la amenidad, debe ser práctico, (instructivo, supongo yo).

4. Variado. Y con sal siempre creciente, hasta llegar, si es preciso, hasta los límites de la jocosidad, como las veladas josefinas, pero que campee el ingenio. Las mismas cartas deben ser chispeantes, y no una retahíla de descripciones y noticias. Con dos o tres bien condimentadas, bastaría. Las demás se pondrían

en una gacetilla de noticias peladas y secas. Sólo así podría salir: si non, non. No sé si me doy a entender. Si yo pudiera y supiera hacerlo, lo haría, dándoles la pauta. ¡Pero no sé más que concebirlo y criticarlo!”.

Las páginas del «Correo Interior Josefino» se vieron muchas veces honradas con la colaboración del señor Cardenal Vives, oculto tras el pseudónimo de «José María», También colaboró en las páginas del «Correo», publicando en ellas, por vez primera, buen número de sus más inspiradas poesías, el poeta del pueblo, famoso en aquellos tiempos, José María Gabriel y Galán. Y muchos otros más.

Para terminar este capítulo trascendental de los Colegios de san José, no podemos olvidar la realidad que se vivía en España: la situación de los Seminarios españoles, en aquellos tiempos, era lamentable: “No es posible comprender, decía don Manuel, cómo estaba la formación de los jóvenes en mi época, y algo anterior y bastante posteriormente, en estudios, en piedad y disciplina, vigilancia y pruebas de vocación”.

Para donde Manuel que deseaba llegar a “todos los campos”, Dios le inspiró el medio más eficaz Así nos lo cuenta él mismo:

“ Y el Señor, sin merecerlo, sin advertirlo nosotros casi, sin pensarlo, ni poderlo prever, descubrió la cortina y nos presentó un bello panorama, y nos mostró un campo vastísimo, de facilísimo cultivo, de resultados indudables, campo en el cual y con una vida puramente sacerdotal, pudiéramos impulsar, coadunados, todos los intereses de su máxima gloria, que nuestra piadosa imaginación y nuestro ardiente corazón pudiera soñar jamás”.

El nuevo estilo de los Colegios de San José se iba imponiendo poco a poco. “Su método se determina por una selección delicada de los alumnos, candidatos al sacerdocio, un ambiente de familia y de comprensión entre educando y superior y una vida de piedad sincera y

profunda, donde se ponen de relieve las máximas cualidades del sacerdocio, unido todo ello a una ferviente adhesión al Vicario de Cristo".

Por todo ello, muchos obispos se empeñaron en confiar a Don Manuel y a su Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos la dirección de sus respectivos Seminarios. Hablaremos de ello más adelante. Pero, ¡ay, madre mía, la que se le venía encima!

Cuando don Manuel se sinceraba con sus operarios, sobre todo, aprovechando los Ejercicios espirituales, les decía: "...desde que Jesús nos muestra que quiere confiarnos el provenir de toda la juventud eclesiástica y se nos abren los campos de América y con ello tal vez nuevos horizontes no conocidos todavía, me entra el temor que no me causaba la empresa en aquel primer carácter humilde y benéfico. Y aunque siempre deseé aun entonces que todos los que formaran parte de esta Obra fueran en su mayor parte o graduados o de sólida instrucción, con todo, si hubiera previsto que eran mayores los designios de Dios sobre nuestra Obra, hubiera fluctuado en la empresa o me hubiera ocurrido (hubiera pensado) fundarla con otras bases mayores..

Temo, pues, amados míos por mí, y sólo una cosa podrá tranquilizarme y es que cada uno se convenza y no olvide ni un instante la alta misión a que somos llamados en la formación de la juventud eclesiástica".

En ellos, podemos decir que finalmente encontró don Manuel la "llave" para el trabajo más eficaz por el reino de Dios: las vocaciones sacerdotales. A los operarios les repetía con insistencia y convicción: "la formación del clero es lo que podríamos llamar la llave de la cosecha en todos los campos de la gloria de Dios".

En cierta ocasión, decía a los seminaristas de Toledo:

"¿Qué nos proponemos? Fomentar todos los intereses de la gloria de Dios, y sobre todo cultivar el campo de las vocaciones

eclesiásticas que Jesús quiera confiar a nuestras manos, para formar con él un ejército de apóstoles, y por medio de este clero que el mundo hoy necesita, multiplicar los intereses de Jesús y formarle reparadores de su amor, para que él pueda ver cumplido su deseo: "He venido a traer fuego a la tierra y qué deseo sino que se encienda?".

7

UN CURA QUE COMPROMETIÓ A LOS SEGLARES EN LOS "NEGOCIOS" DE DIOS

El trabajo por las vocaciones se convirtió finalmente, como ya dijimos, en el gran objetivo apostólico de mosén Sol. Pero, al hablar de vocaciones no pensaba solamente en los sacerdotes y religiosos, sino que incluía también a los seglares, cosa entonces desconocida.

De hecho, a los mismos seglares les decía: «Cuán pocas veces hemos puesto nuestra palabra, nuestro talento, nuestra influencia, nuestros intereses al servicio de la gloria de Dios y para la salvación de las almas! ¡Cuán poco hemos meditado que Dios nos quería para cooperadores suyos, cada uno según sus facultades y su vocación! Y continuaba con aquellas famosas palabras que circulan en estampas y escritos por todo el mundo: "No sabemos si estamos destinados a ser un río rápido que haga florecer a sus orillas jardines amenos, o si hemos de parecernos a la gota de rocío que envía Dios en el desierto a la planta desconocida; pero, más brillante o más humilde, nuestra vocación es cierta: no estamos destinados a salvarnos solos».

Efectivamente, para él todas las vocaciones eran importantes. Todos estamos llamados a hacer algo por el reino de Dios, desde nuestro trabajo, profesión y condiciones de vida. Todos somos necesarios. Alguien ha dicho: «Poco importa el grosor del cirio, lo que importa es su llama» (Saint Exupéry!)

Don Manuel sabía muy bien que la

Iglesia no se sostiene sin las tres grandes vocaciones: laicales, sacerdotales y religiosas. Como una mesa no se sostiene sin tres puntos de apoyo, tampoco la Iglesia funciona bien si los laicos, los religiosos o los sacerdotes no vivimos con autenticidad nuestra propia vocación, cada uno la suya, sabiendo que todos estamos al servicio del reino de Dios en el mundo.

Hoy hablamos a todas horas de crisis de vocaciones. Pero ¿se trata de crisis de vocaciones o de crisis de fe? Porque hay algo evidente: el encuentro con Cristo, lleva inevitablemente a preguntarle: "¿Señor, qué quieres de mi?".

La vida no vale la pena si no es para darla., con generosidad, con alegría; el fruto ya llegará, cuando y como Dios quiera. Eso hizo nuestro beato Manuel, y el fruto que "recogió" y dejó en herencia, al final de su vida, fue una Hermandad de sacerdotes operarios diocesanos, 10 colegios para vocaciones eclesíásticas, la dirección de 18 seminarios en España y América, 2 Templos eucarísticos de Reparación, varios conventos de clausura también fundados por el y la gran obra del Pontificio Colegio Español de san José en Roma.

Sabemos muy bien, como he dicho antes, que mosén Sol sentía una enorme preocupación por los problemas sociales de su tiempo, lo que le llevó a interesarse particularmente por todo lo referente a la clase obrera. Había que comprometerse, pero convencidos de que, "no es el odio lo que salva el mundo".

Tal vez demasiado ilusionado, repetía a los suyos, que "a medida que aumentan las necesidades de los pueblos, surgen los remedios"; lo cierto es que él logró, ¡qué milagro!, que reinaran en Tortosa relaciones de cordialidad e inteligencia entre patronos y obreros.

"El inició, dice un sacerdote tortosino, el primer círculo católico que hubo en esta ciudad, en donde patronos y obreros le

rodeaban dispuestos a seguirle”.

En esta grandísima y difícil empresa, el punto de partida consistía en remover y formar las conciencias. A mosén Sol se le partía el alma al comprobar que la clase obrera se estaba apartando a pasos acelerados de la Iglesia. El creía, a pesar de todo, que los obreros eran víctimas de promesas engañosas, y de una propaganda muy bien organizada para arrancarla del cobijo de las sotanas de los curas y de la fe en Dios. Por ello, insistía en que los católicos tenían que dejarse de tantos lamentos y críticas de café, asociarse y trabajar,

No hablaba en términos de confrontación de partidos políticos, aunque era evidente su carlismo y devoción monárquica, lógico entonces en un cura de bien. Para él, la lucha que había que entablar, lo predicaba mil veces, era contra la impiedad, porque ésa era la fuerza oscura y poderosísima que intentaba destruir la civilización cristiana despreciando la dignidad del hombre y sus derechos más sagrados.

Desde aquí se entiende cómo en noviembre de 1880, en una conferencia pronunciada en el Círculo Católico de Burriana dijera muy enardecido: *«En el siglo XIX la impiedad ha desarrollado sus sectas, para, por medio de ellas, no sólo apoderarse, como lo ha logrado, de la dirección de las naciones, sino para arrastrar a las masas, y el vértigo de la impiedad no ha tenido ya límites para conseguir la perversión de las inteligencias y la corrupción de los corazones, y ha proclamado la herejía, desconocida no sólo en los pueblos cristianos, sino hasta en los pueblos paganos, del Estado sin Dios...»*

Bastantes católicos se acobardaban, pero mosén Sol ni cedía al miedo ni dejaba de hablar claro. Por eso, les decía:

Para contrarrestar la obra de la impiedad... no os faltarán contradicciones, de buenos y de malos. De los buenos, porque toda

obra útil ha de tener este sello; para superarlas, una sola cosa basta: la unión y la constancia.

Y contradicciones de los malos. Si estas instituciones (las Ligas y Círculos católicos) cumplen sus fines y su misión, estad seguros que la impiedad no os lo perdonará; y si les estorbáis, os suprimirán, a pesar de las promesas de libre asociación y de libertad... Con todo, habremos cumplido nuestra misión y nuestro deber, y esto basta.. Sed fieles, pues, a vuestra misión; no olvidéis vuestro lema; grabad en vuestro corazón el deber de cooperar por todos los medios a la salvación de la sociedad».

Como era un hombre eminentemente práctico, invitaba, «a las personas de honradez y buena voluntad» para que, prescindiendo de teorías políticas, «se adunasen para defenderse, por todos los medios lícitos y legales, de los atropellos, lo mismo personales que colectivos, extralegales, de que pudieran ser objeto, y para promover, por iniciativas particulares y colectivas, los intereses materiales y morales de todas las clases sociales, por los medios que se creyeran prudentes... »

Para lograr estos fines, proponía: en primer lugar, elevar recursos legales contra todo proyecto que pudiera perjudicar los intereses del país, y en segundo lugar constituir «Ligas de propietarios» para promover empresas útiles e influir en la buena administración municipal.

Y para el fomento de los intereses regionales, ofrecía los puntos siguientes: 1º, creación de una Sociedad cooperativa en favor de las clases agricultoras para facilitarles la adquisición de abonos, etc.; 2º, Cajas de ahorro; 3º, establecimiento de Escuelas de Artes y Oficios; 4º, fundación de Círculos; 5º, cursos de conferencias científicas, literarias, etc... ¡Qué barbaridad! Su cabeza y su corazón eran un hervidero de proyectos y planes de todo

tipo.

Si no pudo dar vida, por falta de cooperación ajena, a esta serie de iniciativas y proyectos, reveladores de su constante preocupación por el bienestar, la prosperidad y la buena armonía de todas las clases sociales, logró poner en marcha, y estuvo funcionando durante algún tiempo, presidiendo él mismo las reuniones periódicas de la misma, una «Liga espiritual de hombres de buena voluntad», cuyos miembros debían proponerse, «además de su santificación mayor posible en medio del mundo, velar y propagar las obras de celo» que les fueran propuestas por una Junta Diocesana encargada de ello expresamente.

Las obras para la construcción del Templo de Reparación de Tortosa le llevaron a experimentar más de cerca la necesidad de preocuparse por la suerte de los obreros, y llegó a pasar por momentos en los que hasta parecía perder el ánimo y la esperanza:

«Cuando yo recuerdo, les decía en una conferencia, los años de mi niñez y los primeros de mi juventud, y recuerdo las grandes masas de labradores jóvenes de Tortosa, agrupados alrededor de los confesonarios en las grandes festividades, la fe y la humildad junto con la jovialidad y alegría santa de nuestros artesanos, antes del 52..., cuando se reunían los domingos y días festivos, entregados a diversiones todas ellas de buen género..., no me siento con fuerzas para sanear la atmósfera de mi patria pecadora».

Con todo, se lanzó de lleno a la empresa de una «Liga popular para la defensa de los intereses propios y de las clases menesterosas». Desde los primeros días de enero de 1902, comenzó a poner entre las intenciones de la Misa, y continuó haciéndolo incontables veces en los años siguientes,, ésta de la cuestión social de obreros y patronos.

El 17 de mayo decía a uno de sus Operarios, dándole cuenta de su actividad social: «No puede imaginar mis tareas de estos

días anteriores por la cuestión obrera de ésta, que me preocupa... Y me desalientan todos, y yo no quiero abandonarlo, y provocho conferencias... ».

Aquel mismo año trabajó mucho también por establecer una «Liga Católica». A este respecto, le escribía el 24 de marzo el distinguido abogado tortosino don José María de Salvador: «Mi muy respetable y querido Mosén Sol: Me apresuro a devolverle el adjunto proyecto antes de que usted se marche y a mí se me traspapele. Nada tengo que decirle respecto a él, sino que me tiene incondicionalmente a su disposición para ponerlo por obra... Por lo mismo que las masas ya no son nuestras, hay que reconquistarlas; y como reconquistar las de la presente generación ha de ser sumamente difícil, deben encaminarse principalmente nuestros esfuerzos a formar católicamente la generación futura. La Liga proyectada será, sin duda, un medio muy eficaz para contener más o menos la revolución, mas creo que no impedirá su triunfo”.

Don José M^a le sugiere, además, que no se ponga la mira tanto en los ricos como en los obreros, y añade: «Piense que Dios le pedirá cuenta si no nos hace trabajar, y si no dedica algún tiempo a organizar algún plan para poder hacerlo con fruto. Poca cosa somos los amigos en ésa: pero mucho consuela el que ahora, al menos, todos estarnos animados de buenos deseos, y, lejos de contrariarnos mutuamente, gozamos en aunar nuestros esfuerzos».

No echó en saco roto Don Manuel la propuesta de su amigo tortosino y, con su colaboración, fundó un Patronato de obreros o Liga de propietarios para promover los intereses materiales y morales de los obreros y para defenderse de las imposiciones injustas que recibían, comprometiendo en esta institución, cuya cuota mensual pagó escrupulosamente hasta su muerte, a los principales señores de Tortosa.

Finalmente, de los esfuerzos

mancomunados de Don Manuel y del señor de Salvador, surgió también un «Círculo Católico».

El 18 de junio de 1903, el señor de Salvador escribía a Don Manuel, que se encontraba convaleciente en Valencia: «El proyecto de «Patronato» marcha, efectivamente, muy bien por ahora. Los Estatutos se hallan ya terminados, y han gustado mucho al señor Obispo, y está conforme en mandarlos plantear como cosa de su iniciativa. No deje usted de encomendar este asunto a Dios en sus oraciones para que, si así conviene, termine tan bien como ha comenzado. Anteayer tuvo lugar en Palacio la reunión magna, convocada para la formación de la «Liga Católica». La concurrencia fue tan numerosa, escogida y variada como jamás se había visto».

Establecido el «Círculo Católico de obreros», discurría Don Manuel, medio en cama medio en pie, escribiendo el croquis de una conferencia que pronunció sobre esos círculos: «Es inútil discutir sobre círculos de obreros y su conveniencia. Los unos los combaten, los otros los apoyan. Hemos visto personas muy buenas y, sin embargo, de criterios opuestos. Dos son las causas: 1.º El espíritu de innovación; 2.º Los resultados.

Innovación: «Muchos no comprenden la época. Cada época tiene su fisonomía. Nuestra época ha perdido el carácter de vida de familia; el enemigo ha sacado al varón del seno de la familia, y le ha abierto centros de disipación, y los ha organizado. Es un mal, y, lo que es peor, no se remedia. Hay que darle, pues, una medicina. Corno tal, pues, los círculos católicos son una necesidad. Hay que convertir esta necesidad en bien; y cultivar estos centros para convertirlos en centros para Cristo. Se dirá que nuestra España no está en esas condiciones todavía. Debemos responder que, si no está hoy, lo estará dentro de poco. Y se establecerán después que venga el mal. ¿Qué pueblo hay donde no haya cafés influidos por la masonería, con periódicos y revistas?

¿No es mejor adelantarnos?

El peligro. La otra cosa que ha hecho temibles los círculos, es el peligro que llevan en sí. Por una tendencia natural, tendemos a la emancipación, a la independencia, al mal. Somos democráticos por naturaleza; y de aquí que, en círculos empezados con la mejor intención, luego entran las ambiciones, las rivalidades..., y en muchas partes la misma masonería se ingiere, pone la mano, y los convierte en centros de impiedad. Los buenos se retiran, y el campo queda para los malos, y organizado. Este sí que es un mal, pero puede precaverse fijando bien las bases del Reglamento.

A este respecto, se ha pensado en consolidar los círculos, mediante un fuerte reglamento en sus bases generales, como son: objetos, elección de Junta, intervención inmediata y constante de la autoridad eclesiástica y parroquial; bien que en lo accidental pueden proponerse innovaciones en cosas susceptibles de alteración, como cuotas, clases de juegos, bebidas, etc.».

Bien, no quiero extenderme más. Sí me pregunto: ¿Qué haría hoy nuestro querido Beato Manuel?

La Hermandad de sacerdotes operarios, por él fundada, lleva varios años dándole vueltas al tema de los seculares o laicos.

Hace unos años, en la Asamblea General XVIII (1990) se llegó a la siguiente conclusión:

"el operario empeña su vida en el "servicio a "la vocación de laicos, que guiados por el espíritu del Evangelio contribuyan a la transformación del mundo desde dentro, a modo de fermento, laicos apóstoles que sean auténticos "líderes" cristianos en medio de la comunidad eclesial".

En este sentido, dicha Asamblea General relanzó fuertemente a la Hermandad en esta dimensión pastoral.

El objetivo que nos proponemos en el apostolado con los laicos es el "que éstos, una

vez evangelizados,

asuman su vida de laicos como vocación; se comprometan como evangelizadores, en la construcción de la Iglesia y de la sociedad; ejerzan servicios o ministerios laicales, y se conviertan en agentes de pastoral vocacional".

¿Será mucho pedir? ¿No será lo que urgentemente tenemos que hacer?

8

¿QUÉ HACÍA UN CURA DE TORTOSA EN LOS AMBIENTES ROMANOS?

La fundación del Colegio de san José de Roma le costó muchísimos sinsabores a don Manuel.

Pero, ¿quién le mandaría a un "cura de pueblo" meterse en los complejos ambientes romanos? ¡Perdón, ilustres tortosinos!

El mismo lo contaba: "me dicen que éste último viaje a Roma me ha puesto en los setenta años". Hoy, para nosotros, cumplir 70 años lo hace cualquiera, es una edad de casi jovenzuelos. Pero entonces..., y con la salud tan quebrantada que tenía, desde hacía bastantes años... Pero a los santos no hay quien los entienda, ellos sabrán por qué hacen las cosas que hacen.

Bueno, a ver por dónde empiezo, porque este tema es especialmente complicado. Lo que sí tengo claro es que no me voy a meter detalladamente en los cientos de líos y problemas que entrañó la fundación del Colegio de Roma.

Una fundación que, por otra parte, le granjeó a nuestro Beato amigos entrañables: monseñor Della Chiesa, futuro Benedicto XV; monseñor Merry, futuro Secretario de Estado; el padre Llavaneras, futuro cardenal Vives y Tutó; el gran cardenal Rampolla; el joven Eugenio Pacelli, futuro Pio XII; monseñor Vico, futuro nuncio de España... O sea, que la fundación del Colegio no fue como establecer, por ejemplo, una churrería en el Trastevere romano, fue algo

mucho más serio y complicado..

Don Manuel venía dando vueltas en la cabeza a lo del colegio en Roma, desde el 1 de enero de 1888. Teniendo en cuenta su conocimiento de la triste realidad de los seminarios de España, y desde el testimonio tan positivo que estaban dando bastantes obispos españoles de los Colegios de san José, la conclusión era evidente: es urgentísima la formación del clero. Y lo mejor, comenzar por Roma. Por eso, don Manuel afirma plenamente convencido: "Del colegio de Roma han de salir los apóstoles de las diócesis españolas". "El colegio de Roma está destinado a entonar y promover los estudios eclesiásticos en España, que están tan a desnivel".

Esto supuesto, dedicó todo un año, después de haberles informado a sus operarios, a madurar la idea en la oración, la reflexión y las consultas pertinentes.

El largo pontificado de Pío IX marcó una huella profunda en el catolicismo español. La desamortización trajo una serie de consecuencias que puso en entredicho el valor de algunas estructuras sociales y eclesiales de nuestro país. La separación entre Iglesia y Estado, luego sancionada por la constitución de 1869, fue una dura sacudida a la que el Papa asiste impotente desde Roma. En España, a pesar de los esfuerzos de los obispos, la iglesia se siente zarandeada duramente por las fuerzas críticas, cuando no hostiles, a la realidad religiosa.

El historiador Fliche Martin dirá que "El catolicismo español continuó aislándose cada vez más ante las aspiraciones de su época y acabó de perder su influencia en muchos espíritus cultivados, que ya no veían en el mismo sino una fuerza reaccionaria al margen del progreso".

Por otra parte, "La teología que se daba en las aulas era bastante indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor".

Sin embargo, y a pesar de lo dicho,

este periodo es de una vitalidad cristiana impresionante. Brotan en nuestro país un sinnúmero de órdenes y congregaciones religiosas, asociaciones e instituciones católicas diversas.

En el Pontificado de León XIII la iglesia española empieza a caminar por nuevos rumbos. Prelados insignes se proponen elevar el nivel científico de su clero, como Ceferino González, Marcelo Spínola y el padre Cámara. Los jesuitas, dominicos, agustinos...colaboran muy activamente en esta tarea.

El clero, por su parte, era bastante disciplinado, piadoso, pero con poca imaginación para hacer frente a los retos del momento, distante de sus obispos, a veces demasiado politizados, y no faltaban conductas privadas nada edificantes.

En el ámbito religioso, se cultivan mucho las devociones: a la eucaristía, al Sagrado Corazón, a la Virgen María, y después del Vaticano I, el amor al Romano Pontífice. Entre los cristianos piadosos abundaban los devocionarios, pero había muy poco o nulo estudio y lectura de la Biblia.

Finalmente, a medida que avanzó el pontificado de León XIII, comenzó la preocupación por un catolicismo social. Y a los tiempos de san Pío X corresponderá el fervor por la liturgia, la música y el arte sacro.

Don Manuel es un hombre de su tiempo, pero se da cuenta de que hay que reaccionar y la idea del Colegio en Roma podría servir de mucho para la necesaria renovación.

Por su parte, la Santa sede, que conocía muy bien el estado de los seminarios en España, insinuaba a los obispos españoles la posibilidad de erigir en Roma un colegio análogo al de otras naciones.

Estos deseos de Roma provocaron algunas reacciones en España, como la de un joven y ardoroso prelado (el señor Calvo Valero) obispo de Santander y luego de Cádiz, que intentó la fundación de un seminario en

Roma. D. Manuel se puso en contacto con él, se comunicaron por carta, y celebraron una entrevista en Barcelona, al regreso de la peregrinación de los Luises a Roma. No sabemos lo que pasaría en el encuentro que mantuvieron en la Fonda "La Verdad", pero no debieron llegar a un acuerdo en sus distintos puntos de vista a juzgar por los acontecimientos posteriores.

No obstante, don Manuel no pierde el tiempo. Inmediatamente se pone en contacto con Roma, recabando detalles de casas, arriendos y precios. A este propósito, el obispo de Murcia, amigo, cómo no, de mosén Sol, le informa que hay un religioso Trinitario, El P. Antonio Martín, Padre General de los Trinitarios Calzados, que desde hace años, ofrece su convento en la famosa Via Condotti, que podría convertirse en sede del Colegio. Español.

El P. Martín decía que él cedería el edificio para jóvenes españoles que vinieran a estudiar a Roma, porque la casa estaba expuesta a ser arrebatada por el gobierno italiano o por el español apenas muriera él, si moría sin transformarla en un colegio o instituto español.

A don Manuel la idea le entusiasmó. Y escribe cuanto antes al famoso P. Martín.

Mientras recibe la respuesta, va comunicando su proyecto de colegio en Roma a algunos obispos amigos...para ir asegurando, por lo pronto, la presencia de alumnos, en el futuro colegio.

El P. Martín, como es lógico, pide a los operarios que se hagan con atestados de los obispos de España recomendando la Hermandad, para con ellos solicitar del Papa el Breve de transmisión del edificio a favor de la misma. Luego, no contento con eso, exigió la hipoteca de los colegios de Tortosa, Valencia Murcia y Orinuela

La Nunciatura, por su parte, pide una exposición amplia de los planes y medios para

llevar adelante la obra.

A pesar de todo esto, don Manuel comienza a desengañarse porque, al parecer, el P. Martín pretende ceder el edificio a otras instituciones. Ciertamente, una vez levantada la pieza surgen cazadores por todas partes y comienzan a brotar peticiones por parte de varios institutos religiosos españoles para que la transmisión se hiciera a su favor, llegando algunas de éstas a recurrir a las recomendaciones de la Regente de España.

Don Manuel entregó todo lo que le pedían. Pero comienza a encontrarse "extraño" en ese mundo. Y así, dice a sus monjas de la Purísima de Tortosa: "...Estamos visitando embajadas y gente gorda, que para un pobre confesor de monjas toda la vida, es la penitencia mayor..., hay que andar muy estirados y graves para que nos tengan por personas importantes, ya que no lo seamos...Esto es una Babilonia de carruajes y lujos y vanidades, que no se puede transitar por las calles...y se ven continuamente sacerdotes y religiosos de todas las partes del mundo, y bandadas de religiosas, que es lo que menos me gusta, aunque van con bastante compostura".

A pesar de todo, el Papa ordenó se expidiera el Breve de permiso al padre Martín. De hecho, el contrato privado entre la Hermandad y el P. Martín "se firmó la tarde del 5 de diciembre, echándose a llorar el pobre P. Martín, porque aquella transferencia significaba la extinción de su orden de la Trinidad por ser aquella la única casa que les quedaba en todo el mundo. Con esto, ¿terminó ya la película? ¿Qué va!

Siguieron las presiones de otras congregaciones sobre el P. Martín. A don Manuel le toca seguir sufriendo, con una paciencia infinita.

Se realizan intercambios entre los gobiernos italiano y español. El P. Martín no recibía el anhelado permiso del gobierno italiano.

Las religiosas de Santa Ana intentan la adquisición del edificio y confían obtenerlo por medio de sus influencias ante la Reina.

También a don Manuel se le aconsejó que se dirigiera directamente a la Reina para que se interesara en el asunto y se diera la conformidad necesaria para que pudiera actuar el gobierno italiano. Don Manuel no sigue dicho consejo y resueltamente sale para Roma. En la Ciudad Eterna, es cariñosamente acogido en Montserrat por los capellanes de aquel real edificio español

El P. Martin, por su parte, enigmático, vacilante, reservado hasta última hora, comenzaba a dar pruebas de que su juego no era claro. Sus inexplicables apremios y amenazas obedecían a que, en su preocupación por asegurar, como él decía la suerte de su convento, temeroso de que los operarios, por ser aún una institución humilde y poca conocida, no consiguieran nada del Gobierno, había entrado en tratos con otra institución religiosa. De ahí sus prisas por desprenderse cuanto antes del contrato que había firmado con la Hermandad. Pero al mismo tiempo quería guardar con ella las apariencias de justicia y quedar así ante la opinión pública como que era ésta quien le abandonaba a él. ¡Vaya juego!

Las negociaciones duraron ¡año y medio! Aquello se parecía a la famosa escalera que tuvo que subir don Manuel cuando un buen día nos dice: "Hoy hemos ido a ver al cardenal Rampolla en el vaticano, y hemos tenido que subir 318 escalones, 104 más de los que hay en el Miguelete de Valencia". Parece el símbolo de la fundación del Colegio, una escalera interminable y sin apenas "descansillos".

En esta difícil situación, le llegan a don Manuel atestados favorables de un buen grupo de obispos españoles.

En el tiempo que sigue, se suceden rápidamente muchos acontecimientos, y finalmente el 27 de diciembre de 1890 recibe

don Manuel carta de los Trinitarios en que le decían que el Papa hacía la cesión del convento de Via Condotti "a la Hermandad de sacerdotes Españoles del Sagrado Corazón de Jesús". Por fin, ¿asunto resuelto? No Señor. Fue una firma inútil. Arreciaron las intrigas, y don Manuel da pruebas entonces de su enorme paciencia, al tiempo que afirma que "en medio de todo tengo una gran confianza". La verdad es que el P. Martín, a las claras, se pone en tratos con los padres dominicos.

Entonces, se planteó una batalla en toda regla. En carta a un operario le cuenta don Manuel: "La crisis que atravesamos es espantosa. Por nuestra parte, para ocupar Condotti, tenemos: la Nunciatura de España, al señor cardenal Rampolla, su secretario y al secretario de la Congregación, el cardenal Masaya...y con él a los padres de la Gregoriana. Me olvidaba decirte que entre los nuestros está el angelical Merry del Val., camarero de su Santidad. En contra tenemos: al padre Martín, al Conde de Benomar, embajador del Quirinal, al gobierno español, y a la gran potencia de los dominicos con el cardenal Zigliara al frente. Con que ya ves si ha tomado proporciones la batalla".

Pero don Manuel le confiesa: "Mi corazón no se cambia aun en las amarguras y resentimientos" "Las grandes tribulaciones y persecuciones contra la Obra en Roma, Valencia, Murcia, etc., no han llegado a perturbar mi ánimo, ni mucho menos me han inquietado el espíritu con aversión ninguna a las personas". Su corazón no pierde la paz y los sentimientos de compasión.

Y así, una tarde de invierno camina despacio, fuertemente amenazado de pensamientos sombríos, cuando ve a una pobre castañera, aterida de frío, en una de esas esquinas estratégicamente colocadas en las viejas calles romanas. Entonces, olvida sus preocupaciones y le dice al operario que le acompaña: "¡Pobrecita!, cómpraselo todo". El

siempre pensaba en los demás.

De hecho, cuando se enteró en 1894 de la muerte del padre Martín, escribe conmovido: "Encomendé mucho a Dios al padre Martín, pues rebrotaban en mi pecho la compasión más bien que el enfado contra él. ¡Pobre padre Martín! ¡Casi tengo remordimiento de no haberme ofrecido a hacer retoñar la orden de la Trinidad! Dándoles chicos nuestros la hubiéramos restablecido". ¡Qué corazón tan grande!

Don Manuel quería empezar humilde y sencillamente como estaba acostumbrado a hacer, y ahora todo era ruido, polvareda, intrigas... A pesar de todo, dirá: "Estoy tranquilísimo por la pérdida de Condotti, creo que ha sido una gracia de Jesús para estar libres de injerencias de gobiernos". Y amaneció la luz por otro lado. Ahora, dice don Manuel, estaremos en Montserrat (Roma). Y sabe de muy buena tinta que el Papa está a la expectativa.

Las cosas se mueven aprisa. El caso es que el 29 de marzo, a las 10 de la mañana, llega a Roma con 7 chiquillos. Y se alojan, con el primer rector, Benjamín Miñana, en la sala Hospital de Montserrat, casa para peregrinos españoles. Luego llegarían otros cuatro más. Y el 1 de abril de 1892, primer viernes y cumpleaños de mosén Sol, se inaugura oficialmente, con la aprobación papal, claro, el colegio español de san José en Roma.

La prensa italiana se cae eco de la noticia y el reverendo Manuel Sol aparece, de distintas formas, en todos los periódicos. Un nacimiento humilde y pobre, que recuerda a Belén. D. Manuel, inmensamente feliz: "Los que no sufren mucho no sirven para cosas grandes" les dice a los alumnos.

Realmente, la fundación del Colegio de Roma revela la talla humana y de santidad de este hombre grande, mosén Sol.

El 17 de mayo hicieron los alumnos lo que podríamos llamar su presentación en sociedad. Era el cumpleaños de Alfonso XIII y

se celebró en la Iglesia de Montserrat un solemne pontifical a las 10 de la mañana. Los colegiales oficiaron en el altar por deseo expreso del Sr. Embajador. Allí, en las tribunas, junto a un buen número de cardenales..., estaba el anciano padre Martín.

Los once primeros colegiales, acompañados de sus superiores y mons. Merry del Val, terminado el curso, fueron recibidos en audiencia, el 2 de julio, por el Papa León XIII, quien se felicitó por la fundación del Colegio, les hizo preguntas muy precisas sobre su situación en Montserrat y les amonestó para que cada uno volviera a Roma el curso siguiente con dos o tres compañeros más.

Pero aquí no acaba todo. Esto ha sido el inicio, el nacimiento, Montserrat no es el lugar definitivo. Dado que el gobierno español recela del nuevo Colegio español, las cosas se arreglaron para que la estancia en Monserrat fuera provisional, y el mismo Papa mandó alquilar para colegio, durante el curso 1893 1894, parte del palacio Altieri. Será mejor no hurgar en el por qué había esos recelos hacia la permanencia del Colegio en Montserrat. ¿Sería que, tal vez, algunos capellanes temieran perder sus prebendas?

León XIII preguntará con frecuencia a mons. Merry del Val sobre la situación del colegio en Montserrat, y seguirá dándole vueltas a su idea de entregar el palacio Altemps.

Don Manuel, el gran mosén de Tortosa, el doctor Sol, ha aprendido mucho en Roma. Llega un día a decir: "El Papa es el Papa, pero las cosas de Roma las hacen los que no son Papas". Y, muy inteligente, él tiene también un "espía" en el Vaticano, al lado del Papa, monseñor Merry del Val. Este, un buen día le revela, casi al oído, que el Papa León XIII viene insinuando para Colegio Español el palacio Altemps, una preciosidad de edificio al lado de la famosísima Piazza Navona. Pero D. Manuel arruga el entrecejo porque el Altemps se

encuentra al lado del Seminario de san Apolinar y él quiere que los alumnos españoles asistan a las clases de los jesuitas de la Universidad Gregoriana.

Pues bien: fueron pasando los días, las conversaciones, sobre todo del Papa con mons. Merry, y finalmente, en marzo de 1883 llegaron los primeros ejemplares de la carta en que el Papa cedía el palacio Altemps, propiedad de la santa Sede, al episcopado español, con la dirección a perpetuidad por parte de los Sacerdotes Operarios de don Manuel.

Quien no lo conozca y vaya a Roma no puede dejar de visitar el antiguo palacio Altemps, hoy convertido en Museo. Lo mandó edificar un sobrino de Sixto IV, en el último tercio del siglo XV. A la muerte del Papa fue saqueado por el populacho romano, y reconstruido más tarde por la familia de los Altemps, oriundos de Alemania. Dejando a un lado la historia, muy interesante por otra parte, diremos que fue Marco Sitito Altemps, que llegó a ser un gran personaje eclesiástico en Roma, hombre inmensamente rico, amigo y favorecedor de las artes, quien restauró espléndidamente el edificio. El palacio fue embellecido con la hermosa arquitectura de Margino Lungui. En 1602, Clemente VIII le hizo donación del cuerpo de san Aniceto, Papa y mártir, recientemente encontrado en las catacumbas de san Sebastián. Para guardar el cuerpo del santo se construyó en 1604 una magnífica capilla en el palacio, notable por la riqueza de sus mármoles y jaspes, por sus preciados estucos y un buen número de bellas pinturas de Octavio Leoni y Antonio il Pomerancio. Más adelante, en 1617, se colocó debajo del altar mayor una preciosa urna, encontrada pocos años antes en la Via Apia, y en ella se depositó el cuerpo de san Aniceto.

En Noviembre de 1887 vendió el duque de Galesse, el palacio Altemps a León XIII, reservándose aquél algunas habitaciones para

sí, su familia y criados En el altar mayor de la capilla se venera la imagen de la Virgen de la Clemencia, copia de la que existe en Santa María in Trastévere. Ante ella oraron muchas veces santa Francisca Romana, san Felipe Neri y san Carlos Borromeo quien, por razones familiares, se hospedaba en él en sus visitas a Roma

El día 30 de septiembre llegó a Roma don Manuel. El rector del Colegio, don Benjamín Miñana, siguiendo el ejemplo del Fundador, tomó posesión del palacio Altemps, colocando en la mejor habitación un cuadro de san José...

El 11 de noviembre, una vez que abandonaron el palacio un cardenal, dos Congregaciones y dos inquilinos, don Manuel instaló el Santísimo en la hermosísima capilla del Colegio. Contaba ya con 60 alumnos. Cobijando el sagrario, estaba la hermosa y muy venerada Virgen de la Clemencia.

Muy pronto, el Colegio comenzó a funcionar con unas condiciones fundamentales muy claras puestas por el Fundador. Las tres grandes palabras que conservamos eran éstas, escritas en forma casi de borrador:

Contentamiento. En una familia, aunque sea pobre, escribía el Fundador, todos están contentos de pertenecer a ella...ni envidiarán las otras...no quisieran pertenecer a otras más ricas, si tuvieran que abandonar la propia..

Igualdad. En una familia no se miran las ocupaciones de cada uno...están contentos en lo que a cada uno le toca hacer o se le señala...y están prontos a ejecutar lo que conviene para el bien de la casa...no hay ningún oficio ni ocupación humillante.

Docilidad. Contentamiento, pues, docilidad, prontitud son las condiciones que debe revestir el afecto a la obra...Tal vez haya deficiencias en esta casa; pero no debe olvidarse que no será por falta de afecto y buena voluntad.

Y hablando de los superiores decía: "Nosotros aquí somos más que unos meros

superiores: somos cabeza de la familia que Dios quisiera concedernos, de los jóvenes que quiera enviarnos. Como padres,...a ellos estamos consagrados, y por su bien, por el bien de la juventud eclesiástica, hemos sacrificado nuestra carrera... así nuestra vida y nuestros trabajos no pueden tener otro objeto que el interés y la vigilancia por vuestro bien, que ninguna recompensa (o ganancia) podéis darnos. De aquí que cuando no haya medios para vivir, los buscaremos, y si hay quebrantos procuraremos enjugarlos con nuestros sudores”.

A partir de 1950, más o menos, el Palacio Altemps comienza a quedarse pequeño para la demanda de seminaristas y sacerdotes españoles que deseaban iniciar o continuar sus estudios en Roma, residiendo en el Colegio Español.

En esta nueva situación, los responsables del Colegio comienzan a pensar en una solución definitiva, con la construcción de una nueva sede que reuniera las condiciones necesarias tanto de capacidad como de higiene, campos de deportes, etc.

Y así, una vez comprados los terrenos, en 1956, para la edificación del nuevo Colegio, el 12 de Octubre de ese mismo año se coloca la primera piedra.

El 13 de octubre de 1961, los alumnos seminaristas se trasladan a vivir al nuevo edificio, si bien éste se encontraba en plena construcción. Los alumnos sacerdotes continuaban en el viejo Altemps.

Un momento muy importante fue el hecho de que, para la primera sesión del Concilio Vaticano II, en otoño de 1962, se hospedan, por primera vez, en el nuevo edificio 40 de los obispos españoles que asisten al Concilio. El Colegio era un enorme hervidero de obispos, sacerdotes, seminaristas, peritos conciliares, periodistas. ¡Vaya tarea, aunque muy hermosa, la que les cayó a los superiores del Colegio en esos años!

El 7 de noviembre de 1965, el entonces

cardenal de Sevilla y Patrono del Colegio, D. José M^a Bueno Monreal, consagró la capilla y el día 13 de ese mismo mes, el Papa Pablo VI, con la asistencia de todos los obispos españoles, inaugura oficialmente el Colegio. Una lápida conmemorativa da constancia perenne de esa fecha.

Por fin, el año 70 comienzan a residir todos los colegiales en el nuevo edificio de Via di Torre Rossa 2, y la Santa Sede reclama la disposición del Palacio Altemps.

Nos llena de profunda alegría el dato, bien elocuente, de que, al iniciarse el centenario de la fundación del Colegio (1892-1992) habían pasado por el mismo 2800 colegiales y habían aportado a la Iglesia de España 800 nuevos doctores y 1570 licenciados en las diversas especialidades eclesiásticas.

En el momento actual, el catálogo de colegiales llega a 3400, con 920 tesis defendidas y 2020 licenciaturas. Además, cerca de 650 sacerdotes españoles han pasado por el Colegio realizando un curso de Actualización Sacerdotal que en la primavera de 2007 llega a su vigésima edición, como una experiencia consolidada de formación permanente integral altamente positiva.

¡Qué cara de satisfacción pondrá desde el cielo nuestro Beato Manuel Domingo y Sol, aquel cura santo que se "empeñó" en que España había de tener un Colegio sacerdotal en Roma!
Los Seminarios

Don Manuel lo tenía muy claro: Mucho clero y bueno, y bien formado. Esa era la solución a los problemas eclesiales y aun sociales del mundo. El quería, como es lógico, la formación integral del sacerdote, pero distinguía muy bien entre instrucción y formación. *"Supuesto que el clero es la llave de la cosecha, ¡cuánto importa su formación e instrucción...! Muchos obispos discurren sobre estudios. Aunque la piedad la deseen, dicen que puede arreglarse con unos pocos ejercicios. No*

parece sino que se piensa en la carrera. El sacerdocio no es una carrera. Por esto conviene más que nada la formación del corazón. No bastan los conocimientos. Más aún, no basta la piedad".

La verdad es que en muchos seminarios no se pensaba más que en la parte científica y literaria. Don Manuel deseaba, faltaba más, que los seminaristas recibieran la formación intelectual en los mejores centros y con los mejores profesores, pero había que formar al pastor del pueblo de Dios y eso exigía una sería formación humana, espiritual y pastoral. Y esto es lo que el intentaba conseguir con sus Colegios de Vocaciones. Por ello, sólo en caso de verdadera necesidad o escasez de clero admitieron los operarios ser profesores en los seminarios a ellos confiados.

En la idea de don Manuel, los seminarios deberían reducirse a ser el centro de enseñanza. Para los otros ámbitos de la formación, deberían existir los convictos o colegios, puestos en manos de instituciones específicas, adecuadamente preparadas, bajo la autoridad del prelado, pero con la suficiente libertad en la dirección, administración, etc.

Los seminarios deberían ser lo que son en Roma las universidades y centros de enseñanza respecto a los colegios particulares de las diversas naciones.

Esto explica el que en la mayoría de las bases que firma don Manuel aceptando seminarios, pone como condición al menos la posibilidad de abrir en la misma ciudad un colegio de vocaciones eclesiásticas.

Muy someramente señalaré ahora los principios de pedagogía de don Manuel para los seminarios. Éstos se asentaban en lo que ya tenía muy bien experimentado en sus Colegios y con resultados altamente positivos:

La selección muy bien cuidada de los alumnos.

El clima familiar. La vida "en familia" era el distintivo de los colegios de

vocaciones.

La fraternidad universal. A don Manuel no le gustaban las oscuridades, era un hombre abierto y comunicativo, universalista y alegre: compartía con los demás sus triunfos y sus penas, y quería que todas las casas de la Hermandad formasen una fraternidad. Y anhelaba que los seminaristas entraran a formar parte de esa gran familia.

La vida espiritual: la formación científica, repetía don Manuel, es indispensable, pero no basta. La dimensión espiritual comprendía la meditación, la misa, la visita al Santísimo, el examen de conciencia vespertino, y la confesión, a ser posible semanal. Los Ejercicios espirituales al inicio de curso, normalmente dirigidos por un padre jesuita; las fiestas de la Virgen, de san José, la solemnísimas fiestas del Reservado, del Corazón de Jesús, etc. Figura clave era el director espiritual: él programaba los ejercicios, los retiros, hablaba semanalmente a los alumnos, los recibía en su despacho. Las charlas eran muy bien preparadas de acuerdo a la teología y espiritualidad de aquel tiempo.

La comunicación: hablando a los operarios les decía que en la fidelidad a la comunicación depositaba la seguridad del mantenimiento personal y la fuerza del grupo de trabajo y convivencia. Dicha comunicación encontraba su mejor cauce en el acto de recreo comunitario, en el que se compartían informaciones y experiencias, con espacio para el humor sano y alegre, que fue derivando hacia la "reunión diaria", clásica en todas las casas de la Hermandad.

La renovación del pueblo por la renovación del clero La ambición de don Manuel le llevará a pensar, ¿soñar?, en la unión de todos los sacerdotes salidos de sus colegios y seminarios para formar un cuerpo uniforme de acción y renovación espiritual de las parroquias. Por eso quería que el seminario fuera lugar de encuentro de los sacerdotes,

para lo que hoy llamamos formación permanente, para reanimarse en la convivencia alegre con los compañeros y amigos, y para darles instrucciones prácticas de vida pastoral y espiritual...

Muy pronto comenzaron a llegarle peticiones de Brasil, de Bolivia, de México... A D. Manuel se le rompía el corazón pues no disponía de personal para decir qué sí. "Al recibir peticiones de personal y ver el vasto campo que se abre en España y América, me contristo, quisiera lanzarme a todo; pero, puesto en la presencia de Dios, quedo tranquilo, porque ya ve él que no podemos".

La dirección de los seminarios diocesanos que, en su tiempo, asumió el Beato Manuel son los siguientes:

- 1897: se hizo cargo del Seminario de Astorga.
- 1898: Toledo.
- 1898: Chilapa (México).
- 1899: Zaragoza.
- 1900: Cuernavaca (México).
- 1901: Sigüenza y Cuenca.
- 1902: Badajoz y Puebla de los Ángeles (México).
- 1903: Baeza.
- 1904: Jaén, Ciudad Real, Málaga.
- 1905: Barcelona.
- 1906: Segovia.
- 1907: Almería.
- 1908: Tarragona.

Vale la pena destacar los seminarios de México:

La Hermandad se encargó en 1898 de la dirección del seminario de Chilapa. Ante las insistentes invitaciones que recibía don Manuel, escribía el 14 de febrero al rector del Colegio de Roma, D. Benjamín Miñana, de quien ya hemos hablado: "Estos *chicos nuestros* (los operarios) no pueden aguantarse y quieren que vaya a América. Yo estoy espantado por la falta de personal, y se me cubre el corazón.

Ventajas: el nombre para la Obra. Tomar posesión de un campo, tal vez vastísimo con el tiempo para los intereses de la máxima gloria

de Dios... Pero ¿y el personal? Miro la tela y no da para tanto..." Y el 8 de marzo, le decía: "Mucho me ilusiona la empresa de América por lo que oigo decir de falta de clero allí".

El caso es que el 1 de abril acordó en Barcelona con el obispo de Chilapa, a quien había conocido en Roma, y que ahora, a su regreso de la Ciudad eterna, quería ver a toda costa a don Manuel, las condiciones para la dirección del seminario. Los seminaristas eran 50. El 25 de noviembre salen los operarios de Barcelona, en el vapor "Ciudad de Cádiz". Don Manuel bendijo los camarotes, y dice "me despedí emocionado". Llegan a Chilapa el 7 de enero de 1899 y el 11 tomaron posesión del seminario. Más tarde, el obispo les ofrecerá ser profesores de un colegio nacional de misioneros y poco después, en diciembre de 1899 se encargarán de la iglesia de san Felipe de Jesús en México. En 1900, se hará cargo la Hermandad del Seminario de la preciosa ciudad de Cuernavaca, en la que dos años más tarde asumirán el culto de la catedral.

Las cartas que le van llegando a don Manuel le encienden aún más sus anhelos ya crecidos: "Como, duermo y sueño con México, y estoy dando vueltas al problema de ayudar allí"

Finalmente, en 1902, aceptaron la dirección del seminario de Puebla de los Ángeles. Esta vez sí, los Ángeles de las Naciones entonaron, con una solemnidad especial, el prefacio de gloria, allí, en el cielo inmensamente azul de su Puebla.

UN SACERDOTE QUE NO QUISO TRABAJAR SOLO. LA HERMANDAD DE SACERDOTES OPERARIOS DIOCESANOS
La fundación de la Hermandad

Durante los primeros años de funcionamiento de los Colegios de san José de vocaciones eclesiásticas, D. Manuel fue madurando ideas y vio que los esfuerzos individuales no tenían garantía de perennidad:

el hombre pasa y las obras, y los problemas permanecen. El quería dar consistencia a su "Obra" e irradiar su actividad a otras diócesis de España y de Latinoamérica.

Estando así las cosas, un día, muy de madrugada, como todos los días desde hace 14 años, va don Manuel a celebrar misa en el convento de santa Clara. Pero esa mañana algo le pasa a mosén Sol que prolonga, más que de ordinario, la acción de gracias. Todo el mundo se da cuenta de que algo está ocurriendo. Al menos durante un par de días, vive absorto, como fuera del tiempo y del espacio. ¿Qué es lo que está sucediendo?

Muy pronto lo sabemos. Ocurrió que una mañana, aún casi a oscuras, una luz especial invadió su alma. El mismo nos lo dirá: "Jesús Sacramentado me inspiró la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, el día 29 de enero de 1883, a las siete y media de la mañana". Son palabras textuales de don Manuel, que añade: "entre ese día y el 30, la concepción de todo el plan y la intuición de sus resultados". "Estuve bajo la influencia de aquella inspiración sobrenatural dos días".

Ahora ya no hay dudas. Lo sabemos. La Hermandad de sacerdotes Operarios Diocesanos, nació una mañana de enero, al calor de la eucaristía. ¿Cómo fue el alumbramiento?: El mismo mosén Sol nos lo confiesa: "Nuestra obra ha brotado del corazón de Jesús Sacramentado, silencioso, olvidado, desconocido, ultrajado".

Convencido de que era cosa de Dios, don Manuel se pone decididamente en marcha. El 2 de marzo presentó su proyecto y consultó, allí en Tortosa, con un padre jesuita, sabio y prudente, el P. Ramón Vigordán. Este, inmediatamente aprueba y aplaude la idea. Sólo le da un consejo: que pida el parecer al Sr. Arzobispo de Tarragona, anterior obispo de Tortosa, con quien don Manuel mantenía una gran amistad.

A los pocos días, exactamente el día 6, escribe nuestro Beato a Mons. Villamitjana. El

asunto se lo resume en muy pocas palabras:

"Se trata de la juventud varonil, generalmente menos atendida que la femenil, y más necesitada, y, sobre todo, del fomento de las vocaciones eclesiásticas y religiosas, cuya obra cada día me entusiasma más. Esta obra necesita una permanente organización; de lo contrario, servirá de escasos resultados".

Y le expone, al mismo tiempo, muy sencilla y claramente, su idea de la Hermandad, de la que hablaremos más adelante.

El 11 de marzo, la contestación del Sr. Arzobispo de Tarragona, no podía ser más desoladora: *"Su asunto, en la parte que he comprendido, está en el terreno de los imposibles. No sabe decir más el pobre Arzobispo de Tarragona"*. Pienso yo, que el Señor me perdone, que no comprendía demasiado el bueno del señor Arzobispo

Pero mosén Sol no se rinde, y el 15 de marzo se presenta en la imperial Tarraco, y ahora sí, el Arzobispo don Benito Villamitjana, tras larga conversación, aprueba, convencido y complacido, los planes, y bendice el proyecto de don Manuel. Mosén Sol ve brillar en todo su esplendor la luz de Dios. Respira profundo. ¡Bendito sea el Señor!

Más adelante, después de las debidas comunicaciones y conversaciones, el día 17 de mayo de 1883, el Obispo de Tortosa, Señor, Aznar y Pueyo, aprobó verbalmente la Hermandad.

Esto supuesto, ya corría prisa celebrarlo. Y allá sube mosén Sol, el 16 de Julio de 1883, con los cuatro primeros operarios y amigos, al maravilloso desierto de las Palmas, para el "bautizo" oficial y solemne de la anhelada Hermandad, junto a la Virgen del Carmen, la más hermosa, elegante y preparada de todas las madrinas.

Desde la altura, en medio de un hermosísimo monte de pinos, se contempla la inmensidad azul, en el mar de Benicassim, del manto azul de la Señora. Y allí oran, intercambian opiniones, trazan esquemas, y

sientan las Bases de la Institución. Todo está ya definitivamente en marcha.

Tienen muy claros los objetos de la Hermandad, como quedan señalados en las Constituciones Antiguas (4.º28):

"Los objetos principales de la gloria de Dios que se propone la Hermandad son: 1.º el fomento, sostenimiento y cuidado de las vocaciones eclesiásticas, religiosas y apostólicas; 2.º el fomento de la piedad en la juventud; 3.º el aumento de la devoción y espíritu de reparación al Corazón de Jesús principalmente en el sacramento de su amor"

En el intercambio de opiniones, los compañeros le preguntaron a Don Manuel cómo había que entender eso de la devoción y espíritu de reparación al Corazón de Jesús. Alguno no sabía exactamente lo que la eucaristía y la reparación habían significado realmente en la vida de Don Manuel.

Entonces él les expuso muy claramente su pensamiento y lo que entrañaba dicha devoción y reparación en la vida y actividad apostólica del sacerdote operario.

Estudiando su pensamiento y releendo sus escritos, que en ocasiones citaré textualmente, estoy convencido de que les diría, más o menos, lo siguiente:

" Mirad, Dios es Amor. Jesucristo es su corazón". El corazón es la expresión viva del amor de Jesucristo. De ahí arranca la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

"No es una devoción inventada. Siempre ha existido en la Iglesia; siempre la han intuido las almas privilegiadas. Es una devoción de amor, de generosidad y de santo celo...; es la que debe hacer renacer en la tierra la ardiente caridad de los primeros fieles..., avivar de nuevo... el santo fuego que vino a traernos del cielo Jesucristo nuestro Señor".

Es lo que dirá Benedicto XVI, en su Carta al padre Peter Hans Kolvenbach, prepósito general de la Compañía de Jesús, con motivo del quincuagésimo aniversario de la encíclica

"Haurietis aguas":

"El misterio del amor de Dios por nosotros no constituye sólo el contenido del culto y de la devoción al Corazón de Jesús: es, al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana. Por tanto, es importante subrayar que el fundamento de esta devoción es tan antiguo como el mismo cristianismo. De hecho sólo se puede ser cristiano dirigiendo la mirada a la Cruz de nuestro Redentor, «a quien traspasaron» (Juan 19, 37; Cf. Zacarías 12, 10).>

La experiencia del amor surgida del culto del costado traspasado del Redentor nos tutela ante el riesgo de replegarnos en nosotros mismos y nos hace más disponibles a una vida para los demás. «En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Juan 3, 16) (Cf. encíclica «Haurietis aguas», 38)...

Para Don Manuel se trata de una devoción reparadora: "La devoción al Corazón de Jesús tiene por objeto el estudiar y posesionarse de sus sentimientos y como complemento o consecuencia de ellos, el amor y la reparación"...

Santa Teresita decía: "Para amar como Tú amas, préstame Tu Corazón".

La reparación, antes que en acciones consiste en un clima, en una disposición interior, en un "sentimiento peculiar, constante, tierno e interior de nuestro corazón", en una "actitud particular de espíritu" que impulsa a amar, a luchar contra lo que se opone al amor, a hacer que el amor sea fermento del mundo, levadura de nueva civilización.

La oblación única y definitiva de Cristo en la cruz se perpetúa gloriosa en el cielo y se actualiza y aplica sucesivamente en el tiempo.

Pues bien, nosotros a través del tiempo y del espacio, nos hacemos "reparadores", es

decir, colaboradores en la gran misión reconciliadora (reparadora) de Cristo, en la medida en que nos unimos a su actitud oblativa por amor a Dios y a los hombres, "conformándonos con la muerte de Cristo".

Es lo que decía san Pablo: "Quiero así tomar conciencia de su persona, de la potencia de su resurrección y de la solidaridad con sus sufrimientos, reproduciendo en mí su muerte para ver de alcanzar como sea la resurrección de entre los muertos" (Flp 3,10), completando en mi existencia terrena, y en favor del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que aún falta al total de sus sufrimientos" (Col 1,24).

No reparar es negar el pecado o negar que Cristo ha querido asociarnos a El en su misión reparadora.

"Reparar" es una dimensión perenne de la espiritualidad cristiana. Toda nuestra vida ha de ser "reparadora": ofrecer nuestra vida y nuestra muerte con Cristo al Padre por la salvación de los hombres, por el mundo pecador" (cf. Selec. de textos, pp. 94 95; 98 100).

Benedicto XVI, en su Carta al preósito general de la Compañía de Jesús, afirma:

"Retomando una expresión de mi venerado predecesor, Juan Pablo II, «junto al Corazón de Cristo, el corazón humano aprende a conocer el auténtico y único sentido de la vida y de su propio destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a permanecer alejado de ciertas perversiones del corazón, a unir el amor filial a Dios con el amor al prójimo. De este modo, y ésta es la verdadera reparación exigida por el Corazón del Salvador, sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia podrá edificarse la civilización del Corazón de Cristo» («Insegnamenti», vol.IX/2,1986,p.843)...

La adoración del amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del «corazón traspasado» su expresión histórico devocional, sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios".

Terminadas las deliberaciones y decisiones pertinentes, faltaba el "sello oficial", pero eso ya no urgía tanto. Finalmente llegó el día 29 de enero de 1884 y don Manuel presentó las Bases de la Hermandad al prelado de la diócesis, que firmó oficialmente la aprobación de la Obra el día 2 de febrero, el día de la Candelaria. ¡Qué bonito resultó el encender, humilde y sencillamente ese día, la antorcha de la Hermandad en la Iglesia!

¿Y AHORA QUÉ?

A don Manuel no le gustaba trabajar solo, era evidente. Desde el principio de su ministerio hablaba de su deseo de unirse a otros para trabajar juntos, a las órdenes del obispo y "renovar" toda la diócesis.

"El celo por su gloria nos tenía poco satisfechos en nuestras obras sacerdotales o en las que, antes de ordenarnos, se presentaban a nuestra vista. Y una ambición santa parecía que hubiera querido lanzarnos a todos los campos...Y hubiéramos querido, como por instinto, tener medios para todos, y aunar nuestros esfuerzos los que pensábamos del mismo modo, y unirnos y ayudarnos, y hacer entre todos ciertos ministerios de celo...para remediar todos los campos".

Ya lo vimos: el Señor le manifestó el campo de la juventud y las vocaciones, en el que unidos, "coadunados", pudieran atender a todos los campos de la gloria de Dios.

Como era de una familia grande, numerosa, le encantaba la idea de familia, de grupo, por eso decía que la Hermandad era una pequeña familia dentro de la gran Familia Iglesia, la llamada "Iglesia comunión"

El Concilio Vaticano II, con palabras más teológicas y solemnes, como "fraternidad sacramental" y "comunión presbiteral", sancionó la naturaleza y concepción de la Hermandad de don Manuel.

En la perspectiva teológica del

Concilio, Obispos y sacerdotes constituyen una "asociación sacerdotal". El presbiterio es una asociación que es no sólo funcional, jurídico y oportunista, sino profundamente "sacramental". Es decir, que por el sacramento del Orden, nacemos co presbíteros, y por lo tanto no podemos hacer la guerra cada uno por su cuenta, o con los "míos" que son los buenos, por supuesto. Por eso, dice el Concilio *"...ningún presbítero puede cumplir cabalmente su misión aislado y como por su cuenta, sino sólo uniendo sus fuerzas con otros presbíteros, bajo la dirección de los que están al frente de la Iglesia"* (PO 7; cfr. Sínodo II, 6).

La misión que se nos encomienda en la Iglesia es única, si bien los ministerios sean diversos.

"Todos los sacerdotes ..están adscritos al cuerpo episcopal, por razón del orden y del ministerio, y sirven al bien de toda la Iglesia según la vocación y gracia de cada cual" (LG 28).

"Todos los presbíteros, a una con los obispos, de tal forma participan del mismo y único sacerdocio y ministerio de Cristo, que la misma unidad de consagración y misión requiere su comunión jerárquica con el orden de los obispos... Síguese que, por el don del Espíritu Santo que se ha dado a los presbíteros en la sagrada ordenación, los obispos los tienen como colaboradores y consejeros necesarios en el ministerio y oficio de enseñar, santificar y apacentar al pueblo de Dios... Así, pues, por razón de esta comunión en el mismo sacerdocio y ministerio, tengan los obispos a los presbíteros como hermanos y amigos suyos.."

El asociacionismo sacerdotal no es, pues, un estilo de moda, ni una necesidad de emergencia para potenciar la eficacia sacerdotal, sino una exigencia esencial del modo como Dios ha querido realizar y perpetuar nuestra salvación.

"En virtud de la común ordenación sagrada y de la común misión, todos los

presbíteros se unen entre sí en íntima fraternidad que debe manifestarse en espontánea y gustosa ayuda mutua, tanto espiritual como material, tanto pastoral como personal, en las reuniones, en la comunión de vida, de trabajo y de caridad" (LG 28)

En este sentido, la Hermandad es un modo concreto de vivir el ministerio sacerdotal. Es una "fraternidad sacerdotal", que se concreta y expresa en el equipo de vida y de trabajo que es lo que la vertebra y la configura hacia dentro y la especifica hacia fuera.

De ahí que la espiritualidad del sacerdote operario era algo muy claro para don Manuel: *"Hemos de ser pues, sacerdotes, y nada más que sacerdotes, y santos; y trabajar cuando podamos por la gloria de Dios, y, a ser posible, en unión de otros"...*

Si no somos ni más ni menos que sacerdotes y sólo sacerdotes, don Manuel podía decir a sus operarios con toda verdad: *"Por eso, nada ni nadie la ha fundado. Existía ya, y Jesús, sin saber cómo, nos ha puesto en ella, dándole organización por medio de nuestro objeto, singular y único hasta hoy en el mundo, del fomento de las vocaciones eclesiales, religiosas y apostólicas".*

El Papa Juan Pablo II nos decía en una de sus cartas a los sacerdotes el día de Jueves Santo, que habíamos nacido en el cenáculo, en la Cena. Por su parte, don Manuel tenía eso mismo grabado a fuego en sus entrañas: *"Nuestra obra ha brotado del corazón de Jesús sacramentado...Si descendiéramos al fondo, al manantial de los sentimientos de nuestra piedad, tal vez encontraríamos lo que no habíamos reparado ni discurrido: que el origen de nuestro deseo del bien y fomento de las vocaciones eclesiales...ha sido nuestro instintivo amor a Jesús Sacramentado".* Por eso, *"Jesús sacramentado ha de ser, pues, el apoyo, el aliento, consuelo y anhelo de todo nuestro corazón, la llama que ha de vivificarnos. El*

distintivo, en fin de nuestra obra".

Vivir, pues, y trabajar unidos. ¿Está claro, no?

Si, pero, alguien le preguntaba: ¿esa unión significa vida religiosa? NO, decía el Fundador: "Nuestra Hermandad la constituye la UNION de sacerdotes seculares, unidos con el vínculo de la caridad y de una dirección común, para multiplicar los intereses de Jesús en las diócesis, sin la base del vínculo religioso".

Y continuaba en su plática a los nuevos miembros de la Hermandad: "...Pues bien, esta vida sacerdotal de celo y deseosa de su santificación en medio del mundo, libre de trabas y ambiciones y de atenta mirada a la obra de gloria de Dios, forma la naturaleza de nuestra Hermandad; ha tomado forma, ha venido a completarse, la constituye..." Así pues, "la Unión de sus individuos en el estado puramente sacerdotal, libres de las ataduras de la pobreza individual, con el vínculo de la caridad y una cordial obediencia, y consagrados y en vivienda común, al constante fomento de los intereses generales de Jesús, bajo una dirección común con obediencia, con carácter puramente sacerdotal, es lo que constituye su naturaleza y carácter".

Don Manuel sabía muy bien que la misión de la Iglesia y, por lo tanto, la misión sacerdotal, no tienen fronteras. Hoy el Vaticano II nos lo ha repetido mil veces. De ahí que, a la base y en el origen de la Hermandad hay un espíritu universal y misionero, que se traduce en disponibilidad alegre y generosa.

Nuestra misión, decía don Manuel, no tiene fronteras, pero sí un carisma específico. El carisma de la Hermandad abarca mucho más que los objetos de la misma (juventud, vocaciones). Los objetos entran en el carisma, pero no lo agotan, ni equivalen totalmente al mismo. El carisma acentúa la unión sacerdotal que dimana de la fraternidad sacramental y de la "misión" encomendada.

La Hermandad se centra en lo que operativamente interesa más a la Iglesia: lo vocacional ministerial. Como lo más importante en una empresa es que haya dirigentes, técnicos y trabajadores, cada uno con una tarea necesaria e insustituible a desarrollar, la Iglesia, sin curas, laicos comprometidos en el mundo y en la Iglesia y religiosos no puede funcionar bien. Fomentar esas vocaciones, cuidarlas, formarlas, y sostenerlas es misión de la Iglesia y, por carisma específico, de la Hermandad, ¡casi nada!. Por eso, hablaba don Manuel de que había encontrado el tesoro de la llave de la cosecha en todos los campos de la gloria de Dios. Más fuerte se podría decir, pero más claro, no.

La Asamblea General XIII (1966), en su conclusión 20, tradujo los tradicionales objetos de la Institución del modo siguiente:

“Los objetos de la Hermandad, marcados por don Manuel y recogidos en nuestros Estatutos, se traducen hoy en:

- atender a la ancha problemática vocacional de la Iglesia, que arranca del ser cristiano y se realiza en los diversos campos; sacerdotal, religioso y laical;
- contribuir a la construcción de la humanidad futura, estando junto a la juventud, no sólo estudiantil, sino también trabajadora, y ayudándola a realizar su parte en la Iglesia y en el mundo;
- impregnar el vivir cristiano, nuestro y de cuantos tratemos, de un profundo sentido cristocéntrico y litúrgico”

“Pero en

su ESENCIA...y su espíritu y en su instinto y en su origen, el carácter de la Obra es el apostolado sacerdotal en medio del mundo, para promover los varios intereses de Jesús en las diócesis, y sobre todo los objetos principales que se ha propuesto la misma Obra, y sobre todo el principalísimo que Jesús nos ha confiado”.

La Hermandad fue aprobada en Roma como Sociedad de Vida Común sin votos, el 1 de agosto de 1927

Al no ser Religiosos, jurídicamente somos hoy en la Iglesia Instituto Secular, desde el 19 de marzo de 1952, a la espera de ser finalmente reconocidos muy pronto por la misma Iglesia como Asociación sacerdotal, que es lo que quería el Fundador. De hecho, funcionamos como sacerdotes diocesanos. Tenemos la autorización del propio obispo para vivir y trabajar en la Hermandad. Pero nos parece que sería mejor tener cuanto antes un estatuto definitivo como Sacerdotes diocesanos unidos, con obediencia al Director General de la Obra, para poder servir con plena libertad y disponibilidad a las diócesis y a la Iglesia universal. Casi siempre, los santos fundadores van por delante del Derecho Canónico; esperamos que ocurra esto mismo en nuestro caso.
¿QUÉ PEDÍA, Y NOS PIDE, DON MANUEL A LOS OPERARIOS? [2](#)

- Ser hombres

Hoy es un tema que quema en algunos ambientes, pero Don Manuel era muy claro en sus pláticas a sus primeros operarios:

“Nuestra misión no la podemos desempeñar sin ser muy espirituales, santos, y hombres de corazón... Y no basta esa santidad espiritual, no basta que seamos sacerdotes muy espirituales, tenemos necesidad de algo más los operarios: Hemos de ser *hombres*”.

- Abiertos y comunicativos

“La manifestación sincera de sí mismos es el gran medio de ser santos y de salvarnos de todos los peligros”.

“No seamos cerrados y reconcentrados. Todos nuestros intereses son comunes. Seamos abiertos, y sepan todos lo que estudiamos y nuestras aficiones, y nuestros sentimientos, y sobre todo nuestros caminos y operaciones, fuera de lo que es de conciencia y puramente de espíritu. Hemos de obrar como si lo hiciéramos todo en medio de la plaza; fuera misterios y tortuosidades de conducta, ni excentricismos de carácter. Expansión y abertura”.

- Desprendidos y libres

A don Manuel no le gustaba hablar ni oír hablar de carrera sacerdotal; él decía que “el sacerdocio no es una carrera, es un estado; digo mal, es el apostolado, es ser otro Cristo”.

De sí mismo afirmaba: “Gracias a Dios no teníamos, aun antes de nuestra ordenación, ninguna mira humana, ni aun de éstas que son lícitas en la carrera eclesiástica”.

Tenía muy en cuenta cada día las palabras de Jesús: “Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga” (Mc 8, 34)

“El que quiera conservar la vida, la perderá, y el que la pierda por mí, la conservará” (Mt 10, 39)

La verdad es que aquellos operarios debían dar bastante buen ejemplo, porque don Manuel, en cierta ocasión, confesaba:

“Lo que más gozo me da en los operarios es el desprendimiento, desasimiento y desvalijamiento de casi todos en lo que atañe a sus personas, ambiciones y comodidades”.

Se lo había repetido muchas veces: “El operario es el sacerdote en el mundo, pero sin querer ser más que sacerdote. No párroco, ni beneficiado, ni otro cargo, sino sacerdote libre, sin ambiciones ni deseos más que el de

trabajar por la gloria de Dios".

A don Manuel le enfermaba el enterarse de casos de "carrerismo" en las filas sacerdotales y menos si era entre los suyos. Por eso, podemos decir, sin lugar a dudas, que ningún operario ha aceptado nunca un "cargo" eclesiástico importante (obispo, canónigo, beneficiado...), si no después de "resistirse" todo lo posible y cuando, podíamos decir, ya no había más remedio.

El desprendimiento de sí mismo engendra la humildad que es la virtud de los hombres verdaderos. Y el desprendimiento de las cosas, la pobreza, virtud de los hombres de fe y esperanza.

El fruto sabroso, inestimable, del desprendimiento, es la libertad de espíritu que eleva y agiganta al hombre y le hace sabio y fuerte a la vez; es la paz y el gozo indescriptible de la posesión de Dios; es la disponibilidad total para el reino.

Por eso, les recordaba el santo Fundador: "que no tenga que remordernos y que no pueda decirse de un operario que pudo hacer algún bien y no lo hizo".

La AG XV (1972) dijo a este propósito:

"La pobreza interior y efectiva, fruto de nuestra comunión con Cristo, hecho pobre por nosotros, nos compromete a una consecuente actitud de vigilancia, de austeridad, de renuncia a cargos y privilegios, de disponibilidad universal, de sana independencia de los poderosos de este mundo y de las ataduras económicas y familiares, en plena libertad del espíritu, en la lucha por la justicia en todas sus acepciones y en la entrega real al mundo de los pobres"

- Hombres de equipo

La Asamblea General XV (1972) resumió perfectamente lo que para el Beato Manuel significa el equipo en la vida y acción de la Hermandad:

"Creemos que el equipo de vida y de trabajo, con todas las exigencias que comporta, es el medio privilegiado para ofrecer nuestro testimonio como sacerdotes y como operarios.

El equipo nos hermana como hombres cristianos comprometidos en el ministerio pastoral, nos lo hace más eficaz, nos realiza humana y espiritualmente al obligarnos a salir de nosotros mismos para llegar a la comunión personal, íntima y profunda, nos ayuda, por la revisión continua, a emprender caminos más eficaces en la tarea pastoral y, finalmente, nos lleva a la experiencia de la oración comunitaria..."

Y como conclusiones más prácticas y concretas, la misma Asamblea determinó:

"Es propio de la Hermandad el que sus miembros estén realmente integrados en equipos de vida y normalmente también en equipos de trabajo.

El equipo es la auténtica base de la organización de la Hermandad y la *célula* de vida, actividad y renovación de la misma"

Desde luego, hay que obedecer. "La obediencia es la base de toda organización y de todo orden. Debe ser completa y, mejor que completa, cordial en los operarios, en lo que atañe a las tareas de la Obra y modo de conducirse en ella" (Constituciones de don Manuel, arts 98 99). Pero, no quería que entre nosotros funcionase una obediencia al estilo religioso, más bien insistía en que "hemos de estar dispuestos siempre y en todo, pero con cordialidad, sin necesidad de mandato. Este debe ser el distintivo..."

Y hacer equipo con los seculares también: "¡Cuánto bien puede hacer un sacerdote!. No obstante de lo mucho bueno que puede hacer sólo, individualmente considerado, claro es que será mucho menos que si sabe asociarse a la mayor parte posible de fieles para trabajar con él (7º, 44, p.119).

- Diocesanos

Las primeras Constituciones de Don Manuel determinaron lo siguiente:

"Los operarios, correspondiendo al nombre de diocesanos, siéndolo en verdad, promoverán las obras de carácter más universal y más en consonancia con los objetos de la hermandad, cuando la diócesis lo requiera, bajo la dirección del obispo". (C.A.14)

Como sacerdotes seculares que somos, nos esforzamos en vivir no sólo unidos al obispo, de cuyo ministerio participamos por el sacramento del orden y por la misión canónica, sino insertados plenamente en la pastoral de conjunto, haciendo que todo cuanto la Hermandad y nosotros mismos realizamos en el plano diocesano sea, de hecho y efectivamente, para el servicio de la diócesis (AG XIII, 11)

La integración diocesana la entendemos no como algo simplemente conveniente por razones humanas o pastorales, sino como un deber:

"Es un deber de los operarios la colaboración en los apostolados del clero diocesano y la participación en sus reuniones y actos" (AG XVI, 24)

Desde la conciencia de la diocesaneidad, el operario procura abstenerse de toda lo que pueda distinguirlo o separarlo como elemento extraño o miembro de un *grupo aparte* dentro del clero secular, admitiendo únicamente aquellas diferencias normales que se derivan del propio carisma, puesto al servicio de los sacerdotes y de la misma diócesis.. A ser posible, se vincula, a título de ordenación, con su propia diócesis.

- Amigos de los jóvenes

Ya vimos todo lo que significó la juventud en la vida y acción de don Manuel. Ese espíritu ha de ser el del

operario.

Hoy, la Hermandad hace suyas las importantísimas palabras de Juan Pablo II a los obispos europeos, el 11 de octubre de 1985:

" Es preciso plantear el problema de la evangelización en términos totalmente nuevos (...) La obra de la evangelización, en la situación peculiar que se encuentra hoy Europa, está llamada a proponer una nueva síntesis creativa entre el evangelio y la vida".

Creemos que estas palabras valen también para los otros Continentes, si bien cada uno tiene sus características peculiares. Lo cierto es que los individuos, la humanidad y la civilización entera se encuentran hoy en una encrucijada, en busca de una salida, y "urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad" (J. Pablo II, CL, 34)

Por otra parte, junto a la utopía de algunos crece hoy en muchos jóvenes la anti utopía, como desencanto total y previsión de una catástrofe de dimensiones cósmicas, realidad juvenil que se da también en los ámbitos eclesiales y religiosos.

En estas circunstancias, los operarios queremos estar, como amigos, junto a los jóvenes para ayudarles a que se preparen a encarar los desafíos históricos con la esperanza que viene de la resurrección.

Concretamente, nos hemos comprometido a impulsar:

"La creación de servicios pastorales que contribuyan a que los jóvenes lleguen a un compromiso adulto en la fe y sean factor de cambio en la sociedad, según el espíritu del evangelio" (A.G. XV, 27)

En el campo de la enseñanza, la Asamblea General XVI (1978) nos señaló lo siguiente:

"En los centros de enseñanza y educación de los jóvenes, los operarios considerarán como principal tarea la educación en la fe y la promoción vocacional"

Hay unas palabras de Pablo VI que no me explico cómo no han sido esculpidas en los

muros de la Plaza de Bernini de Roma y de todas las Iglesias del mundo. Decía él:

"Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla, por decirlo así, de alcanzarla casi en su rápido y continuo cambio". Fueron palabras pronunciadas el día 7 de diciembre de 1965, en la clausura del Concilio Vaticano II. ¿Olvidadas para siempre?

Eso es lo que don Manuel quiere de los operarios, al decirnos que hemos de ser amigos de los jóvenes, y que él mismo aspiraba a "formar una gran red que arrastre a las juventudes de todos los pueblos de España..." "Me ocuparé siempre en ser padre y amigo de la juventud".

Y les advertía a sus operarios: "Con los jóvenes, más que trabajar, es preciso hacerles trabajar, que es el máximo trabajo". Para transformar el mundo, para darle un nuevo rostro a la Iglesia.

- Profundamente eucarísticos

Si, como vimos, "Nuestra Obra ha brotado del Corazón de Jesús Sacramentado..., el amor a Cristo en la Eucaristía ha de ser el sentimiento peculiar, constante, tierno, interior de nuestros corazones".

Pero don Manuel unía perfectamente la devoción eucarística, la eucaristía en si misma, con la actividad apostólica. Esto me parece de suma importancia y originalidad. Repetía una y mil veces a los operarios: "El amor a Jesús sacramentado y el deseo de repararle, y el de proveer a todo el mundo de apóstoles... es lo que ha de santificarnos y conservarnos"

Ahora bien, el amor no es amor si no es reparador. Por mi parte, me atrevo a "interpretar" el texto de don Manuel y decir que, en mi modesto entender, (cf. p.21) la

mejor obra reparadora que hoy podemos hacer, en un mundo tan lleno de grietas, escombros y amenazas destructivas, y en una Iglesia, en muchas ocasiones tan pusilánime, necesitada del coraje de los profetas y de la heroicidad de los santos, es suscitar apóstoles, profetas, testigos, servidores auténticos de los pueblos, pastores... Esa, quiere el Beato Manuel que sea hoy nuestra misión, no lo dudo un instante. ¡Hermosa y trascendental misión!

Ya dijimos algunas cosas al hablar de la Reparación en don Manuel y recordamos las palabras de Benedicto XVI en su Exhortación Apostólica "Sacramento de la Caridad".

Podemos añadir aquí cómo precisamente en estos últimos años se está extendiendo por el mundo la llamada Adoración Eucarística Perpetua. En España, lleva tres años de existencia y hay cinco capillas abiertas: en Cancelada (Estepona); Madrid, barrio de san Blas, Toledo, Sevilla, Talavera de la Reina, y hay otras en perspectiva. Va a ser una auténtica explosión.

A este propósito, D. Antonio Cañizares, cardenal Arzobispo de Toledo, con ocasión de la apertura de una capilla de Adoración Eucarística Perpetua en Talavera de la Reina, el 25 de enero del presente año 2007, ha dicho entre otras cosas:

"La Eucaristía es el centro de la Iglesia, la presencia real del Señor en la Eucaristía es el centro de nuestro culto..

La adoración a la Sagrada Hostia, a Jesús en persona sacramentado es la contemplación y reconocimiento de la presencia real de Cristo, en las sagradas especies, fuera de la celebración de la Misa. Es un verdadero encuentro dialogal por el que nos abrimos a la experiencia de DIOS. Igualmente un gesto de solidaridad con las necesidades y necesitados del mundo. entero.

Por la adoración entramos en una real comunión con Cristo, permanecemos en El, sin el que nada podemos hacer ni ningún fruto de vida

eterna, de amor y de misericordia, de paz y justicia posible”.

Recordamos las palabras de Juan Pablo II: El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es un valor inestimable para la vida de la Iglesia.

Por su parte, hemos de tener muy presentes las palabras del Papa Benedicto XVI: “Nos corresponde de nuevo a nosotros comprender la prioridad de la adoración... No se trata de un lujo de nuestro tiempo confuso, que tal vez no nos podemos permitir, sino de una prioridad. Donde no hay adoración, donde no se tributa a DIOS el honor como primera cosa, incluso las realidades del hombre no pueden progresar”.

Efectivamente, creo que no insistiremos nunca lo suficiente en el tema de la eucaristía, el sacramento por excelencia, el testamento de Jesús y la actualización de su presencia entre nosotros. He leído hace muy poco en un libro de L'Abbé Pierre, unas frases que me parecen interesantes: “. Creo -dice sin saber cómo, sin intentar explicármelo mediante la razón, que Cristo está misteriosamente presente en la hostia consagrada. Poco importa cómo.

La Eucaristía también aporta a veces para los creyentes una presencia sensible de Jesús. A menudo he sentido esta inmensa ternura, rezando durante horas ante el santo sacramento expuesto en una Iglesia. A muchos religiosos y religiosas esta ternura les da muchísima fuerza. Recuerdo haber visitado los arrabales de Tu Duc en 1975, en Saigón. Las familias y algunas religiosas vivían en esas chabolas. Una madre de familia preguntó ante mí a una de estas religiosas: “¿Cómo puede ser que siempre sonrías, si no tienes marido ni hijos?”. Y la monja respondió entonces, espontáneamente: “Porque sé que aquel a quien amo me ama”. Este amor, esta ternura de Jesús, es particularmente perceptible para los creyentes en la Eucaristía”.

¡Ojalá seamos profundamente

eucarísticos!

2 En referencia a este tema, me limitaré a recoger algunos de los elementos que me parecen más importantes, que ya me publiqué en el Folleto "Perfil del Operario. Diez rasgos esenciales".

10

EN INVIERNO SE APAGÓ EL SOL

En julio de 1907 pudo disfrutar Don Manuel de su acostumbrada temporada de baños en Benicasim, y en agosto asistir en Valencia a la reunión de los Operarios, a los que, en la Misa del último día, los enfervorizó con el mayor entusiasmo posible. El seguía gozando del consuelo de celebrar la Eucaristía, pero su salud era muy deficiente.

El 17 de julio estuvo en Benicarló, visitando por última vez a sus queridas religiosas de la Purísima; del 18 al 30, de nuevo en Benicasim, y del 1 al 17 de agosto, se reunió con sus Operarios, en Valencia. Y el 22 regresó a Tortosa, de donde no había de salir ya nunca más.

El ocaso de la vida de Don Manuel coincidió, curiosamente, con un notable aumento de actividad.

En este tiempo, la glorificación de su santo paisano el nuevo Beato Fray Francisco Gil de Federich, se llevaba la mayor y mejor parte de la actividad de su actividad. El mismo, generosamente, se ofreció al Cabildo para costear la imagen del Beato, a condición de que designasen en la Catedral un sitio a propósito para exponerla a la veneración de los fieles.

Alcanzada esta gracia, se entregó por entero a organizar las fiestas religiosas. Comprometió a dos predicadores de altos vuelos, que aceptaron gustosamente la invitación de Don Manuel, al que ambos

veneraban; entusiasmó y documentó él mismo a los periodistas tortosinos para crear un ambiente propicio en la ciudad; se ocupó en la impresión y corrección de pruebas del oficio y misa del Beato; proyectaba editar hojas de propaganda y nuevas estampas, y encargó la imagen del Beato al distinguido escultor don Félix Ferrer, recomendándole muy vivamente hiciese todo lo posible para que la obra inspirase verdadera devoción. Quiso ver el boceto, lo consultó con técnicos amigos suyos, hizo observaciones... pero ya no logró ver la escultura feliz y maravillosamente terminada.

A primeros de enero de 1909 escribía al señor Obispo de Málaga: «Pida a Jesús que, si es de su agrado, podamos vernos sobre la tierra, un rato al menos. Yo estoy siguiendo hecho una ruina y tirando del carrito, aunque con la cabeza de joven».

Como si hubiera querido el Señor que Don Manuel mismo preparase su propia sepultura, en los primeros días de enero encargó una lápida nueva para el nicho que encerraba los restos de sus padres y hermanos, y visitó el día 15 por la mañana el cementerio, para presenciar la colocación de aquélla.

El 17, escribía: «Las molestias neurálgicas que me han molestado una porción de días, las largas visitas de los días de Navidad y mi Santo, etc., etc., no me han permitido ni siquiera la contestación de más de cien cartas que tengo sobre la mesa...»

Y en la misma fecha, decía a los Operarios de Méjico: «Al recibir peticiones de personal, y ante el vasto campo que se abre aquí y ahí, me contristo, y quisiera lanzarme a abrazarlo todo; pero, puesto en la presencia de Dios, me quedo tranquilo, porque ya ve Él que no podemos... Estos días estoy ocupadísimo con los preparativos para la fiesta de nuestro reciente Beato Francisco Gil de Federich ... »

¿Presentía su próxima muerte? Una señora, que fue dirigida espiritual suya cuando era cura Ecónomo de Santiago, cuenta que pocos

días antes de caer en cama, en su última enfermedad, Don Manuel la encontró en la calle y le dijo con voz un tanto misteriosa: «Quiero que vengas a visitarme en el Colegio, pues deseo regalarte una cosa». Fue allá, en efecto, salió Don Manuel y hablaron largamente de cosas espirituales, y después sacó éste un crucifijo y se lo regaló, diciéndole: «Mira, toma este regalo y guárdalo siempre, pues éste será el último que yo te haré». Pocos días después, enfermó gravemente y murió, y exclamaba la piadosa señora: «Mosén Manuel presentía ya su pronta muerte. Estoy tan contenta de poseer este crucifijo, que no lo cambiaría por todas las riquezas que hay en el mundo ... »

El 18 celebró su última Misa. Por la tarde, sintió los escalofríos precursores de la enfermedad que había de llevarle a la muerte: una sencilla gripe. Pasó las últimas horas del día junto al brasero. Por precaución, se retiró a dormir más pronto que de ordinario. A las diez de la noche, el malestar general se acentuó, y dijo: «No me encuentro nada bien». No dio el médico gran importancia a la indisposición, pero los Operarios pasaron la noche velando al enfermo, que no descansó ni un instante.

Extractamos a continuación el «Diario» que de la enfermedad y muerte de Don Manuel escribió, con minuciosa puntualidad, uno de sus operarios predilectos, don Juan Bautista Calatayud:

«Día 19. La misma indisposición, con la agravante del quebrantamiento de huesos y falta de fuerzas, que le imposibilitan para mantenerse en pie y hacen muy difíciles sus movimientos en la cama.

Empiezan a cuidarle las beneméritas Siervas de Jesús.

Día 20. Ya el día anterior se observó en el paciente la tendencia al delirio, pero en el de hoy se pone más de manifiesto, notándose extraordinaria excitación de nervios... El Dr.

Vilá siguió creyendo que se trataba de un catarro gripal.

Día 21. En las horas que Don Manuel está libre de fiebre, conserva clara la inteligencia y se da cuenta de todos y de todo; no así cuando la temperatura sube de su estado normal. En este día fueron más frecuentes los delirios y por este medio conocimos que lo que preocupaba su corazón era la visita de las Casas, la fiesta del Beato Gil de Federich, la impresión de hojas e invitaciones, las respuestas a algunas cartas urgentes y los asuntos del gobierno de la Hermandad.

Día 22. Amanece sin fiebre y muy despejado. El 19 no pudo celebrar. «Cuando pueda-dijo-ya se la pagaré al Santo Patriarca». Pidió que le diesen a besar la reliquia del mártir, que llevaba siempre en los viajes y conservaba cuidadosamente en la habitación, añadiendo que la quería tener a la vista. Descansó durante el día y la noche, y esto nos hizo creer que aun el peligro remoto había desaparecido.

Día 23. Las primeras horas de la mañana las pasa relativamente bien. El médico, al encontrarle sin fiebre, indica que puede dársele a mediodía una ligerísima sopa. A las once aparece de nuevo la calentura y se dejan de cumplir las órdenes del facultativo. Los semidelirios de este día le causan mucha molestia. No se da exacta cuenta de la realidad de lo que le rodea, y tan pronto le parece que está en Burgos, como en Valencia. Recuerda que estábamos en vísperas de la fiesta de la Sagrada Familia, de la que era devotísimo, y se empeña en rezar el oficio divino.

Día 24, domingo. Amanece con la resolución de oír Misa. Se le dice no conviene se levante, y se resigna. Por la tarde, encarga con insistencia preparen chocolate para los médicos, y pide que pasen de nuevo por su habitación después de tomarlo. La Sierva que le cuida va un ratillo al coro de la iglesia para hacer la visita. Al irse, pregunta al enfermo

qué quiere para Jesús Sacramentado:

«Dígale -responde con viveza- que me dé todo lo que le pido y todo lo que necesito», y añade después: dile «¡Señor! a quien amas, está enfermo».

Debajo de la almohada tenía, como siempre que se entregaba al descanso, el escapulario del Sagrado Corazón. Algunas veces, mostrándoselo a su enfermero Juan Estruel, exclamaba: «Este me ha dado un consuelo, que me callaré»; y se lo comunicaba con tal acento y semblante, que daba a entender que algo sobrenatural había pasado entre Jesús y él. Mirando de vez en cuando al Crucifijo, suspiraba: «¡Señor, sea en remisión de mis pecados!»

Presintiendo su muerte, dio órdenes concernientes a determinados documentos y al futuro gobierno de la Hermandad.

Día «25. Según las alternativas de la fiebre, el presente día era de *los malos*. El enfermo apareció bastante inquieto. En la visita que por la mañana hacían los dos médicos, nada observaron que infundiera ni la más remota sospecha de que se avecinaba el fatal desenlace. A las diez, las circunstancias pusieron a Don Manuel en la ocasión de hablar con la Sierva de los distintos nombres con que era conocido. «Cuando voy por la calle -dijo- y oigo que me llaman Mosén Manuel, seguro que es alguna devotita; los nuestros me llaman Don Manuel; si me dicen Mosén. Sol, o son antiguos discípulos, colegiales o tortosinos; si oigo doctor Sol, ya sé que el que me llama o es catalán o educado en Cataluña; Mosén Domingo no me lo dicen más que los amigos contemporáneos y condiscípulos; *Pare Vicari...*, sin duda que se trata de algún vecino del pueblo de la Aldea o del barrio de Santa Clara». Y después contó algunos de los inconvenientes que ha tenido el no expresarle bien el nombre.

Desde las doce hasta unos minutos antes de la una, descansó. A la una, se notaron los síntomas precursores de la muerte. El

operario Juan Estruel, que había quedado de guardia mientras la Sierva de Jesús comía, llamó a los Operarios, que estaban en el refectorio. Subieron todos, con el afán e inquietud que es de suponer. Don Bernardo Curto le dio la absolución; don Elías, el último Sacramento. El cariño dio alas al doctor Vilá, y llegó... no sé cómo, pero aunque vivía prevenido para un ataque de la traidora enfermedad, no le fue ya posible disputar a la muerte ni un momento siquiera la preciosa vida de nuestro inolvidable Fundador; sólo pudo certificarnos, con profundísima pena, que había dejado de existir.

Quedó con el rostro apacible, como quien descansa en tranquilo sueño, la boca entreabierta, cual si quisiera hacernos las últimas recomendaciones; y recordaré siempre lo que dijo uno de los sacerdotes que primero contemplaron el cadáver: «Ahora es cuando descansa Mosén Sol. Bien merecido lo tiene. Desde el cielo se interesará por todos nosotros».

Era el día 25 de enero de 1909, un día frío de invierno cuando se apagó el Sol de don Manuel en ésta tierra sombría. Pero inmediatamente se encendieron todas las luces del cielo para recibirle en todo su esplendor.

La impresión que produjo en los colegiales la noticia de la muerte de Don Manuel, fue dolorosísima e indescriptible. !Lo amaban como a padre, y lo veneraban como santo;. Desfiló aquella tarde por el Colegio un grandísimo número de tortosinos.

No faltó un buen número de pobres que, con lágrimas en los ojos y la plegaria en los labios, contemplaban por última vez aquellas manos, siempre abiertas para socorrerlos, y cerradas ahora para siempre, estrechando el crucifijo.

Un sacerdote Operario testifica que entre la muchedumbre de personas, de todas las clases sociales, que fueron a orar ante el cadáver, eran incontables las que, no

satisfechas con aplicar medallas, escapularios y rosarios a los restos venerados de Don Manuel y besar sus manos, intentaron cortar parte de sus cabellos. A pesar de la extremada vigilancia que un grupo de alumnos desplegaba para evitar este piadoso despojo, todavía una señora logró apoderarse de un mechón de pelo, que guardó como una reliquia

El Seminario Conciliar suspendió las clases. Comisiones del Cabildo catedralicio y de las autoridades civiles se apresuraron a manifestar, con significativas muestras de afecto, su pésame por la desaparición del sacerdote santo y del paisano insigne, honor y gloria de todos los tortosinos..

El cadáver, revestido con ornamentos sacerdotales, fue expuesto en el oratorio privado del Colegio, convertido en capilla ardiente, y a las diez de la mañana se celebró el solemne funeral de cuerpo presente.

Por la tarde, el entierro fue una imponente manifestación de sentimiento de Tortosa entera. Presididos por las autoridades eclesiásticas y civiles y el Vice Director general de la Hermandad, seguía una inmensa multitud, en la que figuraban muchos sacerdotes de la diócesis, venidos expresamente a ofrendar este postrer tributo de cariño a Don Manuel. Los balcones de las casas por donde pasaba el fúnebre cortejo ostentaban colgaduras negras. El féretro era conducido por ocho alumnos del Colegio.

Del ataúd pendían seis cintas, que llevaban ilustres personalidades eclesiásticas de la ciudad. También quisieron las Religiosas Siervas de Jesús, Oblatas y Hermanitas de los pobres, acompañar hasta el cementerio al que había sido su fiel consejero y constante bienhechor. Se cantaron responsos ante el Templo de Reparación, frente a la casa donde nació Don Manuel, y a la puerta de la iglesia de San Blas, donde celebró su primera Misa.

Las exclamaciones que brotaban de los labios de la gente del pueblo al paso de los

restos de Don Manuel, ponían bien de manifiesto la fama de santo en que le tenían.

La prensa católica de España entera – especialmente por medio de las plumas de antiguos colegiales de Roma, esparcidos ya por todas las provincias– entonó un cántico de dolor y de gloria en honor del santo fallecido.

En Roma, en la capilla del Colegio, el día 28 de enero se celebraron solemnes funerales, a los que asistieron varios cardenales, superiores generales de órdenes religiosas y la colonia española. El día 31, el Papa recibió a los Superiores del Colegio y a un grupo de alumnos para expresarles su sentimiento.

El 20 de febrero, envió al Rector del Colegio un hermosísimo autógrafo, que traducimos: *«Después de implorar la paz de los justos para la bendita alma del venerado sacerdote Manuel Domingo y Sol, llamado por el Señor a recibir el premio correspondiente a sus virtudes y santas obras, hago votos para que sus plegarias en la presencia del Altísimo alcancen la gracia de que los sacerdotes de la Pía Hermandad por él fundada para formar a los jóvenes aspirantes al sacerdocio, le imiten en su ferviente piedad y sólida doctrina, y atraigan especialísimas bendiciones sobre el Pontificio Colegio Español de San José, por él fundado y favorecido, a fin de que los amados alumnos del mismo, una vez terminada su educación, tornen a su patria convertidos en celosos apóstoles que difundan el buen olor de Jesucristo y cooperen en la católica España al glorioso triunfo de la fe(Del Vaticano, 20 de febrero de 1909. PÍO PP. X ».)*

El 22 de febrero, en el número extraordinario del «Correo Interior Josefino» le dedicaron encomiásticos autógrafos: «Fiel imitador de San José, decía el del Cardenal Merry, Don Manuel atraía a todos por la dulzura paternal de su trato; nos edificaba por su piedad sin afectación y por su celo sacerdotal».

Y el Cardenal Vives: «Glorioso Patriarca San José, seáis mil veces bendito y alabado por las grandes cosas que en favor del Clero habéis hecho, hacéis y haréis por medio de vuestro devotísimo siervo Don Manuel Domingo y Sol; conservad y santificad más y más la mística viña de Operarios Diocesanos, que en nombre de Dios por sus manos habéis plantado, especialmente en Roma y Tortosa, y haced con vuestra intercesión que el espíritu del venerando Fundador, espíritu tan eucarístico y tan sacerdotal, permanezca siempre puro entre sus amados hijos presentes y futuros, y que todos sus colegiales sean educados según sus santas enseñanzas».

Un libro voluminoso podría escribirse con los elogios que un número muy grande de ilustres personalidades tributaron a Don Manuel. En gracia de la brevedad, nos limitaremos a reproducir solamente algunos de ellos.

El Obispo de Tortosa decía:

«Lleno de celo por la gloria de Dios y la salud de las almas, ávido siempre del esplendor del culto, protector generoso de la juventud aspirante al sacerdocio, brilló el Reverendo Doctor Don Manuel Domingo y Sol como estrella refulgente en la Casa del Señor, y pasó los días de su vida haciendo bien, edificando con el candor de su humilde palabra y dejando a la posteridad hermosos ejemplos de virtud que imitar. Sea su memoria ahora perfume de piedad que embalsame el ambiente que aspiramos».

El Cardenal Sancha, Arzobispo de Toledo, escribía al Director de los Operarios:

« No puede usted figurarse la dolorosa impresión que me ha causado la noticia... Este Seminario Conciliar está desconocido desde que llegaron a él los sacerdotes hermanos de usted. Dios pague al Reverendo Fundador el gran beneficio que dispensó al Clero y fieles de esta diócesis con haberlos enviado a la misma».

El Arzobispo de Granada, Excelentísimo

señor Messeguer y Costa, afirmaba:

« La Iglesia española le debe el rescate de innumerables vocaciones, que sin su Obra se habrían perdido. Dios ha de premiar esta Obra, meritísima entre todas, y de efectos tan saludables como continuar la misión de la Iglesia, proporcionándole dignos ministros. He leído con entusiasmo lo que sus paisanos han hecho en Tortosa. Bien está, porque todo lo merecía el finado».

Por su parte, el Obispo de Jaén, doctor Laguarda, decía:

«Habrà sido para ustedes motivo de muchísimo consuelo recibir tan expresivas manifestaciones de duelo. Las merecía el venerable Don Manuel, tipo el más característico que he conocido del sacerdote santo. Todo lo suyo me enamoraba: pero especialmente aquella sencillez sublime de que revestía sus actos todos. Ejemplos hermosísimos deja a todos sus fervorosos Operarios».

Y así podríamos centuplicar las citas. Queremos cerrarlas con la de uno de los egregios antiguos alumnos del Pontificio Colegio Español, intérprete del sincero dolor y de la veneración entusiasta de todos los demás.

El que fue ilustre Lectoral de Santiago de Compostela y en aquellos momentos arzobispo de Madrid, señor Eijo y Garay, se expresaba así: «Escribo a ustedes con el corazón lleno de pena; pero, lo confieso, de una pena especial, como nunca la había sentido. Una pena que despierta en mi corazón sentimientos muy dulces; un dolor que se ahoga en los consuelos que él mismo sugiere. Y es, sin duda, porque yo no puedo ver la muerte de nuestro Don Manuel como la de cualquier otra persona queridísima. Desde que yo tenía quince años le venero; su muerte para mí no puede ser más que su paso a la gloria, el final de la parte más breve de los trabajos que Dios confía a los santos Fundadores y el principio de esa otra parte más eficaz y gloriosa: la protección desde el cielo.

Era nuestro padre; ya no veremos más su rostro tan venerable, tan dulce, tan expresivo; no le veremos con los ojos del cuerpo, que son un estorbo para ver bien con los del alma; pero está en el cielo, sin dejar de ser nuestro padre; nos ama más, nos ve mejor, nos protegerá más eficazmente; ha conseguido todo lo que deseaba para sí: ahora alcanzará todo lo que anhelaba para su Obra y para sus hijos. ¡Qué no hará él con la riqueza de los medios celestiales, si con los pobres medios humanos tanto bien hacía!...¡Dichosos ustedes, los que han podido vivir a su lado, enfervorizados siempre al ardor de su celo y recibiendo los ejemplos de sus virtudes!...Oremos todos unidos por él, y porque Dios nos haga hijos dignos de tal padre! ... »

La ciudad de Tortosa, para enaltecer y perpetuar la memoria de este hijo suyo tan preclaro, colocó el 27 de marzo de 1910, por iniciativa de don Ramón Vergés en su periódico «La Libertad», una lápida conmemorativa en la casa natalicia de Don Manuel, y aquel mismo día, el Prelado de Tortosa bendijo y colocó la primera piedra del artístico monumento que en la popular plaza del Rastro erigieron sus paisanos.

En la alocución con que invitaban a éstos a que contribuyeran con sus donativos a la erección de la estatua de Don Manuel, decían los iniciadores: «Mereceremos bien de Tortosa, y al pasar por la plaza del Rastro nuestros hijos, levantarán los ojos para leer escrita en piedra y bronce una de las más hermosas páginas de los anales de nuestra ciudad».

Se brindó la ejecución del proyecto a otro tortosino ilustre, el genial escultor Agustín Querol, que aceptó con entusiasmo.

«Mi mayor satisfacción, escribía, es identificarme con Tortosa en tan digno empeño... Excuso reiterarle el cariño con que he de dedicarme a esta obra... El monumento a Mosén Sol, tanto por ser yo hijo de Tortosa,

como por amor a la persona cuya memoria se trata de perpetuar, lo he de ejecutar con la belleza artística que permita el total de la suscripción, sin que me guíe en esta obra idea alguna de lucro. Así es que les ruego no me hablen de presupuesto... Tengo interés en que esta obra resulte una joya para Tortosa ... No me ocupo ahora más que de este proyecto, en el que trabajo día y noche con verdadero cariño y entusiasmo»... No pudo el insigne y generoso artista rematar su empresa. Falleció en Madrid el 14 de diciembre de 1909. Uno de sus más aprovechados discípulos, tortosino también, Víctor Cerveto, acabó de ejecutar, con gran éxito, la obra empezada por Querol. Las Cortes pidieron al Gobierno que regalase el bronce necesario para la estatua, y la demanda fue favorablemente despachada. El 28 de abril de 1912 fue solemnísimamente inaugurado el monumento.

El 21 de abril de 1926 los venerandos restos de Don Manuel fueron, con toda pompa y esplendor, trasladados del cementerio de Tortosa al Templo de Reparación donde quedaron definitivamente depositados en el artístico mausoleo para este objeto erigido, y costeadado por suscripción nacional entre los amigos, admiradores y devotos de Don Manuel. Presidieron las grandiosas ceremonias, que con tal motivo se celebraron, el eminentísimo Cardenal de Tarragona señor Vidal y Barraquer, y los excelentísimos señores don Félix Bilbao, don Leopoldo Eijo y don Enrique Pla y Deniel, Obispos, respectivamente, de Tortosa, Madrid y Ávila. Estos dos últimos, y lo mismo el doctor Chillida, Magistral de Valencia, que pronunció en las solemnes exequias una sublime y conmovedora oración fúnebre, antiguos alumnos del Colegio Español de Roma.

El acontecimiento revistió caracteres de apoteosis y resultó un verdadero plebiscito nacional confirmatorio de la fama de santidad.

El Nuncio de Su Santidad en España, Monseñor Tedeschini, hablando a los alumnos del

Colegio de San José de Tortosa, el 16 de mayo de 1928, entre otras muchas cosas les dijo: "lo que ha ocurrido en otros campos apostólicos con la aparición en España de Congregaciones religiosas para atender a las necesidades de la época, ha sucedido con el ministerio de la formación de sacerdotes. Ha sido un español, precisamente un tortosino, Mosén Manuel Domingo y Sol, el que sintió y puso en práctica la inspiración de fundar un Instituto que ha hecho un bien inmenso a la Iglesia española, formando dignos sacerdotes; un Instituto que hasta Roma ha ido, en alas del cielo de Mosén Sol, para fundar un Colegio de seminaristas españoles, que es gloria de España y objeto del afecto y amor del Romano Pontífice. Yo, que conocí a Mosén Sol, me congratulo de que le tengáis por Padre, y con vosotros pido por que Dios nos conceda su pronta glorificación...»

Felizmente, el 29 de marzo de 1987 fue declarado Beato por el Papa Juan Pablo II.

Ahora esperamos que pronto pueda ser canonizado como modelo sacerdotal y como "Santo apóstol de las Vocaciones Sacerdotales" como le nombró el Papa Pablo VI en 1970, para toda la Iglesia universal. ¡Qué alegría que aún lo podamos ver!

Indice general

[Introducción](#)

1. [Título capítulo](#)
2. [Título capítulo](#)
3. [Título capítulo](#)
4. [Título capítulo](#)
5. [Título capítulo](#)
6. [Título capítulo](#)
7. [Título capítulo](#)

8. Título capítulo
9. Título capítulo
10. Título capítulo